

**CRÓNICAS DE EMERGENCIA**

**CAMILO ORDÓÑEZ O'BYRNE**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS  
SAN JUAN DE PASTO  
2019**

**CRÓNICAS DE EMERGENCIA**

**CAMILO ORDÓÑEZ O'BYRNE**

Trabajo de Grado

**ASESOR:**

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS  
SAN JUAN DE PASTO  
2019**

“Las ideas y conclusiones planteadas en este trabajo son responsabilidad exclusiva del autor”.

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

## NOTA DE ACEPTACIÓN

---

---

---

---

---

---

Presidente del Jurado

---

Jurado

San Juan de Pasto, marzo \_\_\_\_ de 2019

## **AGRADECIMIENTOS**

El autor desea expresar sus agradecimientos:

A mi padre, por su gran legado.

A Socorro Rivera y Sara Eva O'Byrne, dos grandes mujeres, fundamentales en mi vida.

A los docentes del programa de Licenciatura en Filosofía y Letras, por sus aportes a mi desarrollo personal y profesional.

A mis instructores, compañeros y colegas bomberos, por acogerme en esa gran familia.

A todas aquellas personas que han aportado a mi vida y han dejado huella en mi corazón.

En especial, a Dios, por concederme la vida y la sabiduría; a mi padre que, desde el cielo, me ha iluminado y se encargó de formar en valores a su discípulo predilecto, con el anhelo de ver culminado este trabajo; además, me inspiró a ser bombero; y a mi madre y mi abuela, por siempre haberme apoyado en el transcurso de mi vida y mi carrera.

## RESUMEN

*Crónicas de Emergencia* es la compilación de dieciocho crónicas, que forman parte de la historia anecdótica de los bomberos del sur occidente de Colombia y que muestran los valores y fundamento de aquellos hombres que han arriesgado sus vidas por los demás, sin recibir nada a cambio; son seres que han hecho patria y han contribuido en beneficio de la sociedad.

Lejos del egocentrismo, la obra resalta, en una serie de crónicas, lo humano de aquellas personas que, voluntariamente, decidieron poner a disposición su tiempo libre con el fin de ayudar a los demás; le permite al lector recrear diferentes emergencias, en las que la actuación de los profesionales de las emergencias ha permitido salvar muchas vidas, incluso, con riesgo de la propia.

### **Palabras claves:**

- Bomberos
- Crónica
- Emergencia
- Literatura
- Vivencia

## ABSTRACT

*Crónicas de emergencia* is a compilation of eighteen chronicles that are part of the anecdotal history of the firefighters of the south west of Colombian country. These chronicles refer to the values and the foundation of those men who have risked their lives for others, without receiving anything in return. These firefighters are beings who have made a homeland and have contributed to the benefit of society.

The work highlights the human nature of people who, far from self-centeredness, voluntarily decided to make their free time available in order to help others. In addition, the work allows the reader to recreate different emergencies, in which the actions of emergency professionals have saved many lives, even at the risk of their own lives.

### **Keywords:**

- Chronicle
- Emergency
- Experience
- Firefighters
- Literature

## CONTENIDO

	Pág.
<b>1. PRESENTACIÓN</b>	11
BIBLIOGRAFÍA	19
<b>2. CRÓNICAS DE EMERGENCIA</b>	21
NACE UN BOMBERO	22
LA CONVENCIÓN FATAL	26
HÉROES DE LA PATRIA	30
UN EXPENDIO ILEGAL	32
UN APARATOSO ACCIDENTE	34
¡CLASIFICAMOS!	36
FUEGO EN EL CAMINO	38
UN RESCATE DE OBREROS	42
EL SANTO DE CABEZA	45
EL MOMENTO ESPERADO	50
UN BOMBERO CAÍDO	74
RESCATE FATAL	77
AL BORDE DEL ABISMO	80
EN LAS AMBULANCIAS	84
CON EL AGUA AL CUELLO	94
CULTURA DE LA PREVENCIÓN	99
LA VOZ DEL COMANDANTE	103
A LO HECHO, PECHO	110

## LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. Rescate de los vulcanólogos	27
Figura 2. Los bomberos y las llamas	33
Figura 3. Recuperación de un cuerpo	34
Figura 4. Recepción de un reconocimiento	40
Figura 5. Rescate de un obrero	43
Figura 6. Trabajos de búsqueda y localización, en Ecuador	56
Figura 7. Bomberos en acción, en Ecuador	65
Figura 8. Grupo de Rescate Urbano de Pasto	71
Figura 9. Rescate de compañero en emergencia	81
Figura 10. El último recurso	95

## PRESENTACIÓN

En Colombia, la educación se encuentra reglamentada por la Ley 115 de 1994, o Ley General de Educación, por medio de la cual se establecen la estructura y normativa del Sistema educativo. El docente se encuentra dentro de la educación formal, que se define como aquella que se imparte en establecimientos educativos aprobados, en una secuencia regular de ciclos lectivos, con sujeción a pautas curriculares progresivas y conducente a grados y títulos.<sup>1</sup>

### 1.1 EL ENTORNO EDUCATIVO

Sin embargo, durante la última década, el Sistema educativo colombiano ha realizado una transición hacia un enfoque basado en el desarrollo, en los estudiantes, de competencias básicas o competencias para la vida, siendo estas competencias la integración de conocimientos, procesos cognitivos, destrezas, habilidades, valores y actitudes para el desempeño respecto a actividades y situaciones; en otras palabras, relacionadas con el saber, el hacer y el ser de una persona, en determinados contextos.

Las competencias básicas le permiten al estudiante comunicarse, pensar en forma lógica, utilizar las ciencias para conocer e interpretar el mundo; las competencias ciudadanas facultan a los jóvenes para la convivencia, la participación democrática y la solidaridad, y las competencias laborales comprenden todos aquellos conocimientos, habilidades y actitudes, necesarios para que los jóvenes se desempeñasen con eficiencia como seres productivos, lo que implica trabajar desde todas las áreas o materias curriculares mediante el aporte de saberes concretos para su desarrollo.

Desde la perspectiva lingüística, se define la competencia como el dominio de los principios que rigen el lenguaje y la actuación como la expresión de las reglas que subyacen al uso de ese lenguaje. Por ello, a partir de Chomsky, surge el concepto de competencias, como el relacionado con el dominio de los principios: capacidad, y su manifestación, actuación o puesta en escena.<sup>2</sup>

Se puede definir el currículo como un proyecto sistemático, que designa a todo aquello que se efectúa en el aula: contenidos, objetivos, logros, tiempos de aprendizaje, metodologías implementadas, conjunto de criterios, planes de estudio y procesos que contribuyen a la formación integral, a la construcción de la identidad cultural y a llevar a cabo el proyecto educativo institucional. Entender la incidencia que este tiene en el Sistema educativo actual conlleva prácticas pedagógicas que facilitasen las experiencias y los procesos de aprendizaje y respondieran con eficacia a las expectativas y demandas de los jóvenes; si bien el currículo escolar no puede abarcar lo que se precisa aprender, la docencia debe propender por el desarrollo integral de los estudiantes.

---

<sup>1</sup> Congreso de la República de Colombia. Artículo 10. *Ley 115 de Febrero 8 de 1994*. Disponible en: [https://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-85906\\_archivo\\_pdf.pdf](https://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-85906_archivo_pdf.pdf)

<sup>2</sup> Leonardo Barón y Oliver Müller. La Teoría Lingüística de Noam Chomsky: del inicio a la actualidad. *Lenguaje* 42 (2), (2014): 417-42. Disponible en: <http://www.scielo.org.co/pdf/leng/v42n2/v42n2a08.pdf>

Enseñar requiere de un conocimiento amplio de una materia, conocimiento de estrategias para el manejo de un grupo y un deseo de incluir una diferencia en las vidas de los alumnos, lo que permite se llevara a cabo una formación en la capacidad intelectual, con juicio, criterio, pensamiento reflexivo, que fomentase la adquisición de competencias y saberes prácticos, para así desarrollar un verdadero aprendizaje significativo.

Sin embargo, el docente debe enfrentar los sensibles cambios sociales, económicos y políticos que se viven a nivel mundial y que tornan obsoletos los modelos educativos tradicionales; el proceso de globalización y el desarrollo de la tecnología han puesto en una perspectiva distinta la valoración del conocimiento y el manejo de la información, de ahí la importancia de la interpretación de los estilos de aprendizaje y de una planeación adecuada, que permitiera el acceso a contenidos, estrategias, ambientes, medios y recursos de aprendizaje y permitiera el desarrollo de estrategias de enseñanza coherentes y pertinentes con las necesidades, para lograr la apropiación de conocimientos y el desarrollo de habilidades y destrezas en los alumnos, lo que obliga al docente a que se formara críticamente en cuanto a la pedagogía y a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación y a entender la función que cumplen el currículo y el Proyecto Educativo Institucional en los procesos educativos.

Partir del conocimiento de la filosofía y la política organizativa de la institución educativa en la que se desarrolla la formación que el docente va a orientar resulta que es una estrategia importante para que se lograran establecer los contenidos y las actividades a adelantar, pero esta estrategia se debe complementar con la incorporación de nuevas tecnologías a los procesos de enseñanza, siempre en busca de mejorar la calidad educativa y mantener al estudiante interesado en las clases; la innovación adquiere un papel preponderante. En la actualidad, la misión de la educación radica en el mejoramiento del trabajo educativo en el aula, en la búsqueda de nuevos modelos aplicables al contexto y nuevas alternativas que permitieran renovar el proceso de aprendizaje que respondiera de forma eficaz a las demandas pedagógicas.

## **1.2 LA PERSONA Y LA SOCIEDAD**

Para formular los fundamentos educativos resulta necesario partir de la noción de persona y de sociedad. La teoría de la educación es un hecho referido a eventos racionales, producto del acto de la razón, de reflexiones que parten del estudio de una realidad epistemológica, que se relacionan estrechamente con la filosofía, lo que da paso a la filosofía de la educación; ya que la filosofía reflexiona sobre el proceso educativo, traza las grandes líneas de pensamiento de las que se derivan los principios educativos, es necesaria en todo sistema humano y formadora por naturaleza; desde la filosofía, la educación encuentra su sentido final, vinculado a educar a través de la historia.

Al tomar en cuenta que en la educación surge una gran cantidad de problemas que le competen al ser humano como agente educador y como educando, y no pueden ignorarse, la filosofía deduce sus principios generales y, a su vez, analiza los fines que permiten encauzarla y proporciona el acceso a herramientas que permitieran seguir aprendiendo toda la vida.

En la actualidad, debido al vertiginoso avance de la tecnología, el pensamiento ha dejado de ser una parte fundamental en la formación integral, por ello la educación debe jugar un

papel importante, a través de la enseñanza de la filosofía y la literatura, para incitar a la reflexión profunda sobre la realidad, por medio de concepciones teóricas e ideológicas.

El docente Licenciado en Filosofía y Letras juega un papel importante dentro de la educación básica y media, puesto que le compete la formación en áreas transversales; de su buen desempeño en su quehacer depende que los estudiantes pudieran desarrollar un pensamiento crítico y reflexivo, capaces de desenvolverse discursivamente y de forma adecuada en contextos formales.

Las significativas transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales por las que ha atravesado el país han puesto en jaque a la educación y, por ende, a la docencia; como consecuencia de ello, los docentes se enfrentan a un sinnúmero de retos en la formación de las futuras generaciones.

Fortalecer la práctica educativa del docente y la práctica formativa del orientador educativo, con el fin de ofrecer un servicio integral y de calidad, deben ser una prioridad del sistema, ya que de la calidad del docente depende en gran medida la calidad de la educación; un profesional con el conocimiento sobre los medios de la educación y el aprendizaje, con pensamiento crítico, será un docente integral, capaz de abordar al ser humano en su complejidad. Partir de la flexibilidad curricular y de que cada persona aprende de forma diferente y tiene un potencial para promover los aprendizajes integrales, le va a permitir al educando la adquisición de competencias básicas y propiciará el interés por conocer.

La ausencia de políticas que respaldasen el ejercicio de la profesión docente provoca condiciones precarias, que invitan a que se volviera a pensar sobre la educación y a tomar en cuenta que las nuevas generaciones deben adquirir nuevos conocimientos y experiencias distintas, al aprovechar las condiciones de los niños y jóvenes; para ello, resulta necesaria una definición de modelos y métodos adecuados para el desarrollo humano, pertinentes para las aulas, acompañados de la educación de los procesos cognitivos y de nuevas metodologías de enseñanza, con visiones más productivas y pluralistas, lo que requiere el análisis, la comprensión y la transformación de los problemas que afectan a la sociedad y tomar en cuenta el contexto de la interacción comunicativa, mediante el desarrollo de una pedagogía crítica.

### **1.3 LA FORMACIÓN DOCENTE**

Desde este enfoque, el docente debe aprender a desempeñarse con idoneidad, dado que se encuentra en el núcleo de la política educativa del país y, a pesar de que esta no fuese la más adecuada, debe aportar a las prácticas educativas con una postura flexible ante el Sistema educativo sin dejar de lado los propósitos, los contenidos y las secuencias del currículo, al tomar en cuenta que existen diversos estilos de aprendizaje y las implicaciones del ejercicio de poder que, como lo expresa Inés Dussel, “conllevan una responsabilidad: la de asumir la tarea de transmitir/enseñar algo a otros, introducirlos en otros lenguajes y código”.<sup>3</sup>

Mientras se mantuviera viva la inquietud del ser humano por su naturaleza y por lo que no se sabe, la filosofía, disciplina clave de las Ciencias Humanas, seguirá vigente, pues es el

---

<sup>3</sup> Inés Dussel y Myriam Southwell. La autoridad docente en cuestión: líneas para el debate. *El monitor de la educación* 20 (2009):26-28.

arte de cuestionar e intentar responder mediante razonamientos lógicos estructurados. Tanto la escuela como la vida de la academia deben ser un lugar donde se enseñase a pensar, a formular las preguntas adecuadas, que preparen para el futuro a los alumnos, ya que mediante el estudio y cultivo de la filosofía se logra una mejor comprensión del mundo y de la vida. Una de las principales virtudes de la filosofía consiste en aprender a aprender responsablemente; su estudio no consiste en constituir un cuerpo de conocimientos, sino en adquirir las herramientas críticas para comprender y afrontar la vida.

Desde la antigüedad, la filosofía ha fomentado el avance y los progresos del ser humano en casi todas las disciplinas políticas, científicas y sociales; el saber filosófico, aplicado a la educación, desarrolla las competencias comunicativas; permite la creación de textos argumentativos y enseña al alumno a ser crítico y constructivo respecto al ser, la vida y la naturaleza, por lo que el docente debe tener los conocimientos teóricos que le permitieran formar alumnos con capacidad crítica respecto a los hechos que merecen o exigen la toma de una posición o la emisión de juicios de valor. Formar con una conciencia crítica, a partir del conocimiento, en espacios de reflexión, permite que el ser humano fuese capaz de transformar la realidad a través de la práctica, mediante el ejercicio de la razón, para que elaborara conceptos, para lo que se debe saber pensar y sólo la filosofía sabe enseñarlo.

Las sociedades avanzan por medio del conocimiento, que va acompañado por una filosofía que alimentase el espíritu; así, se pueden solucionar los problemas a los que se enfrentan; en cuanto a la educación, ayuda a conocer el fin último y permite descubrir el qué enseñar y para qué hacerlo.

La actualidad lleva al docente a que se enfrentase a diversos problemas sociales, como: valores, conocimiento, alteridad, libertad y sentido de la vida; para ello, se debe enfocar en el ser, la conciencia, la voluntad y sus fines, al asumir estos problemas desde las diferentes posturas filosóficas que orientasen hacia la construcción de la humanidad y contribuir para el desarrollo del pensamiento desde el ámbito educativo y en el paso desde el discurso a la praxis con las herramientas necesarias; así, el docente de filosofía debe incentivar el ejercicio de la filosofía misma; es decir, filosofar, lo que lleva al alumno a incrementar niveles de autonomía y creatividad y conocerse; por desgracia, la enseñanza de la filosofía rara vez adopta una postura crítica, que enfatizara en los problemas filosóficos y que enseñase a los alumnos a formularlos y encararlos.

Según las necesidades educativas y características institucionales y del país y pese a que la pedagogía tiene un contenido filosófico, sin tener en cuenta que la enseñanza de la filosofía no puede reducirse hoy a una sucesión de planes de estudios, su enseñanza, en la educación formal, se ha relegado a la educación media, con el argumento de que el adolescente atraviesa por la crisis característica de esta etapa, en la que indaga y se interroga sobre los temas más profundos del ser y su naturaleza, lo que deja de lado lo que puede aportar en cuanto a la formación ética, el desarrollo del pensamiento crítico y las habilidades intelectuales, que van desde las más simples, como caracterizar o comprender, hasta analizar y sintetizar en los niveles básicos; en estos niveles, la responsabilidad de la formación humana se les encarga a la familia, la comunidad y los medios de información, que se unen con las nuevas tecnologías de la información y la comunicación; no obstante, se debe reconocer que durante la juventud se quiere cambiar el mundo y el idealismo permite atreverse a rebelarse contra el orden establecido y la filosofía, en la educación media, propicia el diálogo y la confrontación de ideas, mediante el debate, a partir de los asuntos filosóficos y promueve el desarrollo del pensamiento crítico, como competencia

para pensar con autonomía, lo que lleva al alumno a pensar y experimentar los aspectos referentes a la certeza, la justicia y la belleza, además debe ser un soporte racional en el pensamiento pedagógico; de esta manera, el aprendizaje de la reflexión resulta importante para la construcción de la personalidad, ya que el estudiante, a través del uso de la palabra, puede argumentar sobre su posición en diversos temas y resolver conflictos de manera pacífica, lo que promueve la escucha y el respeto por la diferencia.

Descartes afirmaba que vivir sin filosofar es, propiamente, tener los ojos cerrados, sin tratar de abrirlos jamás;<sup>4</sup> por su parte, Sócrates decía que una vida sin filosofar no vale la pena.<sup>5</sup>

Construir, sobre un espacio propio, un texto que tiene poder sobre la exterioridad, para comunicar ideas por medio de signos convencionales y visibles que traspasan el tiempo y el espacio, al evidenciar la propia subjetividad y revelar las estructuras de pensamiento que se tiene y, así, reconocerse, esta podría ser una definición de escritura.

#### **1.4 LA CREACIÓN LITERARIA**

Enfrentarse al proceso de creación literaria constituye un reto cognitivo complejo, con operaciones cargadas de enorme potencial epistémico, en tanto contribuyen a estructurar, dar forma al pensamiento y a crear conocimiento, que invita al escritor a tomar conciencia sobre las estructuras formales y que conlleva la búsqueda en la memoria de los mundos posibles, en los que se abre la realidad conocida; este proceso creativo, fundado en la imaginación y apegado a reglas, va a ser una representación del mundo.

La escritura, como medio por el cual se comunica el hombre con los demás a través del tiempo y del espacio y cumple funciones relevantes a la hora de construir el significado, tiene sus propias técnicas y sus propios métodos, pero van más allá de la ortografía y la morfosintaxis, más allá de la sintaxis o los problemas de la semántica; constituye la posibilidad para trascender fronteras desde la construcción de conocimiento, desde lo cognitivo, lo didáctico, como una acción que promueve el reencuentro consigo mismo, como una forma de entender y expresar la complejidad del espíritu humano, como un despertar del genio; aquel que se guía por las ideas de su imaginación, de su mente, de sus sentimientos, del uso libre de la subjetividad y la creatividad, puede llegar a crear una obra de arte, en la que resulta posible asociar esta visión al ámbito de la creación literaria y los procesos de producción artística.

Conocer los elementos del proceso de escritura, que se adquieren desde la educación preescolar, se afianzan en la educación básica, se consolidan en la educación media y se pueden potenciar en la educación superior, permite sortear las implicaciones de la escritura (vista como transcripción del lenguaje oral y como sistema lingüístico independiente de la oralidad) y de su pedagogía en el contexto actual, pues la escritura implica la capacidad de una sapiencia cuando se comunica en el terreno del saber y el saber hacer, habilidades y técnicas que no se adquieren ni perfeccionan en forma espontánea, sino mediante una preparación sistemática en torno a algunas pautas básicas de procedimiento, una correlación entre determinadas teorías cognitivas y de operación de esa posibilidad de conocer en la

---

<sup>4</sup> Rodrigo Jesús Ocampo Giraldo. Reflexiones cartesianas sobre el bien moral. Disponible en: <http://www.scielo.org.co/pdf/ef/n41/n41a11.pdf>

<sup>5</sup> Marcelo D. Boeri. Una vida sin examen no merece ser vivida por el hombre: variaciones “socráticas” en Epicteto. Disponible en: [http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0100-512X2012000100005](http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0100-512X2012000100005)

actividad humana. En este sentido, pensar lleva a reflexionar sobre qué se dice y cómo se dice, por qué se dice y para qué se dice; justo aquí la filosofía desempeña un papel importante, ya que, al igual que la educación, pretende el desarrollo integral del ser humano como vía de perfeccionamiento integral de todas y cada una de sus dimensiones, para comprenderlo y establecer estrategias para su potencialización.

## 1.5 LA LECTURA Y LA ESCRITURA

La lectura concebida como la principal fuente de formación permanente, tanto en sus formas escolares como en aquellas otras más placenteras o lúdicas y al dejar a un lado el proceso de decodificación de signos, resulta un proceso que tiene por objeto la interpretación y comprensión crítica del texto y brinda las dimensiones epistémica, ética y estética que le dan sentido a la vida; en ella, el lector es un individuo activo en el proceso; es decir, interpreta el texto, según Gadamer, sin tener nunca un conocimiento objetivo sobre el significado respecto al objeto observado, ya que lo influye la condición de seres históricos con actitudes vinculadas con el lenguaje y con valores y estilo de pensamiento, lo que lo acerca a expresiones de la vida humana, con expectativas y prejuicios.<sup>6</sup>

Heidegger sostuvo que no existe una verdad pura, al margen de nuestro compromiso con el mundo, porque todo intento por desarrollar métodos para garantizar la verdad, a la que no la afectasen las perspectivas humanas, se encamina mal;<sup>7</sup> entonces, el acto de leer permite interactuar con el texto, aportar criterios personales, apreciaciones y valoraciones, que van más allá de la intención del autor.

La lectura y la escritura, labores complejas y, por ello, una parte de las dinámicas de la escuela, constituyen dos ejes transversales en la formación del estudiante y permiten el fortalecimiento del lenguaje creativo, con el fin de eliminar lentamente las dificultades que se encuentran en el desempeño oral y escrito de los estudiantes en todos los niveles de la educación, en unos ejes que el docente debe asumir en sus compromisos como formador, al favorecer los conocimientos previos y enriquecer las experiencias; desde esta perspectiva, la lectura y la escritura se constituyen en algunas de las actividades más habituales en todas las áreas de conocimiento y se convierten en herramientas básicas, tanto en el entorno escolar como en los ámbitos personales y sociales.

Desde la infancia, el ser humano se integra al discurso de la vida mediante la literatura, como una dimensión cultural y humanística, con textos, maestros dispuestos a compartir sus enseñanzas, que forman parte de la cultura colectiva y que han influido en varias generaciones; una actividad propia de los inicios de la alfabetización, que comunica y representa múltiples situaciones sobre la naturaleza humana y el mundo de la vida, que facilita el dominio del lenguaje.

La enseñanza de la literatura, en el país, ha tomado en cuenta, en los planes de estudio, una aproximación a los textos literarios durante la formación en la educación básica, que empieza a ampliar y consolidar el dominio de los recursos de la competencia comunicativa en todos los aspectos; en la educación media, se presenta un preámbulo histórico de la

---

<sup>6</sup> Hans-Georg Gadamer. Texto e interpretación. Disponible en: [https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/283/22150\\_Texto%20e%20interpretaci%F3n.pdf?sequence=1](https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/283/22150_Texto%20e%20interpretaci%F3n.pdf?sequence=1)

<sup>7</sup> Miguel Martínez Miguélez. Hermenéutica y análisis del discurso como método de investigación social. Disponible en: <http://prof.usb.ve/miguelm/hermenyanalisisdisc.html>

literatura y se toma en consideración el papel de la mitología en los orígenes culturales, para, luego, estudiar los periodos y movimientos reconocidos universalmente, que obedecen a un orden cronológico: épocas, obras y autores, al tomar en cuenta su relevancia. El docente no solo debe emplear la literatura para enseñar a leer, sino debe incentivar el gusto y el placer estético relacionado con ella; para lograrlo, puede dejar de lado solo la interpretación del texto, alejarse de manera parcial de la tradicional tesis sobre la comprensión de lectura y el obstáculo de la enseñanza tradicional de la literatura, para desarrollar las dimensiones cognoscitiva, ética y estética, que amplían el horizonte literario. En la infancia, van a inculcarse los hábitos lectores, al aprovechar la curiosidad infantil, en una experiencia literaria primordial que encanta debido al relato o el sonido en cuentos y poesías, con textos que permiten desarrollar la sensibilidad; luego, el alumno empieza a tomar conciencia respecto a las formas y los temas que conforman la literatura, principalmente con textos de la cultura occidental, antologías y obras infantiles y juveniles, que inducen en posibilidades de lectura cada vez más amplia y, después, se continúa con la lectura de obras literarias, en las que se incita hacia el sentido crítico, al abordar los aspectos simbólicos y narrativos de las obras, sin que necesariamente se formasen como analistas textuales. La selección de los libros será importante, ya que ellos deben reunir la calidad literaria que cada nivel educativo exige, en textos literarios formativos que fomentasen el desarrollo de las habilidades lingüísticas en la lectura y escritura.

Incidir en los procesos cognoscitivos de los estudiantes, mediante la potencialidad que tiene el lenguaje para crear conocimiento, es una labor que el docente debe asumir a través de un proceso de comprensión y producción de textos, de reflexión sobre el proceso de escritura, en el que descubren nuevas posibilidades de redescubrir el mundo y dar sentido a la experiencia humana, a partir de la epistemología.

En la actualidad, el docente debe estar en capacidad de elaborar los planes de enseñanza de la literatura en el sistema educativo, que contemplasen las necesidades contemporáneas de la educación y que permitieran superar los retos que la globalización y la tecnología imponen; para ello, se puede valer de expertos en otras áreas, como la pedagogía y la psicopedagogía. La literatura, como eje transversal en la educación, presenta al alumno las experiencias pedagógicas, desde lo más simple hasta lo más complejo, al recurrir a lo cotidiano en cuanto al valor formativo, sin abandonar la teoría y el rigor conceptual, e incentivar la atención, la memoria y el sentido crítico de los alumnos, que les permitiese acceder a una visión sobre la literatura lo más amplia posible, desarrollar el pensamiento crítico para resolver problemas académicos exigentes y aportar al enriquecimiento espiritual y al desarrollo intelectual; por ende, la educación literaria constituye una parte de la formación cultural del individuo e implica la capacidad de iluminar respecto a la relación del arte con la vida, la ciencia, la economía, la religión, la filosofía, la ética, etc.

De esta manera, se debe pensar en el docente como aquella persona que se ha formado por la vocación y el deseo de difundir saber sobre el mundo con el fomento de la lectura y el desarrollo de competencias literarias, con la capacidad para formar a las nuevas generaciones, que puedan mejorar y transformar su entorno; jóvenes con capacidad de incidir en la estructura social y sus formas de conciencia, con pensamiento crítico y constructivo para que fuesen verdaderamente más libres; así, los docentes son figuras claves en el proceso de encauzar a los estudiantes en el dominio de la lectura literaria.

Formar, a través de la lectura y la escritura, les permite a los estudiantes interactuar en el contexto social por medio de la producción literaria y hallar respuesta a necesidades y

problemáticas escolares y comunitarias detectadas, como la enseñanza y el aprendizaje de la lectura y escritura en actividades aisladas, sin continuidad y sin seguimiento, y proponer posibles soluciones; por tanto, tener un conocimiento teórico le permite al docente comprender la naturaleza del estudiante, sus necesidades, sus intereses, expectativas, en cuanto a la lectura y la escritura y el conocimiento en general, puesto que promover y desarrollar el hábito de la lectura y la escritura, así como el pensamiento crítico, les posibilitará a los estudiantes enfrentar los desafíos que tendrán en un mundo globalizado. Ante estas dimensiones, el docente debe generar los escenarios y las actividades encaminadas a que se hallase una respuesta clara, coordinada y pertinente, además de tener en cuenta las necesidades educativas, tanto del entorno como del estudiante, para incentivar la práctica permanente y significativa de la lectura, la escritura y la filosofía, de forma que el alumno disfrutase al descubrir mundos imaginarios, encontrase respuestas y satisficiera la necesidad de plasmarlo en un texto.

## BIBLIOGRAFÍA

- Añón, Valeria y Battcock, Clementina (coords.). Las crónicas coloniales desde América: aproximaciones y nuevos enfoques. [*Latinoamérica* 57 (jul.-dic. 2013)]. Disponible en: [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1665-85742013000200007&lng=pt&nrm=iso](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-85742013000200007&lng=pt&nrm=iso)
- Barón, Leonardo y Müller, Oliver. La Teoría Lingüística de Noam Chomsky: del inicio a la actualidad. *Lenguaje* 42 (2), (2014): 417-42. Disponible en: <http://www.scielo.org.co/pdf/leng/v42n2/v42n2a08.pdf>
- Boeri, Marcelo D. Una vida sin examen no merece ser vivida por el hombre: variaciones “socráticas” en Epicteto. Disponible en: [http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0100-512X2012000100005](http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0100-512X2012000100005)
- Bonet, Rubén. Literatura bajo presión. Antología de crónica latinoamericana actual, de Darío Jaramillo Agudelo, editor. Disponible en: <http://revistareplicante.com/literatura-bajo-presion/>
- Congreso de la República de Colombia. Artículo 10. *Ley 115 de Febrero 8 de 1994*. Disponible en: [https://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-85906\\_archivo\\_pdf.pdf](https://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-85906_archivo_pdf.pdf)
- Crónica. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/ayudadetareas/periodismo/per36.htm>
- Crónica. Disponible en: <http://www.slideshare.net/joemero/cronica>
- Crónica. Disponible en: <http://es.wikipedia.org/wiki/Cr%C3%B3nica>
- La crónica: características, tipos y estructuras. Disponible en: [http://web.educastur.princast.es/proyectos/formadultos/unidades/lengua\\_3/ud2/12\\_1.html](http://web.educastur.princast.es/proyectos/formadultos/unidades/lengua_3/ud2/12_1.html)
- La crónica en Colombia: medio siglo de oro. Disponible en: <http://babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll9/id/14>
- La crónica como género literario. Disponible en: <http://www.economiaynegocios.cl/noticias/noticias.asp?id=166144>
- Las crónicas de Indias. Disponible en: <http://especielliteraria.blogspot.com/2011/07/las-cronicas-deindias.html>
- Definición de crónica. Disponible en: <http://definicion.de/cronica/>
- Dussel, Inés y Southwell, Myriam. La autoridad docente en cuestión: líneas para el debate. *El monitor de la educación* 20 (2009):26-28.
- Ejemplo de crónica literaria. Disponible en: [http://www.ejemplode.com/41-literatura/3228-ejemplo\\_de\\_cronica\\_literaria.html](http://www.ejemplode.com/41-literatura/3228-ejemplo_de_cronica_literaria.html)
- Falbo, Graciela. La crónica, un género en la disolución de las fronteras. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/45112>
- Gadamer, Hans-Georg. Texto e interpretación. Disponible en: [https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/283/22150\\_Texto%20e%20interpretaci%F3n.pdf?sequence=1](https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/283/22150_Texto%20e%20interpretaci%F3n.pdf?sequence=1)
- Hancock, Joel (org.). Crónicas literarias de Eduardo Barrios. Disponible en: [http://www.euv.cl/archivos\\_pdf/libros\\_nuevos/cronicas-literarias.pdf](http://www.euv.cl/archivos_pdf/libros_nuevos/cronicas-literarias.pdf)
- Hernández Sjöberg, Brenda. El arte de escribir una crónica. Figuras literarias en Esclavas del poder de Lydia Cacho. Disponible en: <http://lup.lub.lu.se/luur/download?func=downloadFile&recordId=4285158&fileId=4285159>

Kremer, Harold. A propósito del género crónica. El taller de crónica. Disponible en: <http://www.bibliotecanacional.gov.co/caja-herramientas/sites/default/files/recursos/Genero%20cronica.pdf>

Martinengo, Alessandro. La cultura literaria de Juan Rodríguez Freyle. Ensayo sobre las fuentes de una crónica bogotana del seiscientos. [*Thesaurus* 19 (2). (1964)]. Disponible en: [http://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/19/TH\\_19\\_002\\_074\\_0.pdf](http://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/19/TH_19_002_074_0.pdf)

Martínez Miguélez, Miguel. Hermenéutica y análisis del discurso como método de investigación social. Disponible en: <http://prof.usb.ve/miguelm/hermenyanalisisdisc.html>

Moure, Clelia Inés. La voz de los cuerpos que callan. Las crónicas de Pedro Lemebel: Entre la Literatura y la Historia. Tesis de doctora en Letras, Universidad Nacional de La Plata, 2013. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1001/te.1001.pdf>

Ocampo Giraldo, Rodrigo Jesús. Reflexiones cartesianas sobre el bien moral. Disponible en: <http://www.scielo.org.co/pdf/ef/n41/n41a11.pdf>

Primer laberinto: La literatura y las teorías. Disponible en: <http://www.unl.edu.ar/ingreso/cursos/lengua/je/wp-content/uploads/sites/12/2016/11/CSL2016-Cap1.pdf>

Salazar Escalante, Jezreel. La crónica: una estética de la transgresión. Disponible en: <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n47/jsalazar.html>

Salcedo Ramos, Alberto. La mujer que apagó el volcán, parte del libro: De un hombre obligado a levantarse con el pie derecho. Disponible en: <https://www.semana.com/cultura/articulo/alberto-salcedo-ramos...la...449631-3>

Tres definiciones de crónica. Disponible en: [formacionbiblioteca.udea.edu.co/.../Tres\\_definiciones\\_de\\_cronica](http://formacionbiblioteca.udea.edu.co/.../Tres_definiciones_de_cronica).

Volek, Emil. Hecho/documento/ficción: Testimonio, crónicas, el contexto como autor y otras trampas de la fe. Disponible en: [http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/11/aih\\_11\\_4\\_036.pdf](http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/11/aih_11_4_036.pdf)

Zimmerman, Mario A. (dir.). La crónica latinoamericana como espacio de resistencia al periodismo hegemónico. Disponible en: [http://humanidades.unlam.edu.ar/descargas/4\\_A145.pdf](http://humanidades.unlam.edu.ar/descargas/4_A145.pdf)

# **CRÓNICAS DE EMERGENCIA**

## NACE UN BOMBERO

Incontables fueron las visitas al cuartel; como todo niño, a veces me divertía mucho o me aburría, pero lo que siempre disfrutaba era ver la cara de felicidad de mi abuelo cada vez que íbamos; ¿cómo olvidar aquella vez que, a escondidas, me llevó a abastecer de agua una base militar?, ¿y aquel almuerzo junto a los soldados? Aún recuerdo el desfile, en el que se dañó la sirena de la máquina y, la reemplazamos con el ulular de un megáfono; jamás olvidaré su humildad y rectitud en el servicio y como se sentía de orgulloso al portar el uniforme, pero ¿cómo olvidar aquel diciembre, aquella noche en la que departíamos en familia, tras rezar la novena, y oí sonar la sirena, la misma que nos ponía la piel de gallina, que llamaba a sus Caballeros del Fuego; él no la escuchó; sin embargo, cuando le dije, salimos de inmediato al cuartel. Cuando llegamos, una máquina ya había salido y, en un parpadeo, se había cambiado y estaba arrancando en el carro tanque; me pidió que lo espere, juicioso, en la banca que estaba fuera de la Estación y me aseguró que no tardaría. Pasó un par de horas, para mí toda una eternidad; estaba cansado de esperar, hacía mucho frío y el guardia ni siquiera me dirigía la palabra; de repente, a lo lejos observo las luces de los carros de bomberos; sabía que llegaba y que volveríamos a la casa; se bajaron cuatro bomberos, con su cara llena de tizne, y se abrazaron para celebrar su victoria contra el fuego; jamás supe quiénes eran aquellos hombres; él se bajó, después; nunca olvidaré cómo corrieron a abrazarlo y lo felicitaban por haber arribado al sitio en el preciso instante en el que estaba por acabarse el agua; pese a que estaba aburrido de tanto esperar, me contagié de la emoción y corrí a abrazarlo; su overol estaba muy sucio y el olor a humo se me impregnó; no quería soltarlo.

Lo ayudé a conectar la máquina al hidrante, mientras se cambiaba y limpiaba su cara y sus manos; llevaba mucho tiempo acompañándolo al cuartel, lo que sabía hacer bien; una vez se llenó el tanque, volvimos a la casa; ya no había nadie, aunque nos guardaron las empanadas; era inevitable el disgusto de mi abuela por la tardanza; de inmediato le conté lo que vi y fue suficiente para que no le dijera nada. Aquella noche descubrí que quería ser bombero.

La emoción de aquellos bomberos tras liquidar las llamas con éxito, al contar con la ayuda de mi abuelo; el ver sus caras irreconocibles, todos eran iguales por el tizne y todos con la misma misión, fue suficiente inspiración para inscribir mi nombre en la convocatoria de ese año.

Me preocupaba que era menor de edad, pero, en aquel tiempo, ese no fue impedimento para realizar el curso; éramos cincuenta y dos aspirantes a bomberos, entre ellos muchos que provenían de otras instituciones de socorro, algunos profesionales y unos pocos novatos; las clases teóricas se programaban para los martes y jueves en la noche y los sábados; según la práctica a realizar, nos llamaban en las mañanas o en las tardes; las primeras clases fueron de “orden cerrado”, con las que muchos se mostraron en desacuerdo y empezaron a desertar, debido a que quien nos impartía ese tema era un teniente retirado de la Armada Nacional; como buen militar, por cada error que cometíamos, debíamos pagar con ejercicios, por lo que terminábamos rendidos, aunque solo en unas cuantas sesiones ya estuvimos listos y formábamos siempre antes de cada capacitación, al igual que recitábamos la Oración patria a todo pulmón.

Superado el primer tema, y al conocer a fondo los valores y la filosofía institucional, iniciamos con las capacitaciones teóricas y prácticas; el nivel académico del grupo era notable y peleábamos siempre por sacar la mejor calificación y ni que decir en las prácticas, que parecían retos a muerte por alcanzar los mejores tiempos y hacer las cosas de la mejor manera, lo que dio pie para que los instructores nos exigieran bastante, además de que el grupo era fuerte mental y físicamente; así, con el pasar del tiempo, se empezaron a armar grupos de compañeros y buenas amistades, debido a que estudiábamos y practicábamos juntos, además de que nos poníamos de acuerdo para ir a prestar el servicio.

Tras las primeras evaluaciones y pruebas, empezaron a retirarse más compañeros, pero eso no debilitaba al grupo; muchos habíamos entrado con ideas erradas de lo que era ser bombero, sin nunca imaginar el nivel de exigencia y preparación que implicaba: el acondicionamiento físico era continuo, de modo que, conforme avanzábamos, algunos nos fortalecíamos y otros claudicaban.

En ese trajín, pasamos un año y un mes; a esas alturas, de los cincuenta y dos aspirantes quedábamos veintiocho, algunos con prácticas o recuperaciones de pruebas o calificaciones pendientes y el resto nos hacíamos a la idea de asistir a la ceremonia de graduación, pero como el aniversario de la institución había pasado y en esas fechas se proclamaba a los nuevos bomberos, nos programaron un plan de capacitaciones extras, para los otros ocho meses que nos esperaban, tiempo en el que pulimos nuestras técnicas y ya no íbamos de asistentes en los vehículos de incendios ni en las ambulancias, sino ya éramos parte de la tripulación y atendíamos las emergencias como cualquier otro bombero; es más, ya tuvimos la oportunidad de realizar varias operaciones de rescate y estar en emergencias complejas.

Por lo general, atendíamos a llamados por fugas de gas, servicios de ambulancia, incendios estructurales y se presentaba una que otra salida en falso, pero la emergencia que marcó a muchos fue el incendio en un depósito de madera; ese día habíamos terminado de realizar una práctica de escaleras, algunos compañeros se habían retirado de la Estación y unos pocos nos quedamos jugando voleibol y, mientras jugábamos, sonó el timbre largo, lo que indicaba que nos requerían para atender un incendio; dejamos de lado el juego, nos pusimos el traje en un dos por tres y subimos a la máquina; en aquella época, viajábamos en la parte de atrás y debíamos sujetarnos muy bien de los tubos para no caer; a lo lejos se observaban llamas de gran altura, por lo que el comandante de máquina solicitó apoyo; a simple vista, nos dimos cuenta de que no iba a ser posible un ataque directo y que se necesitaba efectuar un combate defensivo.

Tan pronto llegamos, tendimos las mangueras y empezamos a aplicar un chorro de gran caudal, lo que parecía les hiciera cosquillas a las llamas y acababa con nuestro tanque de agua rápidamente; el apoyo llegó sin demora y logró abastecernos para continuar con el trabajo, pero sabíamos que a ese paso no lograríamos nada, así que se solicitaron todos los refuerzos posibles; en alrededor de media hora, siete máquinas y veinticuatro bomberos luchábamos incansablemente por contener las llamas y evitar que se afectaran las viviendas aledañas; el incendio era muy grande. Pasadas dos horas, las llamas no menguaban y ya empezábamos a dudar de la estrategia empleada, pero, en este caso, no podíamos hacer nada más; las pilas de madera se asemejaban a un edificio de diez pisos y la bodega, que era de unos quinientos treinta metros cuadrados, estaba al límite de su capacidad, además de que, en el interior, se había almacenado unos tanques con líquidos inflamables; en la noche, llegaron más compañeros a apoyar, pero no resultó suficiente; cuando amaneció y las llamas habían mermado un poco en su intensidad y altura, algunas unidades se retiraron

del sitio, ya que no podían descuidar sus trabajos, mientras el resto continuaba en su labor; por primera vez, “había pasado derecho” en una emergencia, por lo que tuvimos que comer en el sitio.

En esas labores, y a pesar de que nos relevábamos para descansar, pasamos un total de sesenta horas, hasta cuando logramos extinguir por completo las llamas; fueron dos días y medio, en los que pude estar al lado de mi padre, trabajando hombro a hombro en algo de lo que nos apasionaba. Poco se pudo hacer por el depósito, pero evitamos que las viviendas aledañas resultaran afectadas y que se presentaran personas heridas; cuando retornamos a la Estación, recibimos las felicitaciones y el agradecimiento del comandante y del alcalde y, tras ese momento, regresé a mi casa, tres días después.

Así, cursamos con honores los dos años como aspirantes y la mayoría se graduó con honores, aunque en adelante seguiríamos capacitándonos; por fortuna, en esa época iniciaron los cursos para tecnificar al personal, situación que no desaprovechamos. Ya bachiller y aún sin tener en claro lo que iba a estudiar, me dediqué a esta labor de lleno, por lo pronto a los bomberos; realizaba turnos de doce horas, a veces de veinticuatro; por lo general, permanecía subido en la ambulancia y, una vez se abrían las convocatorias para los cursos, era el primero en inscribirme; así me capacitaría como asistente de primeros auxilios avanzados, en búsqueda y rescate en estructuras colapsadas, en manejo de incidentes con materiales peligrosos, en técnicas de rescate con cuerdas; realicé el curso básico de rescate acuático, además de aprender el manejo e identificación de materiales peligrosos; en fin, un sinnúmero de cursos, que permitieron ser cada día mejores y brindarle a la comunidad un servicio profesional y de calidad. Años después, me adentraría en el mundo de búsqueda y localización de personas vivas en estructuras colapsadas y grandes áreas con utilización de caninos, lo que se convertiría en mi especialidad; hoy, aún sigo en capacitación, actualización y poner al servicio de la comunidad todo lo que se ha aprendido. Por supuesto, han pasado varios años y varias emergencias, en las que hemos logrado llevar a la práctica los conocimientos adquiridos y, así, tener experiencia en la atención de emergencias. El camino no ha sido fácil; existen muchos cursos y muchas emergencias difíciles de superar, pero ha valido la pena cada minuto de estudio y de prácticas para que se lograra salvar vidas, no solo se atienden incendios y rescates a diario, sino, además, deslizamientos de tierra, colapso de viviendas, derrumbes, terremotos e inundaciones y toda emergencia que se suscita en una ciudad de incontables riesgos por accidentalidad o por la falta de previsión de muchas personas, que pasan por alto alguna norma de seguridad.

Pasar un semáforo en rojo, dejar una vela encendida, olvidar la desconexión y apagado de la plancha, manipular pólvora, un cigarrillo mal apagado; en fin, son muchas las situaciones en las que puede resultar herida una persona o perder la vida; estas y otras emergencias ponen a prueba todos los días las habilidades y destrezas del bombero que se prepara y estudia constantemente para cumplir con su misión y retornar sano y salvo a casa.

Hoy, sigo con el legado de mi viejo; cada vez que “presto turno”, sé que, desde donde esté, se siente orgulloso y vela por mí; hay días en los que me siento desfallecer, pero, al recordar el trabajo de mi padre en la fundación de la institución y el amor que me enseñó a tenerle, me motivan a seguir sirviendo a la comunidad y portar, siempre elegante, el uniforme característico de los bomberos.

Estoy seguro de que cada buena acción que he hecho, la vida me la ha retribuido con creces, aunque solo bastara con saber que salvamos la vida de un padre de familia, que rescatamos a un niño, que le devolvimos la esperanza a la comunidad, que aliviarnos el

dolor del que sufre; esas acciones, en las que nos arriesgamos por los demás, con la satisfacción del deber cumplido, han sido suficiente recompensa.

Así, para volver al comienzo, en suma, de los cincuenta y dos aspirantes que comenzamos el curso, solo nos graduamos dieciocho y, en la actualidad, quedamos ocho, de los que algunos ya son suboficiales y otros somos bomberos.

## LA CONVENCIÓN FATAL

### 1

Era una tarde atípica en la ciudad; toda la semana, los medios locales hablaron sobre el Taller Internacional sobre Volcanes, que se llevaría a cabo en la ciudad, que contaría con la presencia de más de un centenar de expertos de todo el mundo; el sobrevuelo de helicópteros cada hora tenía nerviosos a muchos habitantes y desconcertados a otros tantos, que no sabían lo que sucedía.

Disfrutaba de un periodo de vacaciones, a principio de año; como era costumbre, habíamos prestado servicio en el Carnaval, en arduas jornadas de doce horas o más, pero esa tarde, descansaba en casa; veía las noticias recostado en mi cama, con el volumen más alto de lo normal; debido al constante ruido de los helicópteros, no pude hacer la siesta.

Pasaba de la una y treinta de la tarde; la Central de Comunicaciones del Cuartel de Bomberos no conocía la situación del ascenso de los científicos al volcán; a ningún organismo de socorro se había informado sobre las actividades que se realizaría al respecto; a esa hora, más de cien personas, entre civiles, periodistas y expertos en montañas de fuego, se encontraban cerca al cráter, en un radio de cien metros a la redonda, aproximadamente. Según reportes, nueve estaban en el radio más cercano al cráter; seis de ellos recolectaban muestras y los tres restantes eran civiles, vecinos del sector, que acompañaban a los científicos.

Todo transcurría con normalidad, aunque un día antes, en el Instituto Vulcanológico, habían detectado una serie de sismos en el volcán, todos de baja magnitud, los que, según los entendidos, no representaban ningún riesgo, así que la delegación decidió subir a la cumbre y continuar con los estudios.

Sentía los párpados pesados y empezaba a quedarme dormido y, de repente, una especie de bramido, parecido al de una explosión, seguido por la vibración de las ventanas, me hizo dar un brinco y, de inmediato, me levanté de la cama. Tenía una vista privilegiada; un poco asustado, miré por la ventana y observé una columna gris, que salía del volcán: una erupción; sin pensarlo dos veces, me puse los zapatos y salí corriendo hacia el cuartel; vivía a cuatro cuadras, por lo que un par de minutos bastaron para reportarme en la guardia.

Ya en la Estación, algunos compañeros alistaban las manilas y las camillas, mientras me ponía el overol, las botas y el casco. Ayudé a cargar en el jeep los pocos elementos con los que contábamos; se nos había dado la orden de llegar hasta las instalaciones del ejército, ya que nos llevarían en helicóptero hasta la cima; creo que, de los seis bomberos que íbamos en camino al volcán, ninguno había volado antes.

Pasadas las dos de la tarde, estábamos en el helipuerto en espera de que nos recogieran; informaban que el volcán aún estaba en fase eruptiva, por lo que no resultaba prudente que nos acercáramos; además, los vientos estaban muy fuertes y se imposibilitó la llegada por ese medio, así que el comandante nos ordenó que subiéramos a la cima en el jeep. Así fue, nos demoramos una hora y diez minutos en llegar hasta la cima; de ahí, tendríamos que coordinar las labores de rescate, ya que otros organismos de socorro también arribaron.

Varias unidades iniciaron el recorrido por las periferias del cráter, para buscar a los científicos que permanecían en esa zona; a diez rescatistas, que me incluían, se nos ordenó que fuéramos al cráter, situación que nos causó algo de temor, en un principio; sin embargo, cuando empezamos a acercarnos al lugar, a lo lejos se oía la voz de dos mujeres, que pedían ayuda; para llegar a ellas, se necesitó anclar una manila y realizar un descenso de aproximadamente treinta metros; ellas resguardaban a uno de sus compañeros, que se encontraba muy mal herido; ellas, quizás por el instinto de supervivencia y la adrenalina del momento, no sentían el dolor de las múltiples heridas que afectaban sus cuerpos.



**Figura 1.** Rescate de los vulcanólogos.  
Fuente: foto cortesía de *Diario del Sur*.

De inmediato, cuatro rescatistas subieron, con las mujeres y el científico; aún quedaba por ubicar a seis personas; decidimos que caminaríamos en círculos, alrededor del cráter, separados por una distancia de un metro y medio, para que pudiéramos ir cubriendo mayor área de terreno y así buscar a personas con vida; esa era la prioridad, ante este aterrador panorama.

En el recorrido, empezamos a encontrar pertenencias y objetos personales, por lo que decidimos efectuar un mapeo; más adelante, dimos con un cuerpo o, mejor, la mitad de un cuerpo, ya que le faltaban las extremidades inferiores, bastante quemado; fue muy difícil ver esa figura, que aparentaba una sonrisa eterna, a pesar de las lesiones en el rostro; la única característica visible era que tenía la argolla de matrimonio, que tomamos y agregamos a nuestro mapa; la argolla llevaba una consigna: el nombre de Leonor Caicedo; seguimos en la búsqueda de personas con vida, sin resultados positivos y, antes de anochecer, retornamos al puesto de mando, para, luego, regresar a nuestras sedes; aquellos

objetos encontrados quedarían en posesión de los bomberos, en custodia, al igual que el mapa, ya que, en ese momento, coordinábamos las acciones de rescate.

## 2

Pasadas la ocho de la noche, llegó al Cuartel de Bomberos una señora en busca de información; curiosamente, preguntaba por una persona que no se hallaba en la lista de los científicos que ascendieron al volcán y que tenía desconcertados a los socorristas, ya que el conteo de las personas que habían subido era de ciento uno, y la lista de los científicos registrados era de cien.

De inmediato, se la atendió en la Oficina del Comandante; la mujer se identificó como Leonor Caicedo, esposa de Carlos Otero; me quedé pasmado, no tanto por la coincidencia de haber recuperado la argolla, sino porque con Carlos había compartido toda mi época de colegio: era aquel que se había sentado justo al lado mío. Sin embargo, cuando reaccioné, indagué a la señora el por qué mi compañero se encontraba en el volcán, si no tenía nada que ver con él; la respuesta fue que él era fanático de los volcanes y que buscó la forma de unirse a la expedición; mientras ella me respondía, pensaba en el mejor proceder para decirle que su esposo, mi compañero, estaba muerto; simplemente, se me ocurrió sacar esa argolla y preguntarle si lo reconocía; de inmediato, la señora irrumpió en llanto y tomó la argolla; la conversación se cerró con un: ¡Lo siento mucho!, y un fuerte abrazo.

Así, concluyó el caso de las ciento una personas que habían subido a la montaña; sin embargo, en las cuentas de los científicos, faltaba una: se trataba de uno de los extranjeros, sobre el que no había rastro alguno; por más que se realizaron búsquedas los días posteriores, en que se recuperaron los ocho cuerpos en el cráter, el cadáver del extranjero jamás apareció, por lo que las autoridades decidieron declarar el lugar como camposanto, aunque mientras el científico figurara como desaparecido, no estaba ni vivo ni muerto.

## 3

Había transcurrido un par de semanas de esa emergencia, los informes se habían entregado y se atendían las emergencias cotidianas en la institución; de pronto, llegó al cuartel un señor, que se identificó como el suegro del científico desaparecido en el volcán, que estaba ahí con el único fin de dar con el paradero del cuerpo; para ello, traía un mapa, dibujado en una hoja de cuaderno a cuadros, que contenía unos números, que él mismo había obtenido, por medio de una vidente, en su país de origen.

Todo partía de un elemento grande, pesado y de carácter metálico; según las especificaciones de la vidente, ese objeto figuraba como una batería; creo que su nombre técnico era Cospec, en el mapeo que habíamos realizado, por lo que teníamos una referencia sobre el lugar y el mencionado aparato.

La solicitud del visitante consistía en que le facilitasen unos bomberos que conocieran muy bien el terreno, ya que se debían contabilizar unos pasos, que se señalaban en el mapa, para llegar hasta el lugar exacto donde se encontraba el cuerpo.

El comandante se dispuso a buscar las unidades que voluntariamente colaborarían con el operativo; por supuesto, yo era uno de los tres bomberos, que nos animamos a acompañar la osada misión.

Una vez en la cima, bajamos hasta el cráter, para caminar alrededor de cinco minutos hasta llegar al Cospec; desde ahí debíamos caminar treinta pasos al norte; luego, a la derecha, hacia el noroccidente, otros quince pasos, cruzar a la izquierda y contar veinte pasos más y, cuando se llegara al paso sesenta y cinco, nos encontrábamos en la boca del cráter, pero tocaba darlo adentro, situación a la que ninguno estaba dispuesto, tal cual lo indicaban las instrucciones en el mapa; por esa razón, volvimos a realizar el conteo de los pasos, siguiendo las instrucciones; lo hicimos un par de veces, porque nos volvía a dar lo mismo; en la última prueba, se me ocurrió asomar la cabeza hacia la boca del cráter, para descubrir, con sorpresa, que había como una especie de bordo, algo parecido a una repisa, a unos cuatro metros desde donde estábamos, y allí se podía observar una especie de mancha de aceite, con una medio silueta de un cuerpo humano.

La inspección se haría, si el Comandante autorizaba que se bajara hasta ese lugar; sin embargo, el Comandante se negó a autorizar esa locura; no obstante, decidimos que no podíamos negarnos a la petición de los familiares, por lo que, descatando la orden que habíamos recibido, decidimos bajar.

Un compañero bombero y el suegro del científico hicieron las veces de anclaje, mientras mi compañero y yo bajábamos al sitio; efectivamente, ese era el cuerpo del científico, que se encontraba totalmente calcinado debido al flujo piroclástico, por lo que, al tratar de levantarlo, se empezó a desintegrar, por lo que nos tocó, de manera meticulosa, meter parte por parte en la bolsa negra. Una vez embalado, subimos los cuatro metros y emprendimos el camino de retorno, rumbo a la Estación.

Sobre las diez de la noche, arribamos al cuartel, en el que nos esperaban unos periodistas, ávidos de información, situación que nos causó sorpresa, ya que se suponía que la misión se había adelantado con total discreción y hermetismo; minutos más tarde, llegó el Gobernador, al que debimos de explicarle el tema del mapa y como se había llevado a cabo la misión, al igual que se le refirió la historia a los medios de comunicación que, con incredulidad y asombro, oían al comandante.

A la mañana siguiente, fuimos la portada de los principales medios locales; nunca olvidaré uno de los encabezados: “El obispo de la ciudad excomulga a los bomberos, por pisar camposanto”. Así fue, el obispo no excomulgó a los tres bomberos que participamos en la recuperación del cuerpo, había excomulgado a todo el Cuerpo de Bomberos.

## HÉROES DE LA PATRIA

Pasaba una tarde tranquila de diciembre; hasta el momento, no se reportaban novedades, mucho menos emergencias durante la jornada; me inquietaba el continuo sobrevuelo de helicópteros militares. Bien dicen que cuando todo está tan tranquilo, algo grande se gesta.

Aproximadamente a las cinco de la tarde, informan que debemos prepararnos para salir al rescate de varios soldados, heridos en combate. Opté por llevar ropa ligera, pero abrigada, ya que las condiciones climáticas del lugar eran extremas, hasta diez grados bajo cero; un par de cuerdas, partí una panela en trozos y alisté unas cantimploras. En unos cuantos minutos más, ya estaba listo el vehículo de rescate con todo su equipo y, por supuesto, el personal que haría parte del operativo.

Salimos. Para llegar hasta el lugar, se necesitaban más de ocho horas de camino, por una carretera en regulares condiciones. Casi cuarenta minutos nos demoramos en llegar a ese Corregimiento; luego, tomamos una canoa, que nos llevó hasta la confluencia de un río, tras tres horas y, desde allí, iniciamos la caminata hasta la Base Militar atacada.

El camino se hacía eterno: cinco horas a pie, por un terreno bastante escarpado; la espesa niebla permitía la visibilidad a escasos metros y un montón de empalizadas y frailejones llevaban a que el camino se tornara agreste; debíamos tener cuidado con las minas antipersona; fue difícil llegar al sector, pero, tras una hora de caminata más, lo logramos.

Esta operación no era como cualquier otra; en el ambiente, había cierta tensión; se sentía esa zozobra inexplicable; sin embargo, nadie hablaba, limitados a escuchar la voz de un soldado que nos guiaba, llegamos así al macabro escenario.

De entrada, me impresionó la imagen de un soldado en posición de combate, totalmente incinerado, y la precisión de su asesino, ya que al militar se le veía un tiro casi en la mitad de su frente; solo pensé que ojalá no hubiera sufrido. A su alrededor, dos de sus compañeros en iguales condiciones. ¿Quién es capaz de cometer semejante atrocidad?

Seguimos nuestro camino; debíamos encontrar, según información recibida, un total de quince soldados; pasaron un par de minutos para encontrar tres cuerpos más, en medio de una zanja; sin embargo, algo se movía de manera inusual debajo de ellos. Tras identificarnos como bomberos, una voz tenue y moribunda pidió auxilio. Un sargento, mal herido, se había escondido bajo el cuerpo de uno de sus subalternos, para que el enemigo no se percatara de su presencia y no lo matara.

Inmediatamente, acudimos en su ayuda: una bala había perforado su pierna derecha y se la había fracturado por completo, y una herida en el pecho lo llevaba a que respirara con dificultad; su piel pálida y pegajosa y su mirada perdida nos indicaban que estaba delicado de salud, por lo que el procedimiento se efectuó muy rápido: los bomberos valoramos al paciente, controlamos las hemorragias y, posteriormente, le inmovilizamos la extremidad lesionada; mientras tanto, un enfermero de combate le aplicaba líquidos intravenosos, para estabilizarlo; nosotros ya lo teníamos listo para movilizarlo en la camilla.

No recuerdo cuánto transcurrió desde que lo encontramos hasta el justo momento cuando lo recibió un grupo de médicos, todos ellos vestidos de verde; solo recuerdo que el sargento, en el descenso por el escarpado terreno, preguntaba por sus compañeros o solo decía ¡gracias!, con su voz tiritante.

Ahí no terminaba el rescate; faltaba por encontrar a otros ocho soldados; debíamos volver a subir; sin embargo, un oficial nos sugirió que la búsqueda la hiciéramos rodeando el cerro, ya que afirmaba que los uniformados pudieron haber salido hacia una zona rocosa, que les pudo servir de refugio, advirtiéndonos que el terreno era muy inestable y que presentaba varias caídas, hasta de cincuenta metros.

Rodeamos el cerro y encontramos el lugar con las especificaciones dadas; empezamos a bajar por las inestables rocas; había huellas de botas. Decidimos hacer un anclaje con cuerdas y asegurarnos, para evitar que resultáramos heridos; a treinta metros del descenso, encontramos a otro soldado, raspado todo el cuerpo y su cara, sin unos cuantos dientes e inconsciente, pero con signos vitales estables; al parecer, había rodado varios metros.

Sin muchos equipos, empezamos la extracción del lugar; dos de mis compañeros subieron antes, para ayudar a halar; en alrededor de unos veinte minutos, logramos llegar a la cima; justo ahí, el soldado volvió en sí y empezó a gritar de dolor; un compañero empezó a calmarlo, mientras los demás le ayudábamos para canalizarlo. Otro grupo de soldados se encargó de llevarlo al campamento base, para que lo atendieran los médicos y lo llevaran a un hospital.

Nosotros seguimos con la búsqueda de los demás soldados, pero, antes, tomamos un ligero descanso y, de paso, comimos algo; ya habían pasado más de catorce horas de trabajo y de caminar y no habíamos probado bocado; los soldados que nos acompañaban nos convidaron a que compartiéramos de su ración.

Mientras almorzábamos, nos informaron que habían encontrado a los soldados que faltaban, desafortunadamente sin vida. Restaba, entonces, la recuperación de los cuerpos, para llevarlos hasta el campamento base. Varias horas tardamos en lograrlo; habían pasado más de veinte horas en aquel cerro y, ahora, nosotros ya estábamos en nuestro vehículo, pero en él, y por petición de un alto mando militar, llevábamos seis cuerpos.

Aún recuerdo la imagen: dos iban en bolsas negras; los cuatro restantes en unas camillas de metal, tapados con mantas blancas, y mostraban, en el pie izquierdo, sus placas. Al escuchar la radio, supimos que los medios locales y nacionales reportaban la noticia; uno de los periodistas entrevistó a una señora de edad, la madre, que clamaba porque su hijo estuviera sano y salvo y retornara a su hogar, pero la realidad era que ya había muerto y era uno de los que llevábamos en el carro.

## UN EXPENDIO ILEGAL

Esta era una mañana de domingo, como cualquier otra; como de costumbre, visitaba a mis compañeros en el cuartel, cuando estaba de descanso; era parte del recorrido del paseo con mi abuelo. Entramos al cuartel:

—¡Permiso, sigo!, —exclamamos ambos, y saludamos a los bomberos de turno; todo estaba tranquilo; charlábamos, revisábamos la prensa y echamos un vistazo a la cartelera informativa, como solía hacerse.

Nos preparábamos para salir de vuelta a casa y, en ese justo instante, sonó la alarma de incendio; sin vacilar, corrí a ponerme el traje y, de inmediato, me subí a la máquina; mi abuelo, un bombero en uso de buen retiro, inmediatamente entró a la guardia y registró nuestra salida en la minuta.

En el camino, nos terminábamos de alistar y se asignaban las funciones. Al arribo a la escena, la Estación sur ya estaba trabajando; de inmediato, solicitaron el ingreso de otra línea cargada. Entramos; una neblina nos protegía del fuego, hasta cierto punto, ya que, de repente, mi compañero aplicaba agua en varios sentidos; el fuego atacaba por varios frentes; desconcertados, veíamos cómo varias llamaradas salían por doquier. Pasaron varios segundos y, al fin, logramos percatarnos de lo que realmente ocurría: en la casa, funcionaba un expendio ilegal de gas.

Con serenidad, empezamos a apagar cada cilindro, para retirarlos del lugar; la labor parecía interminable; teníamos que encargarnos, también, de las llamas que consumían parte de la bodega; aparecieron varias manos, los refuerzos habían llegado, sin saber sobre el peligro que amenazaba, si el fuego consumía a los demás cilindros —eran cuarenta bombas potenciales, con poder para destruir varias viviendas, varias cuadras y acabar con las vidas de los que adentro combatíamos las llamas, de los vecinos que miraban y grababan con sus teléfonos la emergencia y hacían caso omiso a la orden de evacuación y de los curiosos que creían estar seguros tras las cintas de perimetraje; claro está que ese perímetro se sugirió sin tomar en cuenta que adentro había tantos cilindros de gas.

Seguramente habían pasado veinticinco minutos, quizás menos o quizás más, cuando nos relevaron. En esos momentos, uno pierde la noción del tiempo; solo el timbre del equipo de respiración autónoma da un aproximado del tiempo transcurrido; exhaustos, con la voz entrecortada, entregábamos la información sobre la situación a nuestros compañeros, mientras en nuestras manos llevábamos un par de cilindros a la calle, para dejarlos en un lugar seguro.

Una vez afuera, veía con asombro la gran cantidad de pipetas de gas que habíamos sacado y cómo seguían saliendo: cuarenta y tres en total, tres de ellos de cien libras —que eran tres bombas de tiempo, con la capacidad para destruir una manzana completa.

Era hora de hidratarnos y descansar; los compañeros extinguieron totalmente las llamas y realizaron el enfriamiento. Una vez controlada la situación, nos reunimos para evaluar el trabajo y asignar las funciones para recoger el material y retornar a nuestras estaciones.

Pasaron varios minutos, llegamos al cuartel, revisamos el material y ordenamos las gavetas; mi abuelo esperaba en la guardia: ya era tarde para el almuerzo y volver a casa.

En el camino de vuelta, le conté a mi abuelo los detalles del incendio y sería él quien me hizo caer en cuenta del riesgo al que nos expusimos, cuando me dijo:



**Figura 2.** Los bomberos y las llamas.

Fuente: foto cortesía Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Pasto.

—Dios también es bombero y gracias a él puedo escuchar de tu boca esa historia. —En realidad, no había caído en cuenta de esa situación; nos emocionamos tanto de haber podido liquidar las llamas y salvar gran parte de los enseres de la vivienda, felices de que no resultaran personas heridas, pero nunca nos fijamos en que habíamos expuesto nuestras vidas de tal manera.

Por supuesto, en una reunión posterior a ese incidente, se socializó cómo había sido el trabajo para controlar la emergencia y se determinó que había que establecer algunos ajustes en el procedimiento, ya que el vigente solo contemplaba el manejo de una emergencia con pocos cilindros de gas, pero jamás se había contemplado la situación de que existiese este tipo de expendios ilegales, que no cuentan con las mínimas medidas de seguridad para la vida humana y de prevención de incendios.

## UN APARATOSO ACCIDENTE

Promediaba la una de la tarde y pasaba a saludar a los compañeros, quienes se alistaban para almorzar y no dudaron en invitarme, ofrecimiento al que no me negué, ya que la sazón del cabo García era sensacional; juntamos las mesa e hicimos comedor general; empezamos a servir los alimentos y fluía el ambiente de camaradería; los chistes iban y venían.

Pasaron varios minutos; yo servía el jugo y la mayoría apenas empezaba a degustar el sancocho y, de repente, sonó la alarma: un timbre largo, que anuncia que la emergencia es de alguna magnitud, ya fuese un rescate o un incendio estructural; la central reportaba por el altoparlante y el radio un accidente de tránsito, ocurrido a las afueras de la ciudad.

En un santiamén, nos subimos al vehículo de rescate y salimos; teníamos la información de una persona atrapada en un camión y de varios heridos en la escena; las ambulancias iban adelante. La carretera estaba congestionada, una fila de casi un kilómetro de vehículos represados y, como de costumbre, mal estacionados, que impedían que llegáramos rápido al lugar; la pérdida de tiempo por esta situación era inevitable.



**Figura 3.** Recuperación de un cuerpo.

Fuente: foto cortesía del Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Pasto.

Una vez en el sitio, la escena era desgarradora: el camión había perdido los frenos y, en forma aparatosa, había arrastrado a un taxi, dos vehículos particulares y una motocicleta; tres niños, que no pasaban de los diez años y que iban camino a la casa, desde su escuela, habían sido atropellados violentamente por uno de los vehículos implicados en la colisión y el conductor del camión muerto, debido al fuerte impacto sufrido contra una montaña y quedar atrapado.

Debíamos recuperar el cuerpo del conductor del camión, que permanecía entre sus latas retorcidas; estábamos cuatro bomberos y el bombero conductor, para un total de cinco unidades; de inmediato, se acordonó el lugar y se aseguró el área; estaba todo listo para iniciar las labores de extracción del cuerpo; fui por la combi, una tijera hidráulica capaz de cortar las latas de los vehículos sin dificultad; muchos la denominan “la quijada o mandíbula de la vida”; para su uso, se debe tener técnica, resistencia y fuerza.

Cuando me disponía a abrir la gaveta, observo a mi compañera, sentada en el vehículo; no se había bajado: con la mirada perdida y unas lágrimas y, al mirarme, brincó; de inmediato, le pregunté por qué estaba ahí y no bajaba a ayudarnos; estalló en llanto: la imagen de los niños al filo de la carretera la había devastado y simplemente, me decía:

—¡No puedo, no puedo! —Le di un abrazo fugaz y tomé el equipo para realizar los cortes; debo reconocer que, cuando llegué a la escena, también me tocó hacer de tripas corazón y enfocarme en el trabajo; siempre que hay niños involucrados en cualquier accidente, va a ser psicológicamente difícil la labor, aunque, con el tiempo, se convierte en un acicate moral, para cumplir de forma más eficaz con nuestro cometido.

Cuando iniciamos los cortes, la policía ya efectuaba las labores de levantamiento de los cuerpos; las ambulancias estaban transportando a un par de menores heridos a los centros asistenciales de la ciudad; nos demoramos treinta minutos en recuperar el cuerpo del conductor del camión; los testigos del accidente afirmaban que había intentado saltar del vehículo, lo que explicaba la posición tan rara en la que había quedado; ahí se veían los más de veinte años de experiencia del conductor y los restos del vehículo que lo había acompañado en el siniestro.

Logramos extraer el cuerpo e hicimos la entrega a las autoridades competentes; no había nada más que hacer; la misión había culminado con éxito y, al fin, tras casi una hora del arribo a la escena, mi compañera bajó del vehículo y, sin pronunciar palabra, se limitó a ayudarnos a guardar los equipos.

A fallas mecánicas atribuyeron las autoridades de tránsito el impresionante accidente, ocurrido en el kilómetro cuatro sobre la vía al sur. Fue triste saber que tres niños, que habían disfrutado en la mañana la estadía en las labores educativas con sus compañeros, no volverían a sus hogares ni a la escuela; que seis menores más se debatían entre la vida y la muerte en un hospital de la ciudad, al igual que los conductores de los vehículos que resultaron implicados en el accidente.

## ¡CLASIFICAMOS!

### I

Había transcurrido el día de forma normal; me presentaba en la Estación como unidad disponible, no se anunciaban emergencias; mis compañeros y yo aprovechábamos para desarrollar una práctica con cuerdas y refrescar los conocimientos de los nudos; el ambiente futbolero era evidente: la selección Colombia de fútbol jugaba a las seis, la “polla” estaba lista, al igual que las palomitas de maíz. Parecía que íbamos a poder ver el partido en calma, si se puede llamar calma cuando el equipo tiene que ganar para clasificar al mundial. Así fue, pudimos comernos las uñas frente al televisor de la guardia al ver como la selección del Perú nos empataba el partido y brincar de la emoción porque la selección Brasil ganaba y, con el empate en Lima, clasificábamos directamente al mundial de Rusia. Terminó el compromiso, todo era felicidad, ya empezaban las caravanas, los compañeros del otro turno ya estaban en la Estación, todos dispuestos a formar para efectuar el relevo, como era costumbre y, de repente, sonó la alerta de incendio.

El radio operador informaba sobre una conflagración en un almacén dedicado a la venta de telas y textiles, ubicado en la zona centro de la ciudad; corrimos, de inmediato, a ponernos el traje y, en un minuto, estábamos saliendo en la máquina extintora hacia el lugar de la emergencia; lo mismo hacían los compañeros de la Estación del occidente; ellos arribarían en el carro tanque.

En cinco minutos, llegamos al sitio; el tráfico estuvo complicado. En la escena, se requería realizar una entrada forzada, para ingresar al sitio; dos compañeros se encargaron de eso: prendieron la mototrozadora y, en un par de minutos, estuvo listo el acceso; mientras los compañeros realizaban el corte, estaba lista una línea de mangueras cargada con agua para realizar un ataque apenas abrieran; sin embargo, cuando entramos, las llamas eran muy fuertes y ya habían llegado a la segunda planta de aquella construcción antigua, de tapias y madera; se necesitaban los refuerzos, así que se solicitó el carro escalera y el apoyo de otros carros extintores y tanques, que llegaron rápidamente al lugar, mientras nosotros tratábamos de sofocar las llamas de la primera planta.

Era mucho el material que se prendía rápidamente y el control de las llamas se tornaba difícil; ya estábamos varias parejas de bomberos atacando en distintos flancos del incendio, inclusive se enfriaba las viviendas contiguas, para evitar que el fuego se propagara y se saliera de control por la radiación; pasaron casi veinte minutos, quizás menos, y ya salíamos, para que nos relevaran; parecía que nos hubiésemos bañado, todo producto del sudor y de las temperaturas tan elevadas que habíamos tenido que soportar; teníamos mucha sed.

Nos subimos a nuestra máquina, tomamos agua y descansábamos, para volver a entrar; tres veces entramos y salimos; logré contabilizar siete carros de bomberos y dos ambulancias en el sitio. Entre entradas y salidas, pasaron casi dos horas y media para que se lograra controlar las llamas, y tres horas para que pudiéramos extinguir por completo el incendio, sin contar con la fase de enfriamiento, que se extendería hasta el otro día.

En total, más de doce horas tardamos en atender esa emergencia que, al parecer, se había iniciado por una pequeña estufa eléctrica, que uno de los empleados del lugar había

olvidado apagar. Lastimosamente, las pérdidas fueron cuantiosas y la estructura del local quedó inservible.

El cansancio era evidente en todos; sin embargo, teníamos que recoger material para que pudiéramos retornar a nuestras respectivas estaciones; un carro tanque, con varias unidades, se quedaría realizando la fase de enfriamiento y liquidación. Así fue, con todo el material completo en cada uno de los vehículos, retornamos, y ya me quedaban unas pocas horas de descanso para volver al trabajo; una vez retornamos al cuartel, afortunadamente no hubo más salidas esa madrugada; si mal no recuerdo, era la una y treinta de la mañana y tenía cinco preciosas horas de sueño, que no pensaba desaprovechar; caí rendido.

## II

Al otro día, pasé por el lugar: con la luz del día, era evidente el daño que había sufrido la estructura; los propietarios, algunos de los trabajadores y, por supuesto, los curiosos, observaban incrédulos lo que había pasado; en el sitio, aún había un carro tanque con cuatro compañeros, que se encontraban efectuando el enfriamiento y removiendo los escombros, de modo que saludé al bombero maquinista, quien me comentó que había todavía varios puntos calientes, sobre los que trabajaban, y que ya habían empezado a remover los escombros.

## FUEGO EN EL CAMINO

### 1

Era jueves en la noche, había terminado mi jornada laboral; me disponía, entonces, a cenar, antes de ir a prestar servicio. Así fue: recuerdo que la cena en casa estuvo deliciosa: chuleta de pollo, mi favorita. Faltaban pocos minutos para las ocho de la noche, por lo que decidí ir caminando al cuartel; en el camino, me encontré con otro compañero y gran amigo, Ortiz, con el que nos habíamos formado desde un principio, aunque él ya tenía rango: era Cabo Primero; ambos íbamos para el mismo lado y con el mismo fin; nos saludamos cordialmente y continuamos nuestro camino.

Faltaban algo más de quince minutos para llegar y mis ojos advierten la salida abundante de humo en una vivienda del sector:

—Mi cabo, ¿ve eso? —De inmediato, nos acercamos al lugar para ver lo que estaba ocurriendo; tomo mi teléfono y llamo a la Central, para que despachen los vehículos:

—Buenas noches, compañero, hay un incendio estructural en la Calle 24 con Carrera 13; por favor, despache las unidades; estaré en línea y le mantendré informado de la situación y de la evolución de la escena, —entre tanto, mi cabo intenta ver por las ventanas lo que ocurría dentro de la vivienda; escucha voces de niños en el interior:

—¡Hay niños, hay niños!, —dijo.

—Central, hay niños atrapados, —informé y colgué.

Sabíamos que los refuerzos iban a tardar un par de minutos en llegar al sitio, por lo que, sin vacilar un solo momento, decidimos hacer una entrada forzada e ir al rescate de los niños; al entrar, nos encontramos con varias camas y, en ellas, tres niños, que no pasaban de los siete años.

Empezamos a efectuar la evacuación de los niños; uno por uno, logramos ponerlos a salvo, fuera de la estructura en llamas; el fuego se tornaba más intenso y la radiación se empezaba a tornar insoportable; sin embargo, como mandan los cánones, había que buscar en las dos habitaciones faltantes, por lo que encontramos a un señor, de aproximadamente cuarenta años, casi inconsciente al pie de una cama; al vernos, nos indicó, desesperado, que atrás había más personas; encontramos a dos adultos mayores y a una mujer con su bebé; mi cabo tomó al bebé y yo saqué a la mujer; ambos estaban al borde de un paro respiratorio a causa de la inhalación de humo.

Volvimos por los ancianos y, juntos, sacamos a aquel hombre que estaba junto a la cama, a punto de entrar en *shock*; de esa forma, logramos evacuar exitosamente a todas las personas; después, supimos que uno de los ancianos había intentado sofocar las llamas, sin lograrlo, por lo que había sufrido quemaduras de tercer grado en varias partes de su cuerpo. Mientras tanto, los refuerzos habían llegado: ya ingresaban más compañeros y aplicaban agua, para liquidar las llamas, y otros ayudaban a estabilizar a la bebé, para transportarla en una ambulancia a un centro asistencial; los curiosos se limitaron a grabar, con sus teléfonos, lo que ocurría; nadie quiso prestarnos ayuda.

Al estar todos a salvo, mi cabo y yo nos fundimos en fuerte abrazo; habíamos cumplido con nuestro objetivo: salvar vidas, aunque, de inmediato, pensamos en que habíamos entrado a la humilde vivienda sin ningún tipo de protección, situación que nunca contemplamos tan pronto oímos las voces asustadas de los niños; ese acto irresponsable nos podría acarrear

problemas con los oficiales de la institución, pero valió la pena. Tras lo ocurrido, decidimos no ir al cuartel a prestar servicio, sino nos fuimos a nuestras casas a descansar; los compañeros se retiraron mucho después.

En casa, me recibió mi madre, algo sorprendida por mi sucia apariencia y por mi pronto regreso, ya que sabía que iba a trasnochar en la Estación de bomberos. De inmediato, le conté lo sucedido, me sugirió que tomara un baño y que dejara la ropa sucia en la lavadora; fue exactamente lo que hice. Cuando salí del baño, mi madre me había preparado un chocolate caliente:

—Tómame el chocolate y descansa; te lo mereces, —me dijo.

## 2

A la mañana siguiente, me disponía para salir al gimnasio y, luego, a ir a trabajar, como de costumbre, pero, antes de las seis de la mañana, mientras tomaba el desayuno, entró una llamada a mi teléfono celular: era mi capitán Rivera, el comandante de la institución, quien llamaba a preguntar cómo estaba; hablamos por varios minutos y le narré lo sucedido; pensé que me iba a regañar por haber entrado al incendio sin equipo, pero eso jamás sucedió; por el contrario, las palabras de mi capitán estaban llenas de orgullo y agradecimiento por la labor realizada; lo mismo le había pasado a mi cabo Ortiz.

## 3

Días después, fuimos condecorados con la medalla al valor, en una ceremonia muy emocionante, en la ciudad de Bogotá: esa medalla es un honor portarla, ya que no son muchos los bomberos que la lucen. Una vez en nuestra ciudad de origen, no nos quedaba más que seguir con nuestras vidas donde las dejamos: el trabajo no da espera, somos voluntarios y no devengamos remuneración alguna por lo que nos apasiona; esta vez, con la moral muy en alto y con la certeza de que, si alguna vez se presenta una situación de similares características, volveríamos a arriesgar nuestra integridad y nuestras vidas por salvar a los demás.

Por supuesto, fuimos portada de los diarios locales, con el apelativo de héroes, y tanto la institución como la alcaldía nos distinguieron con un par de reconocimientos: fueron momentos gratos y muy emocionantes. De esta manera, todo volvió a la normalidad; en un par de ocasiones, había vuelto a trasnochar en la guardia y, luego, a seguir trabajando; por fortuna, en esos turnos no se presentaron emergencias; así pasaron los días y las horas, viviendo cotidianamente.

## 4

Un mes después de la emergencia, el comandante nos citó a la institución, un sábado en la mañana, y sugirió que llegáramos a la Estación con el uniforme de gala; imaginamos que nos iban a distinguir con otro reconocimiento, por lo que aceptamos, sin dudar; antes, el cabo Ortiz debía pedir permiso en el trabajo, para faltar ese día; yo no tenía tanto inconveniente, ya que era mi propio jefe, lo que me permitía que acomodara los horarios.

Esa mañana, arribamos puntuales al cuartel, con la expectativa de lo que iba a ocurrir, y lo que ocurrió constituye un momento inolvidable. El capitán Rivera nos recibió en la guardia,

en forma muy amable, pero dejaba notar que algo nos ocultaban; era algo raro que eso pasara, ya que, por lo general, él nunca permanecía ahí, pues siempre lo encontrábamos en su oficina. Yo había llegado primero, dos minutos después llegó el cabo Ortiz; faltaban unos cinco minutos para que dieran las ocho de la mañana; antes de que subiéramos al salón de eventos, entraron varios periodistas; todos saludaban con amabilidad, pero ninguno se detenía a hablar con nosotros.



**Figura 4.** Recepción de un reconocimiento.

Fuente: foto cortesía de Dairon Castro Bonilla, Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Cali.

A las ocho en punto, el comandante nos invitó a pasar al salón; algo desconcertados, subimos y, tan pronto se abrieron las puertas, una lluvia de aplausos se hizo sentir: a nuestro alrededor, familiares, compañeros y amigos no dejaban de aplaudir y, al frente, bajo un letrero que decía Gracias, los cuatro niños, la señora y su bebé, de mano de su esposo, y los dos ancianos, nos miraban de una manera especial.

Una vez terminada la ovación, el señor tomó el micrófono y dijo:

—¡Bienvenidos, héroes!: en nombre de la familia Santacruz, reciban nuestras palabras de agradecimiento y admiración; gracias a ustedes, mi familia está completa, sanos y salvos, y hasta trajimos a Mechas, nuestro perro, el que sus compañeros salvaron. —El caballero soltó el micrófono y la familia entera nos rodeó con un abrazo; los flashes parpadeaban sin cesar y nuevamente los aplausos apagaron el silencio. Mi cabo y yo no pudimos contener las lágrimas, pues fue un momento especial, algo mágico, difícil de describir; nunca esperamos semejante sorpresa.

Luego, tomó el micrófono la señora y expresó, con unas bellas palabras, su agradecimiento y, al finalizar su intervención, los cuatro niños, en coro, gritaron:

—¡Gracias! —Había llegado nuestro turno de hablar; el cabo Ortiz estaba muy conmovido; yo ni qué decir: estábamos cortos de palabras; mi cabo me cedió el micrófono; algo

nervioso, lo tomé y solo acerté a decir que solo habíamos hecho nuestro trabajo y que nos sentíamos muy halagados por esa bella sorpresa.

Terminado el protocolo, nos sirvieron una copa champaña y nos quedamos dialogando con la familia; posamos para los reporteros hasta las doce, hora en la que nos invitaron a almorzar con los Santacruz, esta vez en un restaurante, con más privacidad; lástima que Mechas no nos pudo acompañar; así, pudimos conocer mejor a esa bella familia que, desde aquel día, nos acogió como a algunos más de sus integrantes.

## UN RESCATE DE OBREROS

### I

Era una tarde de sábado; descansaba, como de costumbre, cuando recibí una llamada de la Central, en la que informaban sobre un derrumbe en la única mina que existía en la ciudad, pues, tras esta emergencia, la clausuraron. Lo pensé dos veces antes de salir, pues, si bien corre por nuestras venas el atender las emergencias y acudir lo más pronto posible, respecto a este tipo de emergencias conocía poco o nada, lo que me hizo dudar por un minuto; sin embargo, me animé y bajé a la Estación.

Al llegar, saqué mi equipo de protección personal del casillero y me dispuse a embarcar en la máquina de rescate, a la que ya le habían agregado, en las gavetas, varias palas y otros elementos más, que el capitán Pérez, quien asumió el mando de la operación, había considerado necesarias y oportunas.

Nos dirigimos al sitio; en el trayecto, el capitán hablaba por teléfono y recibía información sobre lo que había sucedido: dos mineros habían quedado atrapados, tras un derrumbe; según comentaban, lo angosto de las galerías iba a tornar difícil la labor, además de que esos obreros se encontraban a casi treinta metros de profundidad y existía un noventa por ciento de probabilidades de encontrarlos con vida.

Una vez en el sitio, notamos que el derrumbe había tapado por completo la entrada, pero ya los mineros, que habían alcanzado a salir, estaban trabajando para destaparla; parecían unas máquinas.

El capitán ordenó que se suspendieran por un momento las actividades de rescate, para asegurar la escena y verificar que no hubiera la probabilidad de otros derrumbes; al principio, los obreros se molestaron, pero, luego, entendieron por qué lo hacían. Tras cinco minutos de planeación, iniciamos los trabajos; en primera instancia, teníamos que desbloquear la entrada y, una vez cumplida esa misión, dos o más hombres entrarían por las estrechas galerías con palas más pequeñas y empezarían a realizar unos apuntalamientos.

Pasaron varios minutos para que lográramos evacuar la tierra que cubría la entrada; en ese instante, el capitán llamó a todo el personal para efectuar otra breve reunión de seguridad y, de paso, ultimar los detalles para que entráramos a la mina. Cuatro bomberos íbamos a entrar; uno por uno, íbamos a ir sacando la tierra y poniendo los puntales.

Ahí estaba yo, con la adrenalina disparada, haciendo mi trabajo; empezamos a cavar y sacábamos de a pocos la tierra; la idea era seguir una trayectoria horizontal, según recomendaban los mineros y, luego, debíamos hacerlo de manera vertical, para llegar hasta el sitio donde se presumía estaban los obreros.

Poco a poco, fuimos cavando y abriendo camino; se oía que la tierra crujía; habíamos avanzado casi quince metros y quizá ya había pasado una hora o algo más; el trabajo era exigente y el calor intenso; el esfuerzo produce mucha sed; por fortuna, el capitán había diseñado un sistema de relevos muy bueno, que nos permitía descansar quince minutos y volver a ingresar.

Al salir a mi descanso, le comenté al capitán respecto a los ruidos que se oían en el interior, por lo que, de inmediato, pidió que todo el personal evacuara; mientras tanto, hablaba por teléfono con algunos expertos nacionales, para comentarles la situación; los obreros decían que esos ruidos se escuchaban desde hacía justo más de un mes, cuando había empezado la

temporada de lluvias en la ciudad y que había informado a sus jefes, a lo que les respondieron que esos ruidos eran normales.

El capitán Pérez debía tomar una decisión difícil: arriesgaba a los rescatistas en el interior de la mina o esperaba a que llegaran los expertos en rescate minero, al día siguiente, para realizar esas labores; confiados en el criterio de los dueños de la mina, y con el apoyo del personal de socorro, se decidió que se continuaría con las labores de rescate, por lo que de nuevo ingresamos, esta vez con algo de temor, por los constantes ruidos, y con el miedo a que un derrumbe también nos atrapara.



**Figura 5.** Rescate de un obrero.

Fuente: foto cortesía del Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Pasto.

Así, pasaron más de veinte minutos; una cadena de bomberos sacaba la tierra y permitía que llegaran los listones de madera para apuntalar; de repente, la tierra rugió más duro y sentimos que el suelo se movía; los que estaban cerca a la entrada alcanzaron a salir; desafortunadamente, un compañero y yo sentimos cómo el peso de la tierra nos caía encima y quedamos totalmente a oscuras. Era una presión asfixiante; varios metros de tierra nos aplastaban poco a poco y sentíamos cómo nuestros cuerpos se abatían lentamente; así, pasamos de rescatistas a pacientes en un segundo; ahora, la prioridad éramos nosotros.

Una nueva reunión se había realizado; esta vez, el capitán se mostró dispuesto a ingresar al rescate de sus hombres; se tomaron todas las medidas de seguridad, empezaron a reforzar los puntales; más del noventa por ciento estaba en pie; justo lo que había colapsado era el sitio en el que nosotros estábamos apuntalando; rápidamente, llegaron cerca de nosotros; quizás se hallaban a cinco metros o menos; nosotros oíamos voces, aunque curiosamente procedían del otro extremo; Moncayo, —que era el compañero—, y yo hablábamos, para darnos moral; sabíamos que nos iban a sacar de ahí; aunque en esos momento uno piensa que la muerte está cerca y quisiera despedirse de los seres queridos, pasan por la cabeza

muchas cosas; la vida se resume en segundos y ahí realmente se la aprecia; es un momento muy difícil de autorreflexión; con mucho esfuerzo, hablábamos, pero no podíamos movernos; sin embargo, le comenté que las voces no parecían de los nuestros, sino las de los obreros, que estaban más abajo; creímos que estábamos delirando debido a la situación. Pasaron diez eternos minutos para que los compañeros llegaran hasta nosotros; Moncayo sintió cómo tocaban sus pies y, posteriormente, cómo se aliviaba el peso de su cuerpo, recuperaba su movilidad y respiraba mejor; yo tuve que esperar otros cinco minutos, aunque sabía que estaba a salvo. En el trayecto de salida, Moncayo le comentó al capitán que oímos voces desde el otro extremo y que creíamos que delirábamos debido a la falta de oxígeno. Los colegas procedieron a sacarme de la mina y pronto estábamos en camino al hospital, para que nos valoraran; afortunadamente, no era nada grave.

## II

Después, supimos que las labores de rescate de los obreros habían continuado; habíamos estado a unos diez metros de los obreros y el socavón estaba parcialmente colapsado, lo que había facilitado el acceso. Desde nuestro arribo al sitio hasta cuando culminaron con las labores de rescate habían pasado alrededor de cinco horas; el rescate con vida de los mineros enfocó las miradas de los medios de comunicación sobre ese hecho puntual y ninguno mencionó el hecho de que dos bomberos habían quedado atrapados bajo tierra durante algún tiempo.

Tras la emergencia, se descubrió que la mina no estaba en regla y, por tanto, los propietarios tuvieron que asumir todas las consecuencias legales que eso implica; por fortuna, todos salimos con vida y así pudimos volver a reiniciar nuestras labores cotidianas.

## EL SANTO DE CABEZA

### 1

Es normal que en un día cualquiera no se presentara ninguna emergencia y a eso debemos apuntarle siempre. En los tiempos en los que ingresé a la institución, recuerdo que, en la guardia, había una imagen de un santo, al que se encomendaban mucho los bomberos, sobre todo los más antiguos; por lo general, las oraciones se encaminaban en busca de protección y, otras, a que saliera una emergencia, preferiblemente incendios; quizás las primeras se escuchaban y las segundas se ignoraban; eso nunca lo sabremos.

Recuerdo tanto que, cuando no ocurría nada, se programaba una que otra actividad; en esa época, no contábamos con tantos vehículos y equipos y, sin otra opción, terminábamos jugando parques o dominó; no les voy a negar que, también, la pasábamos bien y nos divertíamos un rato, pero, según el bombero, nada reemplaza a la adrenalina y la acción que representan un incendio o un rescate.

Alguna vez, en uno de esos días tediosos, uno de los antiguos bomberos manifestó que iba a orarle al santo para que alguna emergencia se presentara; cabe aclarar que nunca buscábamos el mal ajeno, aunque rezarle a un santo para que se suscitase un incendio así lo pareciera. La oración del bombero fue eficaz, ¿quién sabe qué rezaría?, pero, en cuestión de minutos, salimos a atender un incendio estructural; más tarde, ya superada esa emergencia, en la vía perimetral se presentó un accidente de tránsito, en el que se vieron afectados varios vehículos, y así culminó el día.

En la noche, mientras le hacía el aseo a la guardia, me percaté de que el santo de la devoción estaba de cabeza; esa fue una escena singular, que me causó inquietud, por lo que, de inmediato, puse al santo de pie y no le di trascendencia al asunto; terminé de hacerlo y me retiré a mi casa, a descansar. En ese entonces, era muy raro que se presentara más de una emergencia en un día, al tomar en cuenta que la ciudad era pequeña y que quizás los ciudadanos eran más cuidadosos y precavidos.

### 2

De vuelta a los turnos correspondientes en un fin de semana cualquiera, el día no pintaba interesante en cuanto a emergencias; algunos jugaban cartas, otros veían televisión y yo ayudaba a limpiar los carros; en fin, había varias actividades para distraerse, ya que los incendios estaban esquivos; claro que no faltaba el que le rezaba al santo, a la espera de que se produjera la anhelada emergencia.

Ya habíamos tomado de hábito pedirle a uno de los bomberos más antiguos que le elevara sus plegarias al santo; lo hacíamos a modo de juego, pero, por lo general, ese santo siempre le concedía sus súplicas; hasta ese instante, no habíamos descubierto cuál era la técnica eficaz para que lo lograra. Así, en cuestión de minutos u horas, alguna emergencia salía.

### 3

Con el pasar del tiempo, esto se convirtió en un hábito; quizás en un mal hábito y siempre, por sencilla o leve que fuera, ocurría la emergencia, pero, con el pasar del tiempo, se

presentó un incendio, por supuesto, tras rezarle al santo, en la casa de un familiar de un bombero y, tiempo después, se presentó un accidente de tránsito, en el que se vio involucrado un bus de servicio público; en el vehículo iban treinta y dos pasajeros, ocho de los cuales habían fallecido debido al fuerte impacto que sufrió el automotor tras caer a un abismo de cien metros; la escena era impresionante; varias personas habían sido lanzadas fuera del bus, mientras rodaba ladera abajo; múltiples laceraciones y politraumatismos presentaban los pacientes que, en su mayoría, se debatían entre la vida y la muerte; otros pasajeros se hallaban atrapados entre las latas retorcidas y yacían en el fondo del abismo; para llegar a ellos, se necesitó montar un sistema de cuerdas y realizar el descenso de muchos bomberos y personal de otras instituciones de socorro, que apoyaban las labores de rescate.

Así, nos asignaron la misión de llegar hasta el fondo del abismo, llevando equipo de corte, lo poco que teníamos, para poder extricar a los pacientes. Esa fue una ardua labor; varias horas pasaron para que se evacuara a los pacientes que estaban en la ladera de la montaña y un par de horas más para que evacuáramos a las personas que, milagrosamente, se encontraban aún con vida en el bus; por desgracia, mientras realizábamos la valoración de algunos de los pacientes, para ver cuáles ameritaban el rescate de inmediato y cuáles podían esperar, el sargento López, sí, ese bombero antiguo, al que siempre el santo le escuchaba sus oraciones, encontraba entre las latas retorcidas del vehículo a un hermano fallecido; impassible, tomó las herramientas de corte y, con determinación, liberó el cuerpo; lo levantó con un solo impulso y lo llevó hacia sus hombros y, haciendo gala de una fuerza descomunal, lo subió hasta la carretera en un par de minutos; bajó el cuerpo sobre el asfalto e irrumpió en llanto.

El teniente Villarreal, encargado de la seguridad de los anclajes, al ver la escena, abrazó al sargento y lo llevó a uno de los vehículos, para tratar de calmarlo; como el teniente no podía abandonar los sistemas y descuidar la escena, encargó a un bombero para que estuviera al pendiente de lo que ocurriera con el sargento.

Varias horas pasaron, empezaba a caer la noche y la lluvia y, con la escasa iluminación que contábamos y con mucho frío, logramos evacuar a los heridos y recuperar los cuerpos; los que estábamos trabajando abajo ignorábamos lo que realmente había sucedido con el sargento López, ya que había pedido que le facilitaran las herramientas, realizó los cortes pertinentes, sacó un cuerpo y empezó a subir con él en los hombros, con afán; no había dicho nada, simplemente se había ido, así que, abajo, asumí el liderazgo y continuamos con las labores, hasta culminar.

Una vez evacuados los heridos y los cuerpos, empezamos a desmontar los sistemas y a guardar los equipos, para, luego, retornar a la Estación; para ese momento, el sargento López ya retornaba a la ciudad en un vehículo de la policía, para adelantar los trámites correspondientes e informar a sus familiares sobre el trágico suceso. El resto del personal retornó sin novedad al cuartel y cada uno se dirigió a sus viviendas, pero, antes, el teniente Villarreal nos reunió para relatarnos lo que había sucedido.

Aquella noche, en mi casa, al reflexionar sobre lo que había sucedido, pensaba que, a lo mejor, se había abusado de la petición a los poderes divinos o que quizás se trataba solo de una fatal coincidencia.

Tras esos hechos, dejaron de orarle al santo y el sargento López, después de haber superado el duelo y haberse reintegrado a sus labores, comentó que había tenido por costumbre poner de cabeza a San Florián, para que le concediera sus plegarias y que lo mismo habían hecho el teniente Rosero, el sargento Mueses y otros bomberos más, todos con el mismo fin; sin embargo, algunos escépticos, a pesar de los hechos presentados, habían seguido poniendo al santo de cabeza, pero como a veces salían emergencias en el mismo día o, si no, días después, eso llevaba a que el escepticismo se mantuviera y que muchos tomaran como simple casualidad la ocurrencia de los hechos anteriores.

Pasaron varias semanas en que se vivió la misma situación, como para olvidar que, de pronto, la imagen del santo desapareciera durante algunos días, lo que causó indignación en unos y en otros bomberos algo de tranquilidad; curiosamente, mientras el santo se perdió, no se presentaron emergencias, por lo que retornaron las rutinas de jugar parkes, dominó, limpiar las instalaciones y los vehículos; en fin, así transcurrieron unos cuantos días, hasta que San Florián reapareció, de pronto, en la guardia; algunos dicen que el comandante lo había escondido, para que los bomberos dejaran de jugar con ese tipo de cosas; otros sostienen que lo habían hecho caer y que la imagen se había roto, por lo que no se lo vio mientras se encontraba otra imagen idéntica, para reponerla.

Lo que sí fue cierto es que, una vez el santo reapareció, se iniciaron las emergencias; casualidad o no, atendimos un incendio leve en una casa; recuperamos un cuerpo del río; se extraviaron dos personas en un área boscosa bastante extensa, por lo que, para localizarlas, tendríamos que montar un gran operativo, con el despliegue de varios organismos de socorro para hallar a los dos excursionistas, y tardamos dos días en hacerlo, contando con la fortuna de haberlos encontrado con vida; así pasamos ese fin de semana.

## 5

En las semanas siguientes, las emergencias fueron esporádicas; los compañeros que prestaban su servicio y ya eran de planta las atendían, por lo que yo iba a colaborar los fines de semana debido a obligaciones académicas, aunque siempre pasaba por el cuartel, a veces con mi abuelo, que había sido uno de los fundadores de la institución, quien había dedicado toda su vida al servicio de la comunidad como bombero voluntario; en definitiva, un gran hombre.

Así, una semana antes de entrar a atender pruebas parciales en la universidad, decidí ir a prestar el servicio el fin de semana; después, debía concentrarme en los estudios. Decidí que iba a estar desde el sábado hasta el domingo en la mañana, no sin antes investigar sobre el célebre santo; al hacerlo, descubrí que San Florián es uno de los santos que despierta la mayor devoción en el centro de Europa; también, en algunas partes de Sudamérica, donde es el patrón de los Bomberos. Cuentan las leyendas que, cuando era muy niño, a los diez años de edad, salvó la vida de sus padres, cuando, por causas desconocidas, se prendió fuego a un montón de heno situado junto a la casa de madera donde vivían; Florián recogió agua en un balde y apagó el fuego, que empezaba a arder con fuerza, lo que dio pie para que lo llamasen el protector contra el fuego.

El sábado, sobre las ocho de la mañana, estaba en el cuartel y me dirigí al casillero a cambiarme y dejar alistando los elementos de protección personal; antes saludé a los bomberos de turno y me cercioré de que San Florián estuviera de pie. La mañana se

mostraba tranquila y, según los compañeros, llevaban tres días sin salir a emergencias, por lo que pensé que mi turno iba a estar calmado, pero me equivocaba.

Había llevado unos apuntes y varios textos para leer, al pensar en las pruebas que me esperaban en la universidad; a eso me dediqué en la mañana y, también, ayudé a preparar el almuerzo. En la tarde, habíamos programado efectuar el aseo general de la Estación, por lo que nos dispusimos a realizar las múltiples labores que eso implicaba: escoba en mano, empecé a barrer rincón por rincón, iniciando por la guardia, para estar pendiente del santo y, de ahí, seguí con los demás lugares. El teniente Rosero entraba y salía de la guardia con la excusa de limpiar los vidrios y trapear los pisos y, de paso, poner de cabeza a San Florián, sin que lo sospecháramos.

## 6

Promediaban las cinco de la tarde y sonó la alerta de emergencias; en esa época, se prendía un bombillo que indicaba el tipo de emergencia que se había presentado: rojo, para incendio; naranja, para explosión; azul, para escape de gas, y amarillo, para otro tipo de emergencias; pues bien, el bombillo rojo estaba encendido, por lo que, de inmediato, nos vestimos con los trajes adecuados y embarcamos en el vehículo; adelante, el bombero conductor, o maquinista; como copiloto, el Teniente Rosero, por su rango, y el cabo Martínez; en la parte de atrás, literalmente colgados de un tubo, íbamos tres bomberos más. El teniente conocía exactamente el sito de la emergencia, ya que él había recibido la llamada y, según afirmó, vivía frente de la vivienda que estaba en llamas.

Nos tomó seis minutos llegar al sitio; antes de llegar, el teniente solicitó apoyo, ya que se veían desde lejos las llamas, lo que indicaba que era un incendio de gran magnitud. Tres casas más adelante, se parqueó la máquina y ocurre que la casa que se hallaba en llamas había sido la del teniente Rosero; sus familiares estaban afuera de la vivienda, ilesos. En el camino, Ortiz y yo nos habíamos puesto los dos únicos equipos de respiración autónoma con los que contábamos en aquel entonces, por lo que nos dispusimos a atacar las llamas; poco hicimos, ya que el carro en el que habíamos llegado era un vehículo de ataque rápido, que contaba tan solo con quinientos galones. Un minuto después de nuestro intento fallido, llegaron dos carros cisterna, con mil y mil doscientos galones respectivamente; además, habían logrado conectarse a un hidrante para abastecer las máquinas.

Esta vez atacamos desde afuera con chorros de gran caudal y dejamos una línea de mangueras lista para ingresar paulatinamente y liquidar las llamas en su totalidad; la estrategia funcionó y, diez minutos después, las llamas se habían apagado; por desgracia, las pérdidas eran cuantiosas, pues el teniente Rosero y su familia lo habían perdido todo. Esta vez, la sensación era muy rara: por un lado, logramos liquidar el incendio sin que se afectaran las viviendas aledañas, pero se había quemado toda la casa del teniente, por lo que nos quedaba la moral baja y el sinsabor de que no hubiéramos podido hacer más.

Luego, supimos que, según la hija del teniente, había olvidado desconectar una hornilla eléctrica y había asentado un recipiente plástico con thinner sobre ella, lo que inició el incendio y provocó que se propagara rápidamente; además, tenían allí una estufa a gasolina. De ahí en adelante, los pisos superiores, que eran de madera, sucumbieron ante la convección y las llamas se salieron de control.

## 7

Otra desafortunada anécdota para los bomberos y San Florián se produjo cuando, días después, la casa del sargento Mueses también se incendió; adivinen: él también había puesto a San Florián de cabeza, pero esta vez las consecuencias fueron menores: un par de electrodomésticos dañados y la casa llena de hollín y humo fue el saldo final.

El Comandante de la institución en esa época, pese a que no creía en esas historias y en tanta casualidad, decidió tomar cartas en el asunto y acabar con el problema de raíz. Tras el incendio de la casa del sargento Mueses y al considerar todos los antecedentes, regaló el santo a los hermanos bomberos de otro municipio. En ese cuerpo de bomberos, lo tienen en un altar y nadie lo pone de cabeza y, en el nuestro, dejaron de presentarse incidentes en las casas de los bomberos o en las que estuvieran involucrados familiares o amigos.

¡Ay, San Florián!

## EL MOMENTO ESPERADO

Recuerdo que era una tarde de viernes; nos habíamos citado para entrenar con el grupo de búsqueda y localización con caninos, en un parque de la ciudad, a las seis de la tarde; llevábamos el entreno con normalidad y, de repente, entró un mensaje a mi teléfono celular, en el que requerían apoyo con unidades caninas para labores de rescate en el hermano país de Ecuador, tras presentarse un sismo superior a los siete grados y que habría afectado a varias poblaciones. El grupo de caninos no contaba aún con perros certificados, por lo que decidimos no poner a disposición los perros; sin embargo, minutos después, la Central de Comunicaciones activó el grupo de búsqueda y rescate urbano.

Terminado el entreno, nos presentamos en la Estación como unidades disponibles y listas a cualquier requerimiento, con la aclaración de que no íbamos con perros; la orden fue permanecer atentos al llamado, en caso de que el grupo de rescate urbano se movilizara, por lo que nos fuimos a nuestras casas. Las imágenes de la tragedia no se hicieron esperar y rápidamente, a través de las redes sociales, se podía observar la magnitud de la tragedia; un sismo de ocho grados, que había durado más de cincuenta segundos, había convertido en escombros muchas edificaciones, centros comerciales, puentes, calles, bodegas, restaurantes, hoteles y viviendas familiares, que sucumbieron ante el violento movimiento telúrico; muchas personas perdieron la vida, otras tantas resultaron lesionadas y muchas se hallaban atrapadas entre los escombros y trataban de sobrevivir.

Tan pronto estuve en mi casa, empecé a alistar mi equipo de protección personal; tomé los pantalones, los buzos, las camisetas, ropa interior e implementos de aseo, la bolsa de dormir, el menaje y demás utensilios que consideré necesarios para afrontar la estadía durante varios días en Ecuador; algo me decía que nos íbamos a movilizar; sobre las diez de la noche, ya tenía todo listo. Esa noche empaqué el regalo de cumpleaños para mi abuelo, aquel hombre, al que consideraba como mi padre; tardé unos cuantos minutos, cené a esas horas y me acosté, con gran ansiedad; casi no pude dormir, pues era el momento que había esperado por más de doce años como bombero voluntario, para el que nos habían preparado con largas jornadas de entrenamientos y capacitación; sentía que este era el momento perfecto para poner en práctica los conocimientos, habilidades y destrezas adquiridos durante tanto tiempo.

A las siete de la mañana del día siguiente llegó un mensaje, en el que solicitaban nos presentáramos en la Estación, para movilizarnos hacia el Ecuador; por supuesto, estaba listo; me había despertado a las seis de la mañana y, a cada minuto, observaba mi teléfono, a la espera de que nos llamaran; una hora previa al mensaje, me bañé, desayuné y alcancé a revisar que mi maleta estuviera completa, que no faltase nada; para ello, siempre tengo a mano mi lista de chequeo. Apenas recibí el mensaje, le pedí el favor a mi papá que me llevara en el carro a la Estación; si bien portaba lo necesario, la maleta era algo grande y existe un sector algo peligroso, por el que siempre debo que pasar para llegar a la Estación; en cinco minutos, estaba en el cuartel, listo.

Las máquinas estaban dispuestas; sin embargo, realizamos nuevamente el inventario de lo que llevaríamos; debíamos estar seguros de que no faltase nada: equipos de corte, de estabilización, los *kits* de trauma, madera para apuntalar, raciones de comida, etcétera. En eso nos demoramos alrededor de una hora; ahora sí esperábamos la orden de embarcar y

arrancar. Todos estábamos listos, ansiosos; éramos veinte hombres, dispuestos a darlo todo; formamos, como es la costumbre, recitamos la oración patria; jamás sentí tanto orgullo de hacerlo, se me henchía el pecho y mi corazón palpitaba a mil; sabíamos que éramos la representación del país en el exterior, por lo que sentía que el compromiso era aún mayor. Las palabras del teniente Cortés nos emocionaron aún más, la moral quedó por las nubes, como tenía que ser; así, embarcamos en los vehículos; en adelante, se iniciaba una gran experiencia.

En el vehículo especializado de rescate, íbamos cinco bomberos; el resto iba en las camionetas; salimos de la Estación, giramos por la glorieta y esperamos el resto de vehículos, para conformar una caravana rumbo a la zona de impacto. Tras pasar el semáforo, un imprudente motociclista evadió el pare y chocó con la parte frontal de nuestro vehículo; por fortuna, el impacto fue leve, debido a la reacción del conductor, por lo que no hubo daños mayores y el motociclista salió ileso. Tras solucionar el impase, rápidamente arrancamos en caravana; titilaban las luces de los vehículos y las sirenas opacaban cualquier ruido de la ciudad, hasta cuando llegamos a la carretera.

En los vehículos, todos enviábamos mensajes a nuestros familiares y nos despedíamos; el ambiente era de camaradería. El tránsito por la ciudad fue rápido y en la carretera las comunicaciones empezaron a fallar; teníamos la orden de no publicar en redes sociales sobre nuestra salida; solamente el oficial a cargo del grupo se encargaría de las publicaciones y el manejo con los medios de comunicación.

En nuestro vehículo, oíamos la transmisión de las emisoras; la mayoría hablaba de la emergencia y daba cifras sobre el número de muertos hasta el momento y de edificios y viviendas destruidos, las ciudades afectadas; en fin, algunas tenían programación musical; íbamos sonrientes, contentos; las conversaciones giraban en torno a diversos temas; teníamos que generar un buen ambiente, ya que, en el sitio de la emergencia, el trabajo iba a ser exigente, bajo mucha presión.

En un par de horas, ya estábamos en la frontera; antes, efectuamos una parada en una ciudad vecina, para adelantar un registro del grupo de forma virtual, ante la Oficina de las Naciones Unidas, encargada de administrar los grupos de rescate nacionales e internacionales que arribarían, en lo que no tardamos mucho y continuamos; algunos hablamos con nuestros seres queridos antes de cruzar la frontera.

Ahora, el trámite sería en las Oficinas de Migración; en este caso, nos habilitaron unas ventanillas exclusivas, con el fin de darnos prioridad en la movilización; sin embargo, entre todo el papeleo, transcurrieron más de dos horas. Mientras nos daban el aval para pasar la frontera, aprovechamos para tomar una foto grupal, cambiar divisas y descansar un poco del trajín del viaje; sería nuestra última parada.

Nuevamente embarcamos; ahora, estábamos en las carreteras de Ecuador; los oficiales de policía nos dieron paso prioritario y tomamos rumbo a la ciudad costera más devastada por el terremoto; prácticamente, arribaríamos al epicentro. Serían veintitrés horas de viaje, por lo que muchos de nosotros tratábamos de dormir en el trayecto; otros se distraían jugando en los teléfonos, algunos comían y los demás iban hablando entre ellos. Superamos varios pisos térmicos, hasta cuando empezamos a sentir bastante calor, por lo que abrimos las ventanas de los carros y muchos decidimos quedarnos en camiseta.

Sobre las seis y treinta de la tarde, el oficial encargado nos informó por radio que los delegados de la Oficina de Gestión del Riesgo nos esperaban en una pequeña ciudad, para guiarnos hasta la carretera que conducía a nuestro destino; en aquella ciudad cenaríamos y

aprovecharíamos para descansar unos minutos; eso constituyó un gran alivio; la cena fue un plato típico de la región: era un pescado, con un sabor dulce bastante agradable, que vendían en una esquina; faltaban mesas, pero nos acomodamos lo mejor que pudimos.

Caída la noche, seguimos adelante; un vehículo nos guiaba hacia la ruta que deberíamos seguir; varios kilómetros adelante, nos indicó la ruta y retornó; en la nueva vía, empezamos a notar algunas averías en la carretera, por lo que nos vimos obligados a transitar a menor velocidad y con cuidado; en varios sectores, había pequeños derrumbes, lo que nos avisaba que estábamos acercándonos a la zona de impacto; en una ocasión, tuvimos que detenernos para retirar unos árboles que obstaculizaban la vía, además de tener que remover la tierra para seguir adelante.

Continuamos con nuestro viaje; superados los obstáculos, pasamos por varias rancherías; en la mayoría, la gente estaba afuera, habían sacado muchas de sus pertenencias y armado cambuches, para pasar la noche; hasta ese momento, ya se habían presentado más de mil réplicas del temblor y la gente estaba asustada; varias de las viviendas estaban semidestruidas.

Nuestro avance se hizo aún más lento; con nuestras cámaras, tomábamos fotografías para registrar las impresionantes escenas, aunque lo peor estaba por venir. Dejamos atrás las rancherías; la carretera se tornaba más angosta; no podíamos detenernos, ya que los segundos eran importantes; en esos instantes, se comprende el verdadero valor del tiempo; llevábamos casi dieciséis horas sentados y empezábamos a sentir el trájín del largo viaje; las piernas comenzaban a encalambrarse y resultaba difícil mantener una sola posición; los vehículos son cómodos, pero no se diseñaron para que una o varias personas viajasen en ellos durante tanto tiempo; por fortuna, iban varios conductores, para efectuar los relevos necesarios frente al volante.

A dos horas de arribar, nuevamente empezamos a notar más viviendas al borde de la carretera; allí, la situación era aún más complicada; se apreciaban varias viviendas parcialmente colapsadas, las personas afuera y muchas a la deriva; algunas, a pesar de todo, nos saludaban, sobre todo los niños.

Tratamos de descansar durante unos minutos; de repente, el conductor nos avisa que estábamos llegando a nuestro destino; si las anteriores escenas habían sido dramáticas, esta era más desgarradora; no había energía y la ciudad estaba totalmente a oscuras; las luces de nuestros vehículos nos permitían ver los edificios en el piso, las casas destruidas totalmente y la devastación que el violento sismo había causado. Teníamos que reportarnos al estadio de la ciudad, donde se había instalado el Puesto de Mando; pasaron ocho impactantes minutos antes de llegar.

Una vez en el estadio, el oficial a cargo se reportaría con las autoridades competentes; la orden que nos dejó era que bajáramos nuestras pertenencias y buscáramos un lugar para descansar. Eran las cuatro de la mañana, el cansancio del viaje se notaba en todos; la temperatura promediaba los treinta grados, pero una fresca brisa contribuía para que no sintiéramos tanto calor. En ese instante, antes de descansar, tomé mi maleta, saqué mis elementos e hice un muñeco; es una técnica que aprendí desde niño en los *scouts*, en la que ponía la ropa y los elementos de tal manera que se asemejase a un cuerpo; así, se puede ver de una manera ordenada con qué se cuenta y, de paso, se orea la ropa; me cercioré de que todo estuviera completo y, además, me puse la ropa de trabajo y alisté el equipo de protección personal; todos hicieron prácticamente lo mismo; no nos demoramos ni diez

minutos en ello; tomamos nuestras bolsas de dormir y nos acostamos en el pasto, aunque el descanso no duró mucho.

### **Día uno en la zona del desastre**

Eran las cinco de la mañana, nos ordenaron levantarnos y alistarnos; en breve, estuvimos listos; habíamos dormido uniformados y teníamos a mano todo nuestro equipo; las ansias de trabajar nos llevaban a que olvidáramos el agotamiento y el sueño; a nuestro alrededor se alistaban otros grupos. Pasaban los minutos y aún no nos asignaban el escenario de trabajo; sucedía que no estaban identificados los grupos de acuerdo a la capacidad operativa; en el sitio de concentración, había grupos livianos e intermedios: los livianos tienen la capacidad de rescatar víctimas superficiales y levemente sepultadas, mientras los intermedios están en capacidad de rescatar víctimas sepultadas totalmente bajo los escombros.

El oficial a cargo se dirigió al comandante del lugar y sugirió que se formaran los grupos de acuerdo a la capacidad de respuesta, se identificaran y se asignaran respectivamente; los equipos livianos formaron a la derecha, los intermedios formaron a la izquierda; ahí estábamos nosotros. Así se asignaron los escenarios a los diferentes grupos; todo esto duró dos largas horas.

A las siete de la mañana, partimos hacia nuestro escenario; se nos asignaron labores de triage estructural y de búsqueda y rescate en el sector del malecón, donde funcionaban varios hoteles y restaurantes. El sector estaba cerca del sitio de concentración, por lo que nos demoramos nueve minutos en llegar al escenario. Desembarcamos, formamos rápidamente y se asignaron las funciones; nos dividieron en dos grupos, para que se abarcara la zona rápidamente. Al evaluar estructura por estructura y buscar a personas con vida, en cuarenta minutos descartamos la presencia de víctimas en toda la zona; sin embargo, llegamos a un hotel, en el que trabajaba un grupo de rescate; allí, habían detectado un sector en el que salía un fuerte olor a muerto, pero no tenían la capacidad de confirmar si había personas con vida, por lo que pusimos a disposición nuestros equipos tecnológicos. El hotel de seis pisos estaba a media capacidad cuando sucedió el terremoto; los huéspedes, en su mayoría, estaban por fuera, a excepción de cinco de ellos, que habían quedado atrapados en la recepción del hotel; el recepcionista, quien confirmó la presencia de las personas en el interior del hotel, había alcanzado a salir antes de que la estructura se viniera al piso, al igual que otros huéspedes.

A las ocho y veinte minutos, iniciamos con el procedimiento de búsqueda: primero, se haría el llamado y escucha, para lo que se ordena a todo el personal que estuviera en los alrededores que guardara silencio, mientras los rescatistas hacen el llamado y tratan de oír algún ruido en respuesta; un total de tres llamados se hicieron y no hubo respuesta; al tiempo que se hacía el llamado, funcionaban los sensores de ruido, pero tampoco arrojaron un resultado positivo. En seguida, se haría la búsqueda con el escáner de movimientos: este equipo se ha diseñado para detectar y localizar a las víctimas vivas, atrapadas o sepultadas en colapsos estructurales, deslizamientos o avalanchas, y permite localizarlas por detección de movimientos hasta una distancia de treinta metros al aire libre, al sondear la superficie de los escombros.

A las nueve y un minuto, el equipo dio una lectura positiva, por lo que procedimos a ubicarlo en diferentes posiciones y emplazamientos para confirmar las lecturas. Nos

entregaron una foto del hotel, para que reconociéramos el lugar donde estaban las víctimas, ya que la estructura era irreconocible, puesto que había quedado apilada y reducida a una montaña de escombros, que no superaba la altura de unos dos pisos.

A las nueve y cuarenta, iniciamos con las labores de penetración en la estructura, para lo que se dispuso de los taladros percutores, un demoledor, las mototrozadoras con discos para concreto y herramientas manuales para la reducción y extracción de escombros; mientras comenzaban las primeras parejas a trabajar, instalamos el sistema de alerta temprana, en caso de que se produjeran movimientos de la estructura: el equipo se encarga de detectar un movimiento de cinco milímetros a una distancia de treinta metros; así, se pueden conectar dos láseres al aparato para vigilar simultáneamente dos lados de un edificio inestable y asegurar a los equipos de socorro que trabajan en el interior o en las inmediaciones; cuando un movimiento detectado sobrepasa el umbral seleccionado, se dispara la alarma sonora de noventa y ocho decibeles, con lo que se entiende que la estructura es inestable o se presenta una réplica y obliga a los rescatistas a evacuar y llegar al punto de encuentro.

A esa hora, la temperatura alcanzaba los treinta y cuatro grados e iba en aumento; estábamos a escasos treinta metros de la playa, por lo que nos asustaba la idea de que una ola gigante nos alcanzara, tras una réplica. Pese a todo, los trabajos continuaron con normalidad; teníamos que romper unas placas de concreto de aproximadamente veinte centímetros, cortar las varillas de acero y empezar a configurar una especie de túnel, que nos llevara a encontrar a los pacientes; la labor era bastante agotadora, los relevos pasaban unos tras de otros y, en dos horas de trabajo, habíamos logrado perforar solo cincuenta centímetros hacia abajo; el escáner indicaba que la persona con vida estaba siete metros debajo de los escombros.

Las energías no disminuían; trabajábamos intensamente para llegar a nuestro objetivo; ya se había armado el campamento, pero las carpas se convirtieron en hornos, ya que, al mediodía, la temperatura alcanzó los treinta y ocho grados; cada bombero llevaba una provisión abundante de agua y bebidas hidratantes que, con el pasar de las horas de trabajo, empezaban a agotarse; el gasto energético era impresionante, pues los equipos son pesados y el esfuerzo lleva a que los bomberos sudáramos bastante; además, se utilizan siempre buzos de manga larga, por seguridad; pese a todo, las operaciones no se suspendieron para nada, hasta cuando a la escena arribó un alto mando militar, con sus hombres, para imponer sus criterios a la fuerza. Primero, envió un binomio canino para realizar una búsqueda, que ya se había hecho; el perro ladró justo en el punto en el que trabajábamos y, luego, insistía en enviar a los soldados a realizar el trabajo que ya llevábamos a cabo nosotros. Eso nos convenía para recuperar fuerzas, pero el único inconveniente era que los militares no tenían equipo para realizar esas labores; ni siquiera llevaban consigo el equipo de protección personal para ingresar a la estructura. Nuestro oficial invitó al oficial del ejército al puesto de comando, para dialogar al respecto y, tras unos quince minutos, logró convencerlo de que las personas idóneas para efectuar las labores de rescate éramos nosotros, por lo que, de inmediato, el militar les ordenó a sus hombres que se retiraran del lugar.

A las dos y veinticinco de tarde reiniciamos las labores; nuevamente entraban las parejas a romper las duras placas de concreto; a esa hora, se reportaron en el sitio dos operarios con sus retroexcavadoras, para colaborar con los trabajos; por lo general, se permite el uso de maquinaria pesada setenta y dos horas después de ocurrido el terremoto, tiempo que no se cumplía aún; además, se contaba con las señales de vida bajo los escombros, por lo que el teniente descartó que los máquinas empezaran a remover las placas; sin embargo, se utilizó

ese recurso para que elevara a dos rescatistas, para que cortaran las varillas que amarraban las vigas con las columnas y las placas de concreto; era llamativo ver esa escena: por un lado, varios hombres taladrando y, por el otro, cortando, lo que ayudó a remover las placas superficiales de manera segura y con celeridad.

Pese a los esfuerzos, el avance era lento; dos horas más pasaron y solo habíamos logrado avanzar un metro más, por lo que se suspendieron las labores por un instante, para evaluar las acciones y adoptar nuevas estrategias, que nos permitieran avanzar más rápido.

Eran las cuatro y treinta de la tarde; ahora, la idea era empezar a remover las placas de concreto superficiales y buscar otro punto de acceso hacia los pacientes, un lugar en el que los equipos de penetración fueran más efectivos; antes, se reconfirmó la lectura del equipo, que aún mostraba señales de vida. Nuevamente, empezamos a cortar varillas con la ayuda de las retroexcavadoras; buscábamos lugares estratégicos, que permitieran desanclar las placas, para que, posteriormente, las máquinas las retiraran a un lado. Así se hizo; al cabo de dos horas y algunos minutos, se logró ubicar un hueco, justo encima de las personas atrapadas, ahora estábamos a tan solo cuatro metros de nuestro objetivo.

A las seis y treinta de la tarde, volvimos a utilizar nuestros equipos; el procedimiento era el mismo: reconfirmábamos con el escáner y procedíamos a romper; ya habíamos acumulado una montaña de escombros a un lado de la estructura colapsada, por lo que la otra retroexcavadora empezó a retirarlos; una nueva orden se dio: algunos compañeros iban a buscar otros lugares para que se pudiera llegar a los pacientes; armados de herramientas para tratar de abrir huecos, gateaban con cautela sobre los escombros y por los lados de la estructura, pero no lograron su cometido, ya que la estructura estaba muy compactada y, sin maquinaria, moverla o romperla resultaba muy difícil.

Los trabajos continuaron; avanzábamos lentamente hacia nuestro objetivo; un nuevo equipo de rescate se presentó en nuestro campamento; rápidamente, se estableció el registro de las unidades y los recursos que traían y se les asignaron labores; ahora, podíamos descansar un poco más y efectuar relevos posicionales en las diferentes áreas del campamento; recuerdo que me asignaron la función de observador, por lo que me ubiqué en el tercer piso de un hotel, justo al frente de donde trabajábamos; tomé los binoculares, la cámara, un par de botellas de agua, una ración de campaña y, de paso, llevé una estación de iluminación, ya que el punto era estratégico y las lámparas iluminarían gran parte de la estructura. Justo cuando terminé de montar el sistema de iluminación, llegó al punto en el que me encontraba una señora, acompañada por un familiar, quien se identificó como la madre de uno de los niños que estaba atrapado entre los escombros, que era de nacionalidad colombiana. Resulta que el padre del niño había decidido pasar las vacaciones con su familia y llevar al niño que había tenido con su exesposa, además de ir con dos sobrinas y su pareja actual. De inmediato, le pedí a la señora que se acercara al puesto de comando y hablara con el oficial a cargo, para que le entregaran la información pertinente sobre las operaciones; antes, le anuncié por radio al teniente sobre la presencia de la señora que le enviaba.

Minutos después, la señora retornó al punto en que me encontraba; las labores continuaban, con varios equipos trabajando en diferentes flancos para tratar de lograr el anhelado acceso; en ese momento sonaron las alertas y la tierra se movió con fuerza; una réplica superior a los cinco grados obligó a que los rescatistas evacuáramos hacia el punto de encuentro y

lleváramos con nosotros a los pocos civiles que estaban en la zona; en esos casos, se abandonan los equipos y herramientas, para evacuar de manera rápida.

El sismo duró varios segundos; una vez terminó de moverse la tierra, se buscó información al respecto; era imprescindible descartar una alerta de tsunami, para continuar trabajando, por lo que esperamos varios minutos para reiniciar las labores de rescate; afortunadamente, los rescatistas de Ecuador tenían información de primera mano al respecto y nos mantenían al tanto de los movimientos sísmicos.

Durante la pausa, se evaluó el trabajo realizado y, dado el tipo de colapso y la dificultad que representaban las losas de concreto de gran diámetro, se determinó que el trabajo que se estaba realizando era el adecuado y que continuaríamos trabajando en los mismos frentes, como lo veníamos haciendo.



**Figura 6.** Trabajos de búsqueda y localización del Grupo de Rescate Urbano de Pasto, en Ecuador.

Fuente: foto cortesía Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Pasto.

Reiniciamos las labores; iba a estar de observador cuarenta minutos, desde las ocho de la noche y, luego, pasaría a relevar al compañero que llevaba el registro y control del personal, hasta cuando volviera a ingresar al trabajo en la estructura. Desde el punto de observación, trataba de guiar a los compañeros para que descartaran posibles accesos y me cercioraba de que los lugares donde se iban a cortar las varillas de acero fueran los adecuados; además, hablaba con la mamá del niño y trataba de tranquilizarla. Rápidamente, pasaron los cuarenta minutos y efectuamos los relevos; así, pasé a la unidad de registro y control, que es un puesto que requiere de concentración, ya que se lleva el conteo de las unidades que están trabajando sobre la estructura y, en caso de que se presentase una réplica o un colapso inesperado o cualquier otra situación que ameritase evacuar, se pudiera

establecer que las unidades estuvieran completas y, en caso de que faltara alguien, se iniciaran de inmediato las labores de búsqueda y rescate.

Los relevos del personal que trabajaba se efectuaban cada veinte minutos; sobre los escombros trabajaban ocho parejas: unas taladrando, otras cortando varillas y algunas buscando otros puntos de acceso; seguía el punto de observación; el jefe de operaciones se mantenía en su puesto, al igual que el oficial de seguridad y los demás puestos asignados, que permiten que las operaciones se llevaran a cabo y se cumpliera con los estándares de seguridad.

Transcurrían los minutos y las esperanzas de ubicar a las personas con vida parecía que se desvanecían; aun así, nadie iba a dar su brazo a torcer; el procedimiento se repetía una y otra vez, el estridente sonido de los taladros opacaba el producido por las olas rompientes; el personal mostraba toda su capacidad técnica, pero los esfuerzos parecían infructuosos. Para las doce de la noche, habíamos removido cerca del sesenta por ciento de los escombros; habíamos encontrado muchas de las pertenencias de los huéspedes, que pasaban a manos de los policías judiciales; las labores no cesaban; el encargado del punto de observación hablaba continuamente con la madre del niño; esta vez debía dar soporte emocional, ya que la señora, a pesar de mostrarse tranquila, a veces irrumpía en llanto.

## **Día dos**

Eran las dos de la mañana con algunos minutos; el equipo logró efectuar un corte estratégico en las varillas, que le permitió a la retroexcavadora retirar una gran cantidad de escombros del flanco izquierdo de la estructura, justo por el lado de la acera; el observador logró ver varios espacios grandes, por los que podía caber una persona, por lo que el oficial a cargo envió varias parejas para que inspeccionaran; varios de los huecos no permitieron el acceso más allá de los cincuenta centímetros de manera horizontal, por lo que se descartaron; sin embargo, se encontró uno que permitía bajar casi tres metros, por lo que un grupo de seis rescatistas entraría a efectuar la inspección; así, tardaron poco en llegar al fondo; las herramientas manuales eran efectivas, ya que los escombros eran livianos y el lugar permitió apuntalar con facilidad; sin embargo, al llegar al fondo, encontraron una gran placa de concreto, que no permitía que los rescatistas avanzaran más. El jefe de operaciones determinó que se hicieran en la placa de concreto varios orificios de inspección, con el fin de introducir las cámaras y ver si era viable continuar con el trabajo en ese sector; así se hizo; los rescatistas tardaron bastante en perforar los tres huecos y en realizar la inspección; desafortunadamente, se observó que había más placas de concreto que romper y una gran cantidad de acero, que complicaba el acceso, por lo que se descartó ese flanco.

Pasaban las horas, era el momento de los relevos y ya volvía a entrar a la estructura; promediaban las tres y treinta de la mañana; esta vez, la misión consistía en hacer unos agujeros en una gran placa, con una mandarina, para amarrarla con unas cadenas y que así una de las máquinas la pudiera retirar; debíamos hacerlo de manera manual, ya que los taladros los ocupaban en otros sectores. Cuando logramos colocar las cadenas y anclarlas a la máquina, nos retiramos de inmediato; esta vez, un gran fragmento de concreto cayó sobre la calle y despejó un sector importante de la estructura en la parte superior, por lo que aparecieron varios espacios más, que se podían verificar, y uno en particular, que se convirtió en una luz de esperanza.

El comandante local detuvo las operaciones por un instante, para adelantar una evaluación de las acciones emprendidas hasta ese momento; se revaluaron las estrategias y las tácticas y se determinó que se inspeccionarían los nuevos huecos encontrados, mientras se trabajaba en los demás flancos, con remoción de escombros, corte de varillas y demás.

Un total de seis huecos se tenía por inspeccionar; se asignaron cuatro rescatistas por cada uno. Tomamos nuestras herramientas y empezamos a entrar; vimos la necesidad de apuntalar y se nos ocurrió la idea de construir una especie de túnel; iba a ser demorado, pero muy seguro para el personal; poco a poco fuimos entrando; varios de los grupos ya habían descartado otros espacios; nosotros lográbamos avanzar con cuidado; los puntales debían quedar muy bien ajustados, por lo que el trabajo llevaba bastante tiempo, si se toma en cuenta que solo cabía un rescatista.

Amanecía; a pesar de la tragedia, la alborada fue grandiosa y recargó de energía al personal; uno de los compañeros realizó una inspección de los alrededores de donde nos encontrábamos, con tan buena suerte que encontró un aljibe en la parte posterior de uno de los hoteles en ruinas, lo que nos permitió bañarnos y refrescarnos, claro está mientras otros grupos continuaban con los trabajos en la estructura y en el hueco en el que yo trabajaba.

Tuvimos treinta minutos para tomar el baño y retornar a nuestras labores; dieron las siete de la mañana y volvimos a nuestras labores. En el momento en el que íbamos a retomar labores, otro sismo bastante fuerte nos sacudió, lo que nos obligó nuevamente a evacuar hacia el punto de encuentro; en el sitio, se efectuó el recuento del personal; no faltaba nadie; esperamos el reporte de alerta por tsunami, que fue negativo y retomamos labores; aquel sismo sería el inicio de una serie de réplicas, que se presentarían durante todo el día.

Entramos al agujero, esta vez con las energías recargadas; los otros compañeros habían hecho un gran trabajo y ya estábamos casi dos metros abajo; el lugar era un poco más amplio y permitía trabajar mejor. Ahora, se debían cortar varias varillas para que se pudiera seguir nuestro camino; a pesar de que había más espacio, debíamos hacer los cortes con seguetas, lo que nos iba a tomar mucho tiempo, pero, una vez lo lográbamos, avanzaríamos notablemente, directo hacia los pacientes o, al menos, eso pensábamos.

Empezamos a realizar los cortes; cada uno de nosotros cortaba una varilla y salía para oxigenarse, descansar y esperar el turno para volver a cortar; la temperatura promediaba los treinta y ocho grados, por lo que estar ahí adentro era bastante extenuante; apuntalábamos y cortábamos al mismo tiempo; había cierto temor, ya que las réplicas seguían con intensidad; hacia las ocho y treinta de la mañana, ya habíamos evacuado tres veces, lo que nos llevaba a que perdiéramos un tiempo valioso en nuestro afán por llegar a los pacientes.

Tras la última evacuación, nuevamente se presentó un grupo de rescate con caninos, a cargo de un oficial de la policía, que solicitó se realizara una búsqueda con sus ejemplares, a lo que no se negó el comandante, ya que siempre, tras las evacuaciones, realizábamos el procedimiento de búsqueda y localización con el escáner. Inició la búsqueda con el canino; el guía entró sin el equipo de protección personal, con lo que hizo caso omiso a las recomendaciones del oficial de seguridad; curiosamente, el perro mostraba serios problemas para desplazarse por la estructura y su manejador subió a los escombros, en el intento de lograr que su perro sorteara las grandes placas de concreto, apiladas una encima de otra.

Nunca lograron su objetivo; tras diez minutos del intento de búsqueda, decidí hablar con el líder de operaciones, para expresarle mi apreciación al respecto, ya que se estaba exponiendo a una persona y su perro a que sufrieran lesiones, debido a la impericia del

equipo; además, nos estaban llevando a que perdiéramos unos minutos valiosos en el rescate. El oficial de seguridad emitió una alerta de evacuación, solicitada por el líder de operaciones, quien había tomado en cuenta las recomendaciones que le había dado; de esta manera, se le solicitó a la unidad canina que enviara un perro con capacidad real de búsqueda o que se retiraran del escenario, para seguir con los trabajos; el líder de la unidad canina expresó que ese era su mejor ejemplar y que no sabía lo que pasaba con él, por lo que le pidieron que finalizara sus labores y permitiera así a los demás que continuaran con las labores.

Se retiró la unidad canina y reiniciamos los trabajos; aún existían indicios de vida bajo los escombros, por lo que seguimos trabajando en los diferentes flancos; seguimos retirando las varillas y los escombros, los relevos se hacían continuamente y volvíamos a rotar por los diferentes puntos, para tratar de mantenernos descansados para cuando nos correspondieran los trabajos más exigentes; los sismos no cesaron sino hasta el mediodía, justo cuando terminamos de sacar todas las varillas y teníamos el túnel apuntalado; en ese punto, encontramos de nuevo dos placas de concreto una sobre otra y, justo en medio de ellas, un pequeño agujero que permitía se introdujera una cámara para observar más allá. Exactamente, lo hicimos; al efectuar la observación, las imágenes revelaron que estábamos llegando a lo que era la recepción del hotel, con un agravante: a un costado estaban dos cilindros de gas parcialmente aplastados, por lo que era prioridad descartar que hubiera alguna fuga, para que se pudieran utilizar los equipo eléctricos; entonces, adelantamos una medición de atmósferas, que resultó negativa, por lo que empezamos a trabajar con los taladros, para abrirnos paso; por supuesto, de esta labor se encargaría otro grupo.

Era el mediodía; mientras rotábamos por los diferentes puestos, tratábamos de hidratarlos al máximo; curiosamente, ninguno de nosotros había pensado en comida durante las más de treinta horas que llevábamos de trabajo, quizás por el extenuante calor y el desgaste. Los grupos de trabajo habían removido bastante escombros y acero; la rotura de las placas para ingresar a retirar los cilindros de gas tomaría otro par de horas, si se toma en cuenta que las réplicas eran constantes; además, resultaba imprescindible seguir apuntalando, para garantizar la seguridad de los rescatistas.

Una vez lograron atravesar el concreto, ingresamos a retirar los cilindros de gas; el empleado del hotel nos comentaba que el lugar donde estaba la cocina era justo a un lado de la recepción, pero no observamos nada que se le pareciera, por lo que decidimos efectuar una breve pausa, para tratar de ubicarnos en la estructura y decidir hacia qué lado íbamos a tomar para llegar a los pacientes; la pausa se prolongó un poco, debido a que se presentó un sismo de magnitud considerable.

A las dos y quince de la tarde, decidimos que íbamos a taladrar en la pared del lado derecho del sitio al que habíamos logrado acceder, al verificar previamente que los pacientes no estuvieran al otro lado y, así, pudiéramos acercarnos cada vez más a nuestro objetivo. Las labores continuaron; romper el muro parecía fácil, pero las réplicas seguían haciendo de las suyas y nos obligaban a salir constantemente, tanto así que nos demoramos dos horas para superar la pared; una vez pasamos el muro, nos encontramos en un baño y, según los cálculos, tras del baño, por fin, lograríamos contacto.

Nuevamente se hizo el escaneo; esta vez el aparato no arrojó resultados; el tiempo que nos había llevado ingresar hasta lo profundo de la estructura, había segado las vidas de nuestros pacientes y quizás, también, las réplicas del sismo influyeron; descartamos, con todos los

medios, cualquier fallo del equipo, pero el resultado siempre fue el mismo, por lo que nuestro objetivo cambió.

El jefe de operaciones llamó a reunión; las caras de los rescatistas estaban abajo; todo el personal se desmotivó tras los resultados, la moral se fue al piso; sin embargo, el discurso del oficial logró motivarnos para que culmináramos nuestro trabajo y entregáramos los cuerpos a sus familiares; faltaba poco para llegar a ellos, aunque ahora íbamos a trabajar sin prisa.

De nuevo, se hicieron las rotaciones; en ese momento, se había retirado un poco más del cincuenta por ciento de los escombros; la tarde empezaba a caer y ya no trabajaban tantos grupos sobre la estructura; esta vez, se decidió que el personal tuviera un poco más de descanso: mientras unos pocos trabajaban rompiendo el muro que quedaba y otros tantos removían los escombros, el oficial a cargo nos llamó a cenar; fue una gran sorpresa, ya que nadie se preocupó por estar en la cocina y nadie había pensado en comer. El oficial preparó una crema, suficiente para todos y para el que quería repetir; probarla fue como degustar el manjar de los dioses; habíamos pasado más de treinta horas tomando agua o bebidas hidratantes y era increíble como una sopa nos cambiaba el ánimo y hasta el semblante en unos minutos; claro está que algunos tuvieron que comer un poco más rápido que los demás, ya que debían relevar a los compañeros que estaban trabajando en el interior de la estructura.

En medio de la noche la ansiedad de lograr nuestro cometido era notoria; parecía que ningún esfuerzo era suficiente para encontrar los cuerpos y es que rompíamos una placa y encontrábamos otra, escombros tras escombros, hierro y más hierro y la meta parecía imposible; nos acercábamos al tercer día de trabajo y las energías menguaban; pese a todo, nadie renunció a lograr la meta propuesta.

### **Día tres**

Justo sobre las doce de la noche, se realizó otra reunión para evaluar el trabajo realizado; además, se verificaron los avances y se analizó si valía la pena continuar con las labores; los medios de comunicación arceciaban y hasta existía el rumor de que había personas con vida aún, por lo que los periodistas insistían en preguntar al respecto, a pesar de que el líder del grupo había confirmado, a su debido tiempo, que los equipos ya no detectaban signos de vida. La principal conclusión de la reunión fue que se trabajaría hasta las seis de la mañana con los equipos y de manera manual y, si hasta esa hora no se lograba el objetivo, las máquinas removerían los escombros, lo que significaba que los cuerpos podían ser desmembrados o desfigurados por los movimientos bruscos de los escombros o por la fuerza de las retroexcavadoras.

Retomamos los trabajos; entraron varias parejas a seguir trabajando y los demás tomamos nuestros puestos, mientras los demás descansaban; muchos compañeros se fueron a conversar con los colegas de los otros grupos, sacrificando su descanso y con el afán de entablar comunicación con sus seres queridos, ya que nuestros equipos no funcionaron.

A las tres y treinta de la madrugada, era mi turno de entrar; cuando estuve dentro de la estructura, encendí mi linterna, lo mismo que hicieron los compañeros; en el relevo, nos comentaron que faltaba retirar un poco de escombros y que había una pared de ladrillos en la que iban a abrir el orificio de inspección, para verificar con la cámara qué había del otro lado. Tomamos el taladro percutor y empezamos a abrir el orificio, introdujimos la cámara

y logramos ver hasta el fondo, quizás a un metro, lo que parecía un brazo; rápidamente, derribamos el muro y retiramos los escombros, pasamos al otro lado y pudimos constatar que lo que vimos con la cámara era un brazo; de inmediato, se informó al líder de la novedad; paso a seguir, empezamos a retirar los escombros que cubrían el cuerpo y pudimos descubrir parte del torso; constatábamos si había signos vitales y, en aquel instante, se estremeció la tierra de forma abrupta; ya estábamos acostumbrados a los sismos, pero éste superaba los seis grados y parecía que lo acompañara la firme intención de no dejarnos culminar nuestro trabajo.

Los compañeros empezaron a salir del fondo; no iba a ser fácil, ya que se debía salir uno por uno y abajo estábamos seis; la seguridad del apuntalamiento nos resguardaba, lo que permitió que, en unos cuantos minutos todos estuviéramos afuera; cuando logré salir, observé frente a mí, a pocos pasos, a una de las retroexcavadoras y, aferrados a ella, a varios compañeros; los escombros se movían de tal manera que era muy difícil mantenerse en pie; con gran dificultad, logré sujetarme de la máquina, mientras algunos compañeros prefirieron quedarse sentados sobre las placas de concreto; otros estaban de pie y empezaban a sacar sus teléfonos, para filmar lo que sucedía; en ese momento, lo único que se me pasaba por la cabeza era que quería estar en mi casa, acostado tranquilamente en mi cama; veía a los alrededores para descartar que algo fuera a caer y, a tanto hacer, logré calmarme; iban cuarenta y cinco segundos del sismo y apenas empezaba a bajar la intensidad.

Habíamos hablado mucho sobre lo que haríamos en caso de un tsunami, por lo que muchas caras lucían asustadas y hasta resignadas, en caso de que algo así sucediera; oí una voz muy serena, que nos invitaba a mantener la calma; hasta ahora no sé si fue producto de la imaginación o fue real, lo cierto es que logró su cometido. Poco a poco la tierra se calmó; bajamos de los escombros hasta el campamento; los informes preliminares indicaban que se había tratado de otro terremoto; mientras se producían los informes oficiales, el tema de conversación se centró en cómo habrían vivido las personas el primer terremoto, sus reacciones y lo que pudieron sentir al estar a salvo o atrapadas y, lo que es aún peor, en lo que habían pensado momentos antes de perder la vida, cuando los escombros les cayeron encima. Así transcurrieron seis o siete minutos, hasta cuando salieron los informes, que indicaban que lo que habíamos vivido era una réplica muy cerca de donde estábamos, lo que explicaba la fuerza con que sentimos el sismo; una vez el líder del grupo terminó de darnos la información, empezó otro sismo de menor intensidad y, después, sentimos diez réplicas más, una por minuto; por supuesto, las operaciones se detuvieron por completo, hasta cuando los sismos cesaran.

Una vez reinó la calma, existía la firme convicción de ir por los cuerpos; era algo inexplicable, pero el personal se mostraba decidido a culminar con la misión, a pesar de tantos traspies. Nuevamente ingresamos al fondo del edificio colapsado; de forma manual retiramos los escombros y descubrimos un costado del primer cuerpo y, ¡oh sorpresa!, el señor estaba casi de rodillas, abrazando al niño, al igual que a su esposa y las niñas, que yacían al otro costado; daba la impresión de que habían intentado llegar a los brazos de su madre, pero no lo habían logrado; por desgracia, el peso del concreto fue tal, que todos perdieron la vida; al primero que sacamos fue al niño; resultó difícil liberarlo de los brazos del padre; luego, sacamos el cuerpo del señor; posteriormente, a la señora y, por último, a las dos niñas; aún tengo grabados sus rostros en mi memoria. Los cuerpos su entregaron a la policía judicial, que los trasladó a la morgue.

De esta manera, culminábamos con nuestra misión; lo que se hizo después fue remover con maquinaria todos los escombros; dos unidades de cada grupo de rescate se situaban en lugares estratégicos, para verificar que, entre la gran cantidad de escombros, no aparecieran otros cuerpos. La orden que nos impartieron fue descansar y, tan pronto se pusiera el sol, empezar a desmontar el campamento.

Algunos descansaban en la carpa de bienestar; yo decidí descansar en uno de los vehículos, un par de compañeros me acompañaron; entre chiste y chanza, movíamos los vehículos para simular un sismo y reíamos; sin duda, era una broma algo pesada. A las cinco de la mañana, cesaron todas las operaciones, para que todos descansaran al menos durante una hora, pero la naturaleza no tenía los mismos planes y a las cinco y veintiocho minutos nuevamente nos sacudiría con fuerza; esta vez hasta los vecinos llegaron a nuestro punto de encuentro, bastante preocupados, y hasta ahí llegó nuestro descanso. Decidimos levantar el campamento; fue un trabajo dispendioso, al tomar en cuenta la gran cantidad de equipos y herramientas que teníamos en el sitio; cuatro compañeros se fueron a preparar el desayuno; nos dieron las siete de la mañana cuando fuimos a comer algo; aún faltaba el diez por ciento del campamento por levantar, incluida la cocina, por supuesto; después, nos dimos un baño y hasta lavamos la ropa que habíamos usado durante los tres días, que se secó muy rápido; volvimos a levantar lo que quedaba del campamento y, en ese lapso, también se terminó de remover todos los escombros.

Concluidas las labores, retornamos al campamento base; lo mismo hicieron los demás grupos; a nuestra llegada, teníamos que entregar la información a los encargados de la administración de la emergencia en el sitio, por lo que unos cuantos nos dedicamos a preparar todo lo requerido para entregarlo, mientras el resto del grupo se fue a armar un par de carpas, en las que pasaríamos los días restantes; armaron la carpa de la cocina y tres carpas de bienestar, donde pernoctaríamos; en treinta minutos, tuvimos lista toda la documentación y el líder del grupo la entregó a los encargados. Minutos más tarde, se nos dio la orden de descansar y estar atentos a cualquier requerimiento, ya que, en pueblos aledaños, e incluso en la ciudad en la que estábamos, aún no se había presentado ningún grupo de rescate.

Al mediodía, almorzamos muy bien; los encargados de la cocina se lucieron con la comida y pasamos un momento de camaradería bastante agradable; los sismos se sentían, pero ya se habían convertido en parte de la vida cotidiana y, a las dos de la tarde, tendríamos una reunión para evaluar la intervención que había culminado.

Una hora duró la reunión; hubo comentarios positivos y negativos; tras la evaluación, nos invitaron a adelantar unas actividades de esparcimiento, con un equipo de profesionales que arribaron al sitio, quienes nos ayudaron a relajarnos un poco en medio de tanto caos; sí, allí todo era caótico: al frente podíamos ver una estructura de varios pisos colapsada; si no queríamos verla, observábamos la morgue temporal; justo tras de nosotros el albergue temporal para los niños que habían quedado huérfanos y un pequeño centro, en el que atendían a las personas heridas; a un lado, el refugio temporal, en el que funcionaba un quirófano improvisado para las mascotas que habían quedado sin hogar y sin sus amos; a un lado, baterías sanitarias; en las graderías, dormían varias personas sobre colchonetas y, a los alrededores, todos los grupos de rescate y el puesto de mando.

Esa tarde, nos iban a enviar para que verificáramos un punto, pero la orden se canceló justo cuando salíamos, por lo que pudimos adelantar la cena y, en la noche, descansar

tranquilamente; antes de dormir, le hicimos mantenimiento y limpieza a las herramientas y los equipos; así acabó el tercer día en la zona.

#### **Día cuatro**

A las cinco de la mañana, nos activaron para ir a apoyar a un grupo de rescate liviano, en una ciudad vecina, a una hora de distancia por tierra; la información que nos brindaban era que habían logrado sacar con vida a tres personas de entre las ruinas de lo que era un centro comercial y que se escuchaba, con tenues voces y quejidos, de varias personas atrapadas en el interior. Estaba todo listo, por lo que, en cinco minutos, estábamos rumbo al lugar; a las seis y quince, arribamos a la ciudad de destino y las autoridades, que nos esperaban, nos guiaron hasta el centro comercial; en el sitio, nos ordenaron desembarcar; el líder del grupo se dirigió a hablar con el líder del otro grupo, quien lo puso al tanto de la situación y le transfirió el mando; ahora, nuestra misión era la de rescatar a cuatro personas atrapadas, teniendo en cuenta que llevaban varios días en esa situación y que su estado de salud era delicado.

En pocos minutos armamos el campamento, se determinaron las estrategias y las tácticas y empezamos a trabajar; la prioridad fue efectuar una búsqueda con los equipos tecnológicos, pero ninguno de ellos arrojó resultados positivos; sin embargo, los colegas que habían estado trabajando en el sitio y varios familiares, que ayudaban, afirmaban que, en la madrugada, habían escuchado varios lamentos y golpes desde adentro, por lo que se decidió continuar con la búsqueda; la cantidad de escombros era impresionante, todo el centro comercial estaba en el piso, totalmente colapsado, aunque esta vez los muros de la estructura no eran tan difíciles de romper, como lo habían sido los del hotel; solo se iba a trabajar por un flanco, al tomar en cuenta que el grupo anterior había logrado establecer un acceso, por el cual lograron ubicar a los primeros; con el pasar del tiempo, ese acceso no nos llevó a nuestro objetivo, por lo que se suspendieron momentáneamente las labores, para replantear por dónde íbamos a ingresar.

En el interior, se observaba parte de lo que era un segundo piso, lo único que había quedado en pie después del terremoto; lo rodeaban los escombros y la única opción era perforar de manera vertical, de abajo hacia arriba; para efectuar una inspección con la cámara, antes tendríamos que remover una gran cantidad de escombros y, esta vez, no teníamos el apoyo de maquinaria pesada, así que empezamos a trabajar de manera conjunta con los compañeros del otro grupo, para agilizar las labores; con herramientas y equipo, empezamos a reducir el material y a retirarlo; poco a poco, se empezó a despejar un muro y pudimos ver una cortina de un local; seguimos trabajando, hasta dejar la zona totalmente limpia; sin embargo, no encontrábamos un lugar por donde se pudiera entrar y ya habían pasado más de tres horas desde nuestro arribo a la escena. Nuevamente, se detuvieron los trabajos para evaluar la viabilidad de romper el muro en la parte superior, además de adelantar la búsqueda con los equipos; justo cuando íbamos a hacer el llamado y escucha, uno de los compañeros sintió que golpeaban una pared, por lo que pidió que nos concentráramos en escuchar; efectivamente, el ruido provenía del segundo piso; era difícil establecer con exactitud de dónde, por lo que, de inmediato, se situó el sensor de ruidos, para triangular la ubicación; el aparato arrojaba que el ruido provenía del fondo de la estructura, por lo que, de inmediato, armamos un andamio y empezamos a romper el muro; una vez logramos atravesar la pared, nos encontramos con varias columnas, un poco de

escombros y muchos hierros retorcidos; por lo confinado del lugar, debíamos empezar a cortar las varillas de forma manual, para abrirnos paso hasta el fondo; de igual forma, retiraríamos los escombros, lo que tomaría algo de tiempo; desde nuestro punto, le pedimos a quien golpeaba la estructura que dejara de hacerlo, para que conservara energías, y le hablábamos para tratar de darle apoyo emocional; antes de llegar hasta quien producía los ruidos, encontramos varios cadáveres; no nos detuvimos en ellos, ya que la prioridad era la persona con vida; seguimos avanzando y encontramos a una mujer inconsciente, con signos vitales muy débiles; para sacarla, tendríamos que mover con cuidado una columna y retirar un poco de escombros; debíamos ser precavidos con el síndrome compartimental, para evitar que se produjeran lesiones mayores en nuestro paciente.

## **Día cinco**

Sin darnos cuenta, ya había iniciado un nuevo día cuando logramos liberar a la señora; un compañero dispuso la camilla rígida de tal manera que, cuando retiramos la columna, pudimos ubicar el cuerpo de inmediato sobre ella e inmovilizar de una vez; así, empezamos a sacarla; debía ir un rescatista adelante y otro atrás cargando la camilla debido a lo estrecho del lugar; casi a la salida, donde el lugar era más amplio, esperaban dos rescatistas más y un médico; el galeno, de forma muy hábil y rápida, canalizó a la paciente y salió del lugar; los compañeros bajaron con mucho cuidado por la escalera para llevar en sus brazos la camilla; abajo los recibieron los demás compañeros y, mientras llegaban a la ambulancia, no cesaron los aplausos.

Adentro, continuamos con el trabajo; avanzamos unos cinco metros y encontramos a otro paciente, mientras se dejaban de lado dos cuerpos más; en ese instante, una voz débil de una señora nos pedía ayuda, en particular, que sacáramos a su esposo, que se encontraba a su lado; los escombros no nos permitan verla, pero se oía bastante cerca; nos dispusimos a sacar al señor; debíamos retirar un gran fragmento de pared para liberarlo, por lo que solicitamos equipos hidráulicos; pensamos en seguir adelante por los otros dos pacientes, pero se requería extraer el paciente, ya que, si eliminábamos escombros por otro lado, la pared podía caer. Llegaron los equipos y, de paso, nos relevaron; explicamos muy bien la situación a los compañeros y salimos; ahora, empezarían a elevar el muro muy lentamente y, luego, procederían a sacar a la persona atrapada; tomaron las cosas con calma, a pesar de saber que adelante había dos personas más; con gran experticia, lograron liberar al paciente, cumpliendo con los procedimientos establecidos; de nuevo el médico hizo lo propio y el señor salía estable, listo para que lo transportaran en una ambulancia a un hospital cercano. Antes de continuar, derribaron la pared, pues era más seguro que dejarla apuntalada; avanzaron dos metros y lograron ver al brazo del esposo de la señora, justo debajo de una gran columna; nuevamente habría que levantar con equipos y se tenía que retirar un poco de escombros para liberarlo; la señora contaba que se habían tratado de aferrar a esa columna para sostenerse, pero que, de un momento a otro, todo se tornó oscuro y el edificio empezó a caer, con tan mala suerte que la columna a la que se aferraron les cayó encima, para dejar al señor, a su esposo, atrapado por completo, y a ella le aplastaba las piernas y la dejó inmóvil.

Ahora, se debía pensar en cómo retirar la columna, ya que el espacio era demasiado reducido y los equipos no se podían ubicar de la forma adecuada para que trabajasen bien; mientras nos reuníamos, dos compañeros se quedaron para dar soporte emocional a la

señora; le brindaron agua, al pasarle una botella por el único espacio que les permitía contactarse con ella.

De entrada, se propuso construir un entarimado de madera para levantar la carga; la idea era viable, por lo que no hubo objeción; empezamos a transportar los trozos de madera al interior de la estructura; nos preocupaba que los pocos listones que llevamos fueran insuficientes, pero no resultó así; el material alcanzó y, con pericia, los compañeros empezaron a levantar lentamente y con cuidado la columna; cuando lograron alzar unos centímetros, el paciente empezó a hablar; con una voz débil y delirante, le pedía perdón a su esposa; dijo dos veces:

—¡No puedo, no puedo!, —y se entregó a la muerte; nada podían hacer los compañeros, mientras siguiera atrapado, por lo que tuvieron que ver el doloroso deceso y los relevaron; el siguiente grupo entraba para terminar de alzar la columna; ahora, debían retirar el cuerpo para llegar a la señora, que lloraba desconsoladamente, hasta el punto en que perdió la conciencia; los compañeros no dejaban de hablarle, a pesar de todo, y seguían trabajando; a las cuatro de la mañana, lograron levantar la columna a tal punto que podían sacar el cuerpo, y entraron hasta el último paciente; revisaron los signos vitales y, aunque débiles, verificaron que estaban presentes; retiraron algo de escombros y procedieron a inmovilizar; había prisa por sacarla cuanto antes, pero efectuaron el trabajo con calma; pasaron por debajo de la columna, un hombre adelante y el otro atrás, y se armó una cadena de rescatistas, hasta llegar afuera; esta vez, el médico intervendría tan pronto bajaran la escalera; fueron segundos eternos, hasta que, al fin, la sacaron; yo ayudaba a recibirla abajo y la llevaríamos a la ambulancia. Así culminaron nuestras labores en el lugar, con una sensación rara, entre alegría y tristeza, que nos invadía mientras tomábamos un descanso; luego, tendríamos que guardar los equipos y volver al campamento base.



**Figura 7.** Bomberos en acción, en Ecuador.

Fuente: foto cortesía del Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Pasto.

Tomamos un receso de quince minutos; empezamos a asear los equipos y herramientas; lo último que guardaríamos eran los equipos de iluminación; cuando apagamos las luces y nos disponíamos a embarcar, un hombre de aproximadamente unos treinta años entró al área, pidiendo auxilio a gritos; el jefe de seguridad del grupo lo detuvo y le indagó; de inmediato, el compañero se dirigió, acompañado del señor, a hablar con el líder del grupo; los demás ignorábamos lo que sucedía; de pronto, nos ordenaron embarcar; ya estaba todo listo para hacerlo; la orden fue seguir una camioneta, en la que habían subido el oficial y el señor; se prendieron los motores, las luces de las máquinas y empezaron a sonar las sirenas; se evidenciaba que seguiríamos trabajando; recorrimos unas cuadras con lentitud; el paso era difícil, ya que los escombros obstruían las calles; vimos que encendían las luces de parqueo de la camioneta y nos detuvimos justo atrás; de lado y lado de la calle, solo se observaban casas en ruinas y un edificio esquinero, parcialmente colapsado, rodeado por muchas personas; por radio, nos dieron la orden de desembarcar y reunirnos al lado de la máquina de rescate urbano.

El líder ordenó que se empezara a sacar los equipos y, en especial, los tecnológicos; el reporte era que oían que una persona pedía auxilio bajo los escombros del edificio; ahí había funcionado un hotel; nos dispusimos a efectuar una búsqueda en paralelo, ya que una gran capa de metal cubría parte de la estructura; al parecer, era el metal que utilizan para fundir las planchas, lo que impediría que el sensor de movimiento arrojará lecturas exactas. Antes de empezar la búsqueda, el ejército acordonó el lugar y logró que la gente se retirara un poco, para que permitiera escuchar cualquier tipo de sonido dentro de la estructura y, así, establecer un marcaje preciso.

El jefe de operaciones emitió el mensaje general, en que pidió que todo estuviera en silencio; luego, solicitó al primer rescatista que hiciera el llamado; se habían ubicado cinco rescatistas en paralelo; tras el llamado tres, de los cinco bomberos, levantaron sus manos para indicar que habían oído un ruido; en este caso, alguien pedía que lo ayudasen y producía un ruido al golpear los escombros; casualmente, uno de los rescatistas reportó que el ruido lo oía justo debajo suyo, por lo que se repitió el llamado, para confirmar la ubicación. En efecto, desde el punto del rescatista tres se oían con claridad la voz y el ruido; ahora, teníamos que buscar la forma de ingresar al sitio y sacar al paciente, para lo que se buscó el lugar más adecuado para abrir el orificio de inspección; una vez se introdujo la cámara, se veía una luz que se movía, acompañada por los gritos del señor, que nos decía que ahí estaba; era un metro y medio bajo nosotros; descartada la posibilidad de que, al perforar, le hiciéramos daño al paciente, empezamos a cortar las varillas y a perforar; el sol empezaba a asomar y la temperatura alcanzaba los treinta y dos grados; la mezcla de varillas, concreto y metal demoraba los cortes y llevaba a que, en algunas ocasiones, los taladros se trabaran.

De a pocos, fuimos abriendo el agujero de acceso; abajo, se observaba una plancha y, a escasos centímetros, el brazo del señor, con el que agitaba la linterna; tan pronto como el espacio dio la posibilidad de entrar, bajaron dos rescatistas para evaluar la situación; el paciente se hallaba estable y, de nuevo, una columna se interponía en el camino; por fortuna, ya sabíamos qué hacer; se tomaron los equipos hidráulicos y lograron moverla con cierta facilidad; ahora, ingresaron dos rescatistas más con la camilla y el *kit* de trauma, para estabilizar, inmovilizar y extraer al paciente; el lugar donde estaban facilitaba que se movieran con rapidez; el señor contó con suerte, ya que unos muebles y la columna le

habían permitido que permaneciera acostado, moverse con alguna normalidad y que no sufriera lesiones de consideración.

Una vez en la camilla, empezaron la extracción; dos compañeros se estiraron, desde arriba, para recibir la camilla y subirla; otros cuatro rescatistas los apoyaban; el único momento en el que tardaron fue ese, pues debían hacerlo con precaución, para evitarle lesiones al paciente; de ahí en adelante, se trató de bajar lentamente por la montaña de escombros y llevarlo a la ambulancia; la mayor muestra de gratitud era ver al señor alzando sus brazos al cielo, en señal de victoria, y el estruendoso aplauso de las personas.

Eran la siete y veinte minutos de la mañana, el calor aumentaba; de nuevo recogíamos equipos y esta vez sí iríamos al campamento base; el personal estaba exhausto y era justo que descansáramos; antes de partir, la comunidad nos brindó varias gaseosas, unos bizcochos y galletas, por lo que nos quedamos unos minutos más, mientras consumíamos todo e iniciamos la marcha; todos tratamos de dormir en los vehículos durante la hora de retorno; ya en el campamento, el grupo se reportó, con los líderes de la emergencia, como no disponible, hasta la tarde, ya que íbamos a descansar un par de horas y teníamos que adelantar la limpieza y mantenimiento de equipos; de paso, aprovechamos para ducharnos y comer algo, además de preparar el almuerzo.

Esa mañana transcurrió rápido; llevamos a cabo todas las labores y nos dispusimos a almorzar; entre cucharada y cucharada, nos dieron las dos de la tarde; a esa hora, el líder del grupo lo reportó como disponible y nos pidió que estuviéramos pendientes de cualquier requerimiento, aunque nos dio libertad para que fuéramos a comunicarnos con nuestros familiares o hacer lo que quisiéramos, pero siempre con permanencia en los alrededores del lugar y se mantuvieran siempre los radios encendidos.

En esos momentos, ya las posibilidades de encontrar personas con vida entre los escombros era casi nula, aunque nosotros habíamos rescatado varias personas, que llevaban casi más de cincuenta horas atrapadas; quizás unos cuantos milagros más, por lo que estábamos más relajados; pensábamos que ya no saldríamos y que pronto regresaríamos a casa; no obstante, a las cuatro y treinta de la tarde, nos llamaron a la base y nos asignaron la misión de ir a descartar la marcación de un canino en una vivienda, a cuatro cuadras de donde estábamos; llegamos muy rápido. El reporte del guía era que su perro había ladrado en un punto específico de la estructura, lo que indicaba que podía haber aún alguien con vida.

De inmediato, nos dispusimos a trabajar; se descartó esa posibilidad con todos nuestros equipos, pues ninguno dio un resultado positivo; por tanto, la orden fue remover un poco de escombros y buscar algún acceso, que nos permitiera adelantar nuevas búsquedas, para descartar totalmente la marcación del perro; removimos muchos escombros y cortamos bastante acero, para llegar a una especie de bodega vacía, en la que pensábamos que podía haber alguien, pero no fue así; en el piso, se observaban manchas de sangre y, entre más escombros sacábamos, salía un fuerte olor putrefacto, pero diferente al de algún cuerpo en descomposición; por consiguiente, el líder del grupo nos ordenó que saliéramos de la estructura, para que el equipo canino efectuara una nueva búsqueda. El perro entró en los escombros y esta vez dio muchas vueltas con su hocico abajo, en busca del aroma de una persona viva, pero, en los diez minutos que estuvo sobre los escombros, no ladró para nada, así que el guía lo sacó y se dirigió al líder para ofrecer excusas, por haber dado un falso marcaje y haber hecho que nos desplazáramos hasta el lugar.

Volvíamos al campamento y, antes de entrar, nos detuvieron; teníamos otra misión: ahora, debíamos ir a unas poblaciones ubicadas a dos y tres horas respectivamente, para verificar

los reportes de la comunidad y de varios equipos livianos, sobre personas con vida, por lo que seguimos nuestro camino; ya estábamos acostumbrados al trajín, por lo que no nos pareció largo el viaje. En la primera población, la comunidad reportaba haber oído ruidos dentro de una iglesia, por lo que, para descartar, empleamos todos nuestros métodos, sin encontrar personas con vida, de manera que, en una media hora, estábamos listos para partir a la otra población; en la hora en que rodamos por las grandes carreteras, pasamos por varios conjuntos vacacionales muy agradables, pero, como todo por esos lados, estaba bastante afectado por el terremoto, pero siempre quedarán en mi mente los paisajes espectaculares; la puesta del sol tornaba las nubes de un naranja radiante, que se reflejaba sobre el azul claro del mar; a lo lejos, podíamos ver las olas rompiendo y, por momentos, el conductor mermaba la velocidad para disfrutar por unos segundos de esa agradable postal; así, el viaje se tornó bastante agradable.

Caída la noche, llegamos a la siguiente ciudad; en el sitio, nadie daba información sobre el lugar en el que supuestamente nos requerían, así que dimos varias vueltas sin rumbo fijo, hasta cuando llegamos a una Estación de bomberos; ahí, el líder habló por largo rato con los colegas, quienes le informaron que no conocían respecto a esa la situación y que, en aquella población, las labores de búsqueda se habían suspendido al mediodía, para darle paso a la maquinaria pesada, por lo que resultó en vano nuestro viaje o, quizás, no tanto, ya que el líder del grupo decidió que cenaríamos en un restaurante local y que lo mejor era pernoctar en aquel lugar.

Fuimos a cenar y, en nuestro recorrido, los moradores del poblado se portaban muy amables con nosotros y nos llevaron a un hotel muy lujoso; por supuesto, nos quedamos en el parqueadero, mientras el líder hablaba en la recepción; una vez salió, nos comentó que el hospedaje y la alimentación no tendría ningún costo, ya que el presidente del Ecuador había ordenado que se atendiera a los grupos de rescate internacionales de la mejor manera y que la cuenta quedaba a cargo del gobierno de esa nación, por lo que nos asignaron grandes habitaciones para dos personas, con aire acondicionado, baño y televisión por cable; quizás el haber dormido sobre el piso y las colchonetas aislantes durante varios días nos llevó a que percibiéramos a las camas como el mejor lugar en el que nos habíamos acostado y lo mejor fue que pudimos darnos una ducha sin la presión de que no podíamos demorarnos, ya que había fila para bañarse.

Dejamos nuestras maletas, descansamos por veinte minutos y nos llamaron a cenar; al entrar al restaurante, nos atendió el administrador, quien nos ubicó en las mejores mesas y agilizó nuestros pedidos; la comida estuvo deliciosa; ni el sismo de ese momento, que hacía rebotar el agua de la piscina, pudo quitarnos esa sensación; una vez terminamos, nos invitaron a recorrer las calles del sector hasta el malecón; esa era una población muy bella y tranquila, ideal para vacacionar; a pesar de los destrozos, se notaba la organización; el *tour* duró una alrededor de una hora, ya que era tarde; a las diez y treinta de la noche, retornamos al hotel, tomamos una ducha y dormimos profundo; nos levantaríamos a las ocho; luego, desayunábamos; iríamos un rato a la playa, hasta mediodía, almorzaríamos y retornábamos al campamento base; al menos, esos eran los planes.

## **Día seis**

Nos levantamos a la hora acordada; mientras nos alistamos y desayunamos, nos dieron las nueve; estábamos con ropa cómoda para disfrutar de la playa; salimos del hotel y, a tres

cuadras, nos ordenaron regresar; estábamos desconcertados; nos reunieron en la recepción y nos informaron que debíamos regresar al campamento base, ya que el presidente de Colombia arribaría a ese lugar en horas de la tarde y que lo acompañaríamos mientras estuviera en el lugar; por ende, todos nos pusimos el mismo uniforme e iniciamos el viaje de retorno; esta vez, a pesar de haber descansado muy bien, los ánimos estaban bajos y, en el trayecto, las únicas voces que se escuchaban eran las de los locutores de radio de una que otra emisora, que el conductor lograba sintonizar, por lo que las tres horas se hicieron largas.

Ya en la base, armamos la carpa de la cocina para hacer el almuerzo; según la información que nos habían dado, los presidentes se reunirían a las cuatro de la tarde, por lo que, después de almorzar, empezaríamos a hacerle aseo a algunas herramientas y, unos minutos antes de las cuatro, estaríamos pendientes del arribo de los helicópteros, en los que se transportaban los mandatarios. Eran las cuatro en punto y estábamos pendientes: acompañar al presidente en el exterior sería muy grato, aún más cuando éramos el único grupo de rescate colombiano en ese lugar; estábamos a la expectativa. Empezaron a pasar los minutos y las aeronaves no aparecían en los cielos; se hablaba de un retraso en la agenda, por lo que debíamos esperar, al menos, otra hora, así que la mayoría decidió seguir limpiando las herramientas; mientras llegaban, se hicieron las cinco y no se reportaban; hacia las seis de la tarde, alcanzamos a efectuar el aseo de todas las herramientas y, de paso, el inventario; así, solo quedaba pendiente el aseo de los equipos; a esa misma hora, empezamos a preparar la cena, mientras el líder del grupo dialogaba con el comandante del sitio, para tener la certeza sobre la visita de los presidentes.

La orden fue que cenáramos, ya que el evento se había pospuesto para las nueve de la noche, así que hicimos las cosas con calma y, a las ocho y treinta, estuvimos listos nuevamente; a las ocho y cuarenta y nueve empezamos a oír los motores de varios helicópteros que sobrevolaban el sector, por lo que asumimos que ya llegaban; en tres minutos, una de las aeronaves aterrizó a un costado del estadio y un fuerte cordón de seguridad se desplegó a sus alrededores; el presidente de Ecuador descendió, pero nunca llegó el de Colombia; a nosotros nos dejaron tras de unas vallas y no nos permitieron pasar de ahí, por lo que muchos de nosotros nos retiramos a nuestro campamento; el gobernante se reunió con los administradores de la emergencia por varios minutos y, luego, adelantó un breve recorrido por el lugar, sin llegar hasta donde nos encontrábamos; luego, subió al helicóptero y se retiró del lugar; si en la mañana nos había desconcertado el hecho de que debíamos volver para acompañar a nuestro presidente y dejar de lado nuestros planes, en la noche quedamos peor. Después de eso, llegó la orden, desde el Ministerio, que debíamos quedarnos en el lugar para hacer el acopio de la ayuda humanitaria que iba a llegar, por lo que, a las diez, el grupo debía estar descansando, para, a la mañana siguiente, trabajar en la dispendiosa labor asignada.

## **Día siete**

Estábamos listos para recibir las ayudas que llegaban ese día; aunque nunca habíamos efectuado ese tipo de labor, la idea era levantar un inventario de todo lo que recibiéramos y, luego, empezar a llevar un registro de salida; la labor más extenuante sería la de descargar las cajas y amontonarlas, por eso todo el grupo iba a trabajar hasta culminar la labor; así, estaba todo planeado.

El líder del equipo se comunicó con la Cancillería, para informar que estábamos listos para recibir el cargamento; sin embargo, minutos después se recibió otra llamada, en la que nos ordenaban que nos desmovilizáramos y retornáramos a Colombia, por lo que nos dispusimos a alistar los papeles necesarios para efectuar nuestro retiro de manera formal; además, una parte del grupo iba a hacer el aseo de los equipos y unas cuantas herramientas, que se necesitaba lavar; para ello, nos fuimos a buscar algún lugar, donde hubiera agua suficiente y no incomodáramos a nadie. Partimos en la máquina de rescate y en una camioneta en busca del lugar apropiado; los moradores del sector nos enviaron a un lugar, donde existía un pozo, pero no lo encontrábamos; mientras retornábamos al campamento base, perdimos de vista la camioneta y la comunicación por radio resultó ineficiente; nos detuvimos a preguntar por el sitio indicado, en espera de que la camioneta retornara; para ubicarnos, una señora nos indicó por dónde debíamos tomar para llegar al sitio que buscábamos; la camioneta no volvió, así que nos fuimos en busca del pozo, ya que llevábamos con nosotros los principales equipos y herramientas para asear; recorrimos dos kilómetros y encontramos el lugar; era un riachuelo, en el que la comunidad se asentaba a lavar ropa y, un poco más arriba, los niños nadaban en un pozo; parqueamos el vehículo y nos dispusimos a efectuar el aseo; nos tomó un par de horas y acabamos; a esa hora, el calor era insoportable, así que decidimos que íbamos a refrescarnos unos minutos en las aguas del riachuelo; ese fue un momento de relajación y esparcimiento, que disfrutamos como niños; uno de los compañeros capturó un pez muy pequeño y lo pasábamos entre manos, para tratar de adivinar de qué tipo era; jamás lo supimos; de repente, el último compañero resbaló en una piedra y el pez cayó al agua y desapareció; estábamos entretenidos y relajados, tanto que pasó una hora sin que nos diéramos cuenta. Era el momento de volver al campamento base; pensábamos que nos iban a poner problema por habernos demorado tanto y no haber retornado con la camioneta, pero, cuando volvíamos, nos encontramos con el otro vehículo; los compañeros habían encontrado un pozo más pequeño en dirección contraria y se habían quedado para hacer exactamente lo mismo que nosotros, por lo que retornamos en caravana y ya no se presentó ningún inconveniente.



**Figura 8.** Grupo de Rescate Urbano de Pasto, antes de retornar de una misión.  
Fuente: foto cortesía del Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Pasto.

En el campamento, o en lo que quedaba de él, almorzamos y desmontamos las carpas y la cocina con ansiedad; sabíamos que íbamos de vuelta a nuestros hogares; el líder nos reunió y nos informó que, para abandonar el lugar, se requería que nos vacunaran, por lo que nos fuimos a la carpa de salud, instalada en el estadio; la fila era interminable y nos esperaban dos inyecciones: una en cada brazo; mientras esperábamos, nos molestábamos entre nosotros y reíamos bastante; se notaba que la idea de volver a casa nos reconfortaba, en nuestros rostros se notaba la ansiedad y la fila avanzaba lentamente; ese iba a ser nuestro último momento en el campamento y en aquella población.

Todo estaba listo para nuestro retorno, los documentos se habían entregado y todos ya estábamos vacunados, solo faltaba la foto del grupo y encenderíamos los motores para dirigirnos rumbo a casa. Fue un momento conmovedor; tras la foto, recitamos con fuerza la oración patria, con el pecho henchido de orgullo y con tal fuerza, que los grupos que quedaban en el sitio detuvieron sus actividades para halagarnos con un aplauso de despedida; con emoción, subimos a los vehículos e iniciamos el camino de retorno.

Nos esperaban veintidós horas o más de viaje, para encontrarnos con los nuestros; en espera de no tener algún contratiempo, los conductores aceleraban al límite permitido en carretera; íbamos algo acelerados, hasta cuando el líder ordenó por radio que le bajarán a la velocidad y manejaran con prudencia; en todos los vehículos reinaba buen ambiente, aunque los rostros de la mayoría se notaban cansados y bastante barbados; nadie durmió durante la tarde. En la noche, nos detuvimos en un poblado a cenar; comimos arroz chino, en un bonito restaurante; entre el pedido y terminar de comer, pasaron dos horas; el reloj estaba próximo a las diez de la noche, hora en que reiniciamos nuestro viaje; muchos subimos a los vehículos con la firme convicción de dormir y tratar de descansar; la única parada que

se iba a efectuar era para el relevo del conductor y para abastecernos de combustible; era curioso, pero las estaciones de gasolina quedaban bastante retiradas unas de otras.

Las risas de los compañeros me despertaron a las dos y treinta de la madrugada; nos detuvimos en una estación de gasolina, en la que nos dijeron que no tenían combustible y que el carro cisterna llegaba a la seis; ese era el pretexto diplomático para no vendernos el combustible, ya que en Ecuador está prohibido venderle a los vehículos colombianos; sin embargo, no podíamos continuar nuestro viaje, ya que corríamos el riesgo de quedarnos varados en medio de la carretera, por lo que íbamos a esperar hasta las seis; de repente, a la estación llegó un vehículo de la policía; dos agentes, muy amables, nos saludaron, nos preguntaron por nuestra procedencia y dieron pie para que se les comentara la situación; ellos entraron en una oficina y hablaron con el administrador, quien, minutos después, permitió que llenaran nuestros tanques y ofreció excusas, ya que los trabajadores no conocían respecto al Estado de Excepción, que posibilitaba que nos vendieran combustible en cualquier estación de ese país; algunos compañeros estaban durmiendo en los vehículos, los demás estábamos riendo y molestando en unas bancas, que había en aquel lugar; esa era la mejor forma de estirar el cuerpo y distraernos un rato.

Para cuando reemprendimos la marcha, ya habían pasado dos horas, por lo que, de común acuerdo, se decidió que la parada para el desayuno iba a ser a las diez de la mañana, o más tarde, dependiendo de si en el camino encontrábamos un lugar donde nos atendieran; mientras efectuábamos esa parada, continuamos descansando y, llegada la hora, encontramos otro poblado, en el que nos detuvimos a comer algo; en aquel local, el desayuno parecía un almuerzo y los platos quedaron sin rastro de alimentos; aprovechamos para ir al baño y estirarnos un poco, antes de subir a los vehículos. Hasta esa hora, habíamos avanzado bastante en nuestro camino y ya estábamos a pocas horas de la frontera; las carreteras habían sido reparadas en su totalidad durante nuestra permanencia y, en los peajes, nos daban paso inmediato y prioritario, a excepción de uno, donde el conductor de uno de nuestros carros entendió que podía pasar tras del otro carro y se llevó la barrera, que bajó justo antes de que pasara; ahí, nos detuvimos unos minutos para solucionar el percance, que no pasó a mayores. Pronosticamos que a la una de la tarde estaríamos llegando a la frontera, por lo que decidimos que íbamos a almorzar ahí, pero, al llegar para adelantar los trámites, ya no teníamos cabina preferencial y la fila estaba bastante larga, así que decidimos que no íbamos a almorzar, ya que el desayuno había saciado nuestra hambre por un buen tiempo y eso demoraría nuestra llegada.

Dos horas después, ya estábamos en nuestras carreteras, próximos a llegar a casa; según la información recibida por el líder, un grupo de periodistas nos esperaba en la Estación, por lo que decidió que detuviéramos nuestro viaje, a la espera de que los medios se retiraran y, así, se pudiera llegar sin hacer aspavientos, y así fue; a nuestro arribo, unos cuantos familiares estaban esperándonos; ellos nos recibieron con aplausos; al descender de los vehículos, nos ordenaron que se bajara lo que venía en los vehículos y, luego, formar; tras la formación, nos dieron la orden de retirarnos; en ese momento, ya los compañeros pudieron abrazar a sus seres queridos; yo llamé a mi padre, para que me recogiera; minutos después, pude abrazarlos y, por fin, llegar a casa a descansar.

A las once de la mañana del día siguiente, nos citaron para ir hasta el despacho del gobernador; ahí nos harían el reconocimiento por nuestra labor y, de paso, los periodistas nos entrevistarían; días después, un reconocido restaurante de la ciudad nos invitaría a una deliciosa cena y, luego de una semana, un grupo de reconocidos señores nos hizo otro

homenaje; ese día nos confirmaron que los altos mandos de bomberos nos iban a conferir una distinción, por lo que deberíamos viajar a la capital de la república a recibirla; casi un mes después de la emergencia, estábamos listos para viajar; pensé que esta vez iba cumplir mi sueño de volar en avión, pero no fue así; viajamos por tierra, en un bus pequeño, algo incómodos, durante veintidós horas; por supuesto, hicimos las paradas necesarias para comer y estirarnos un poco; llegamos a las dos de la mañana de un viernes, en que nos esperaban para la entrega de una medalla.

Nos hospedamos en una Estación de bomberos, en la que se suponía nos esperaban, pero, a nuestra llegada, nadie sabía nada, por lo que nos hicieron acomodar en los muebles de la sala de bienestar a unos cuantos; allí nos acomodamos como pudimos; los demás prefirieron dormir en el bus en el que habíamos viajado hasta las seis de la mañana, hora en la cual nos despertamos para tomar un baño y alistarnos; se suponía que nos esperaban a las ocho de la mañana en un reconocido polideportivo, donde se llevaría a cabo la ceremonia. Pues bien, estuvimos en el lugar a la hora citada, pero, al llegar, no había nadie; solo estaban terminando de instalar una tarima en el parqueadero, por lo que decidimos ir a buscar algo para desayunar; atravesamos dos puentes peatonales y varias cuadras, sin encontrar nada, hasta que encontramos un puesto ambulante, donde pudimos tomar café con empanadas; al terminar, ya eran las nueve, por lo que decidimos retornar al sitio; cuando llegamos, ya había varios vehículos de bomberos; algunos de ellos eran nuevos e iban a entregarse ese día.

Según compañeros de las demás instituciones, el evento se había programado para diez de la mañana; mientras tanto, nos fuimos a ver los vehículos y unos artículos de bomberos que estaban vendiendo en algunas carpas; a las diez en punto, llamaron a formar a todo el personal y el evento inició; hablaron varios oficiales de bomberos; su intervención fue breve y nos llamaron a la tarima: el Director Nacional, acompañado de otros altos mandos, se encargó de colocarnos la Cruz de San Miguel a cada uno de nosotros; luego, posamos para la foto, en medio de los aplausos de los bomberos; bajamos de la tarima y volvimos a formación, hasta cuando se efectuara la entrega de los vehículos y culminara la ceremonia; luego, pasamos a tomar un refrigerio y a elaborar el inventario del carro que nos entregaron; pensábamos que íbamos a poder pasear por la capital y conocer algunos lugares, pero la orden fue que, una vez recibido el nuevo vehículo, debíamos subirnos al bus y volver a nuestra ciudad.

De esa forma había culminado una de las experiencias más significativas para muchos de nosotros; el viaje de regreso, a pesar de lo incómodo del bus y del cansancio, lo hicimos ameno y llevadero.

## UN BOMBERO CAÍDO

Eran las tres de la mañana, descansábamos en el alojamiento; el televisor estaba prendido y apenas se podían oír los murmullos; se escuchaba el paso de uno que otro vehículo por los alrededores del cuartel; no lograba conciliar el sueño y daba vueltas en la cama; trataba de no moverme mucho, ya que estaba en la cama de arriba del camarote y no quería molestar al compañero, que descansaba abajo. Recuerdo que, antes irnos a descansar, entrenamos muy fuerte, como presintiendo que algo grande estaba por ocurrir. Pasaban los minutos y mi mente divagaba sin cesar; aquel noviembre celebrábamos el aniversario cuarenta y siete y pasaban por mi cabeza muchas ideas para efectuar una revista.

A las tres y diecinueve, sonó la alarma de incendios; éramos muy rápidos en ponernos nuestros trajes de protección personal; dejamos siempre las botas puestas en el pantalón y el chaquetón y los demás implementos a mano; eso ahorra muchos segundos. Salimos con prontitud a atender un incendio, en un Centro Comercial muy conocido de la ciudad; para ello íbamos, en una máquina extintora y un carro tanque de apoyo, ya que se podía tratar de un incendio de grandes proporciones; a veces solían ser conflagraciones pequeñas, que se controlaban con facilidad, pero esta vez no iba a ser así.

Arribamos al lugar de la emergencia; de inmediato, nos dimos cuenta que el fuego estaba avanzando con rapidez; la mercancía de los locales propiciaba la rápida propagación de las llamas; en su mayoría, los locales tenían ropa y calzado, por lo que se necesitó solicitar refuerzos; en esa época, ya contábamos con otra Estación. Se requería realizar una entrada forzada; varios candados y cadenas custodiaban las gruesas rejas de la entrada principal, lo que llevó a que tardáramos unos minutos en abrir las puertas, para empezar a atacar el incendio; mientras las abríamos, los demás compañeros izaban una escalera para atacar las llamas desde arriba; desde lo alto, los compañeros reportaban espeso humo y grandes llamas, que salían de varios locales.

Una vez logramos entrar al Centro Comercial, cubiertos por los compañeros desde lo alto, iniciamos con el control de las llamas, desde el primer piso; la convección provocaba que los almacenes del segundo piso empezaran a arder y la radiación lograba que ardieran con facilidad los locales aledaños al fuego inicial. La labor se tornaba difícil; grandes llamas y temperaturas muy elevadas nos impedían avanzar con rapidez.

El apoyo tardó algunos minutos en llegar al sitio; ellos se encargarían de buscar los hidrantes cercanos, para abastecer a las máquinas y atacar el incendio por otros flancos; la situación requería de mucho personal y de gran cantidad de agua. La central tocó la sirena, para alertar al personal cercano sobre la emergencia; esa era la forma de llamar a los bomberos para atender una emergencia grande; afortunadamente, varios compañeros, a pesar de la hora, acudieron al cuartel y salieron en los demás vehículos a combatir el incendio.

Mientras apagábamos foco tras foco de las llamas, los compañeros que trabajaban desde la escalera iban a intentar efectuar una ventilación vertical; para ello, revisaban con diligencia el lugar donde iban a pisar cuidadosamente, para, luego, generar un gran orificio en las tejas; al menos, ese era el plan. Tras poner ambos pies en el humeante techo, el cabo Muñoz se precipitaría derecho al primer piso, lo que obligó a todas las unidades a enfocarse en el

rescate de nuestro compañero; cuando eso sucede, se dejan de lado las demás labores y se convierte en prioridad el bombero caído.

Nosotros estábamos a quince metros del lugar donde había caído el cabo, por lo que intentamos regresar con rapidez al punto de entrada, para buscar al compañero, pero el humo era tan denso que la visibilidad era prácticamente nula, lo que complicaba la situación. El cabo Muñoz contó con la suerte de caer sobre unos costales de ropa, lo que amortiguó considerablemente su caída; sin embargo, el pasar por las tejas y, luego, por la plancha de madera del local del segundo piso, hasta aterrizar sobre los costales, le había causado algunas heridas.

Todos nos enfocamos en acudir en ayuda de Muñoz, pero a todos nos resultó imposible encontrarlo. Resulta que el cabo, una vez había tocado suelo, había salido por sus propios medios del Centro Comercial, sin que nos percatáramos; había roto una puerta de madera con la barra que llevaba consigo y con la que iba a efectuar el orificio en el techo y, al salir, se encontró con una de las mangueras que entraban al Centro Comercial; su sentido de orientación, al parecer, se había agudizado en esos momentos y, al seguir la manguera, había logrado salir de entre las llamas con lesiones menores.

Al cabo lo revisaron de inmediato los compañeros de la ambulancia y, con sorpresa, se descubrió que no presentaba lesiones de consideración; el cabo se reportó con el comandante del incidente y, tras un descanso y en un claro ejemplo de valentía, continuó trabajando.

Una vez los compañeros, que se hallaban afuera, se percataron de que el cabo Muñoz había salido por sus propios medios, informaron por radio a las unidades que estábamos en el interior, lo que nos llenó de moral para seguir combatiendo el fuego.

No recuerdo cuánto tiempo transcurrió para que nos relevaran, pero estaba claro que durante más de treinta minutos habíamos estado en el interior del inmueble, ya que los equipos de respiración emitieron la alerta sonora, que nos indicaba que nos quedaba poco aire. Logramos apagar las llamas de tan solo cuatro locales y, por los otros flancos, la situación era similar, pues el material combustible era mucho y parecía que no dábamos abasto en el control del fuego, a pesar de que ya llevábamos actuando treinta y tres bomberos, apoyados por dos carros tanques y seis máquinas extintoras.

Para cuando volví a ingresar al Centro Comercial con mis tres compañeros de trabajo, habían pasado veinte minutos de descanso y el comandante del incidente nos reportó que apenas se controlaba la mitad de la conflagración; de los ciento seis locales comerciales, ya se habían consumido cerca de veinte y las llamas amenazaban con arrasar con todo.

Una vez entramos, llamas superiores a los dos metros parecían invencibles ante los chorros de gran caudal que aplicábamos en la primera planta, mientras los compañeros que atacaban desde el flanco alto aplicaban menos agua, con el fin de no debilitar la plancha y, así, evitar que se viniera abajo y cayera sobre las cuadrillas que estábamos abajo.

Teníamos que apagar un local tras de otro; con el hacha, rompíamos las puertas de cada uno y de inmediato atacábamos con el agua. Una vez más, nuestros equipos de respiración empezaron a sonar, lo que nos obligaba a abandonar el combate nuevamente; era frustrante ver cómo el fuego consumía la mercancía sin que hallara alguna resistencia.

Entre entradas y salidas, pasaron dos horas para que pudiéramos declarar como controlada la emergencia; el humo cesaba paulatinamente y las llamas se habían casi liquidado. Aún teníamos que llevar a cabo el enfriamiento del lugar, pues quedaban varios puntos calientes, que podían reiniciar las llamas, además de la remoción de los escombros.

Empezaba a amanecer y, con la luz del día, se podía apreciar la magnitud del incendio; en total, cuarenta y dos locales se consumieron en su totalidad y la estructura quedó bastante afectada por el fuego. Con el pasar de los minutos, empezaron a llegar los propietarios de los locales que, atónitos, observaban lo sucedido; en sus caras se revelaba la tristeza y la impotencia. En compañía de la policía, con todas las medidas de seguridad, evacuamos la mercancía de los locales que no se vieron afectados; la escena se había acordonado y la custodiaba fuertemente el ejército.

Fue una batalla difícil contra el fuego; los investigadores de incendios recolectaban las pruebas meticulosamente y efectuaban el registro fotográfico, mientras los medios de comunicación arribaban al sitio y un sinnúmero de periodistas buscaban afanosamente la primicia.

Exhaustos, empezamos a recoger el material, para retornar a las Estaciones y la escena se entregó a las autoridades competentes. En mi caso, a las ocho de la mañana debía presentarme en mi trabajo, por lo que a duras penas alcancé a ducharme. Ya en el trabajo, mientras desayunaba, oía por la radio cómo registraban los medios el suceso; acabé con mis labores rápidamente y hablé con mi jefe, para que me permitiera salir antes y así pudiera descansar un poco más.

Las pérdidas fueron millonarias y las autoridades determinaron que la estructura tendría que demolerse. Hace poco reinaugaron ese Centro Comercial; habían tardado unos dos años en poder culminarlo.

## RESCATE FATAL

### I

Nunca será sencillo despedir a un compañero, a un amigo, a un bombero; todos ingresamos a la institución con el mismo fin: ayudar a los demás. No sabemos cuántos hogares permanecen unidos debido a nuestra labor y nunca olvidamos los rostros de aquellos a quienes ayudamos; dar la vida por otra persona, eso no lo dudamos, pues, con el uniforme o sin él, siempre pensamos en los demás, con nada más que ofrendarles, solo nuestras vidas; nuestras acciones se encaminan a proteger el mundo y hacer de este un lugar mejor, al dejar de lado el ego, para entregar nuestro tiempo y nuestro talento al servicio de la comunidad.

Un llamado de la comunidad nos alerta sobre una persona atrapada en una alcantarilla; estábamos pocas unidades en la Estación, por lo que el oficial de servicio, el sargento Delgado, un experimentado rescatista, con más de veinte años de servicio, decidió acudir al llamado con el bombero Araujo, en uno de los vehículos de rescate; los demás nos quedamos en la Estación, en caso de que otra emergencia se suscitara.

El lugar de la emergencia estaba a escasas seis cuadras de la Estación, por lo que Delgado y Araujo no tardaron mucho en arribar a la escena. En el sitio, reportaban que un operario había ingresado a la alcantarilla para adelantar labores de mediciones y, de repente, había dejado de responder a su compañero, que se encontraba afuera; el operario en el exterior fue el encargado de solicitar la ayuda.

El sargento Delgado decidió bajar a lo profundo de la alcantarilla, para efectuar la búsqueda del operario y su posterior extracción, con tan mala suerte que fue víctima de los gases tóxicos que se habían acumulado en ese espacio confinado, por lo que quedó inconsciente; los mismos gases ya habían cobrado la vida del operario, aunque en el exterior nadie lo sabía. El sargento se reportaba por radio con Araujo, pero, de repente, dejó de hacerlo, lo que advirtió respecto a que la situación estaba empezando a salirse de control, por lo que, de inmediato, Araujo solicitó apoyo a la Central, desde donde un total de ocho bomberos acudimos al llamado de nuestros compañeros.

Una vez arribamos, Araujo nos puso en contexto de lo que había sucedido: dos personas se hallaban en el fondo de una alcantarilla, entre ellas uno de los nuestros. Rápidamente, empecé a montar un sistema para el descenso controlado de nuestros compañeros, lo que nos permitiría sacarlos con prontitud, si les había llegado a pasar algo; para ello, utilizamos un trípode, en el que se ensamblan varios accesorios, que permiten manejar las cuerdas y realizar los ascensos y descensos con agilidad y seguridad; resultaba evidente que en la alcantarilla había una atmósfera contaminada, por lo que los compañeros que iban a bajar lo harían con equipo de respiración, que provee al bombero aire comprimido seco, lo que le permite respirar durante más de media hora sin dificultad.

Todo estaba listo: el plan consistía en evacuar primero al sargento y, luego, al operario; descendió el primer bombero y se percató que los dos pacientes se habían adentrado al menos tres metros en la alcantarilla; además, resultaba más sencillo evacuar primero al operario, ya que el sargento Delgado había intentado tomar posición para rescatar al obrero, pero, al parecer, sus fuerzas se le habían desvanecido, producto de los gases, y había quedado más lejos.

No fue nada sencillo sacar al operario; el reducido espacio no facilitaba el movimiento y ponía en riesgo la integridad del bombero que estaba realizando la labor de rescate. Una vez asegurado el cuerpo del obrero, procedimos a halar de la cuerda, para empezar a extraerlo; cinco minutos, que parecieron una eternidad, se necesitaron para extraer al operario y al bombero; lo complicado de la maniobra era que tenían que recuperarse uno por uno, ya que el diámetro de la alcantarilla era demasiado estrecho.

Tan pronto como estuvo afuera, se iniciaron las labores de reanimación del obrero, mientras otro compañero bajaba por el sargento Delgado, quien luchaba contra la muerte. El descenso fue rápido y el compañero estableció contacto con el sargento en menos de un minuto; debía asegurarlo, prácticamente arrastrarlo por la alcantarilla hasta la entrada, aunque contaba con algo de ayuda desde afuera, con el sistema de cuerdas, y ubicarlo en la posición ideal para que se lo pudiera sacar sin que se golpeará contra las paredes; lo mismo se había hecho con el operario.

Transcurrieron nuevamente de cuatro a diez minutos en la difícil maniobra; esta vez la situación se complicaba, ya que las cuerdas se enredaron con unos hierros que soportaban el asfalto; el bombero debía desenredar las cuerdas que no permitían izar al sargento con celeridad; el tiempo se aliaba con la muerte y complicaba el rescate; la mala suerte era cómplice y, cuando se logró desenredar las cuerdas, el mosquetón que sujetaba el arnés cedió y Delgado cayó de nuevo al fondo. A pesar de todo, logramos sacarlo; de inmediato, iniciaron la valoración y posteriormente la desesperada maniobra de reanimación; el sargento había sufrido un paro cardio-respiratorio, del que logró salir, en primera instancia; en muy delicado estado de salud, lo transportó una ambulancia al centro asistencial más cercano, pero, por desgracia, en el trayecto sufrió otro paro cardíaco e ingresó directamente a reanimación, pero nada pudieron hacer para preservar su vida.

En la escena del rescate, el cuerpo del obrero yacía sobre el pavimento, cubierto con una manta blanca; ningún esfuerzo para preservarle la vida había dado resultado; la exposición a los gases tóxicos durante más de veinte minutos había obrado a favor de la muerte y habíamos perdido una batalla.

Mientras desmontábamos los equipos, nos llegó la noticia de que el sargento Delgado había fallecido en el hospital; todo fue desconcierto y tristeza; esta vez la muerte nos había cobrado por antes haberle ganado en tantas lides y nos pasaba una factura bastante costosa. La impotencia y la frustración se reveló en nuestros rostros, pues habíamos perdido a un gran compañero y nada habíamos podido hacer por la vida del operario.

En ese mismo instante, llegó la esposa del obrero fallecido y la escena se tornó aún más dramática; la señora intentaba llegar ante el cuerpo de su esposo, mientras los compañeros le impedían el paso; el hijo menor, de tan solo tres años, inocentemente jugaba en el andén del frente y, en un descuido, los otros dos hijos adolescentes se lanzaron sobre el cuerpo de su padre.

Sentados sobre la defensa de uno de los carros, sin palabras, sin ánimos, sin moral, con los ojos rojos por el llanto y sin deseos de querer el retorno a la Estación, pasamos varios minutos; era evidente que no había ganas de nada; aun así, guardamos los equipos, subimos a los vehículos, en los que no se oyó una sola palabra, y, a un paso muy lento, retornamos a la Estación.

## II

Al día siguiente, una vez terminada mi jornada laboral, iba presuroso a casa con el fin de ponerme el uniforme de gala e ir a prestar guardia de honor ante el féretro del sargento Delgado; antes, nos reuniríamos a la Estación con varios compañeros, para llegar juntos al lugar donde se llevaba a cabo la velación. Hasta las once de la noche, estuvimos firmes, mientras los familiares, amigos y compañeros rezaban. Desde el lugar en el que estábamos, observábamos el llanto inconsolable de la esposa del sargento, de sus hijos y de nuestros compañeros, lo que nos obligaba a reprimir nuestros deseos de llorar, aunque algunas lágrimas se nos escapaban furtivas de vez en cuando.

A las honras fúnebres, a las que casi no puedo asistir, ya que mi jefe no quería darme permiso, por lo que me tocó dejar adelantando mucho trabajo, asistió un número significativo de bomberos, los oficiales, suboficiales y el personal administrativo. Para la entrada a la iglesia, los familiares se encargaron de llevar el cuerpo a paso lento, en medio de la calle de honor que le hicimos; de la sala de velación hasta la iglesia, el cuerpo del sargento Delgado se transportó en una máquina de bomberos, que llevaba las luces y la sirena encendidas para comandar el cortejo fúnebre.

Resultaron conmovedoras las palabras de uno de los hijos, antes de que el féretro saliera de la iglesia, tanto que irrumpimos en un llanto colectivo. A la salida del templo, nuevamente hicimos la calle de honor y el ataúd iría sobre una máquina de bomberos hasta el cementerio; antes, la caravana pasaría por el Cuartel lentamente; cuando la máquina se aproximara a la calle de la Estación, la sirena sonaría hasta que la caravana concluyera. Aquella sirena me recordaba las incontables salidas de la casa, o de la casa de mi abuelo, que también había sido bombero, para acudir a las emergencias, cuando el toque de sirena, en tiempos pasados, alertaba a los voluntarios para que llegáramos a apoyar en una emergencia; escuchar la sirena llevaba a que mi piel se erizara; esta vez ocurrió igual, aunque no pude contener el llanto.

Para la sepultura, formó el personal durante las palabras del sacerdote; el ataúd estaba listo para descender y uno de los oficiales pronunció unas palabras en honor al compañero caído; luego, cuatro bomberos tomaron la bandera de la institución, que cubría el féretro, y uno tomó el casco del sargento; la bandera se dobló con elegancia y entregó a la viuda, al igual que su casco; instantes después, un compañero, con su trompeta, daría el adiós al compañero; mientras la melodía sonaba, el cuerpo descendía lentamente; el personal estaba firme, pero más de uno rompió la formación para acercarse al ataúd y lanzar una flor, entre el desconsuelo general. Poco a poco, la tierra cubrió el féretro, en este doloroso adiós a un valiente compañero.

Hoy, el ulular de las sirenas no se ha oído para acudir a una emergencia, sino para rendir un homenaje a un héroe; esta vez no habría humo, no habría fuego, nadie clamaría por nuestra ayuda y relativamente pocos llorarían su ausencia. Nunca se había dejado llevar por intereses mezquinos y no conocía el significado del egoísmo. Abnegado, partía de este mundo para conformar las filas del glorioso ejército de Dios y viviría siempre en el corazón de las personas que había salvado y en el de sus seres queridos.

## AL BORDE DEL ABISMO

Con la llegada de los vientos, inicia la temporada de verano, si es que se le puede llamar así; por el cambio climático, los bosques y los pastos se secan e inicia la temporada de incendios forestales, fuegos que, en el noventa y nueve por ciento de los casos, los provoca el hombre. Aquel junio, se habían presentado varios incendios de ese tipo y la institución no daba abasto; por motivos laborales, no podía asistir a prestar servicio disponible y me llenaba de frustración el que no pudiera colaborar. Planeaba ir un sábado en la tarde a cumplir con el compromiso que varios años antes había adquirido con la ciudad y la institución; a muchos no les agrada salir a atender emergencias relacionadas con incendios forestales, porque se trata de un trabajo difícil, que requiere de buena condición física.

Llegado el día, almorcé y tomé una siesta, hasta la una y cuarenta y cinco de la tarde, para presentarme en el cuartel a las dos y quince; antes, había alistado mi equipo de protección personal y me había puesto el uniforme; parecía que me había preparado para un gran combate, pues el fuego resulta un rival difícil de vencer.

Una vez llegué a la Estación, que parecía abandonada, ya que solo estaba el guardia y un vehículo, me reporté a la central como unidad disponible, al igual que dos compañeros más; de inmediato, nos informaron que se atendía un incendio forestal de magnitud en un Corregimiento cercano, que se hallaba en nuestra jurisdicción; por tanto, nos ordenaban estar listos para salir, tan pronto llegara el transporte de las demás estaciones con el personal. Pasaron veinte minutos y embarcamos; éramos doce voluntarios, listos para la acción; estábamos a siete kilómetros del incidente, por lo que tardamos un poco en llegar. En el sitio, nos reportamos con el comandante del incidente, que me ordenó, por antigüedad, tomara el mando de una cuadrilla de ocho hombres; a los demás compañeros les asignaron otras tareas y el apoyo a otras cuadrillas.

El informe de la situación señalaba que el incendio avanzaba en dirección noroeste, por diferentes flancos; por eso, varios grupos se habían distribuido en la zona para combatir las llamas; por lo quebrado del terreno, resultaba difícil armar líneas de defensa, y lo cambiante del viento no permitía realizar contrafuegos; nos indicaron las rutas de evacuación y acceso y nos asignaron nuestra zona de trabajo, ladera abajo. Con herramientas en mano y revisado por el oficial de seguridad que todos tuviésemos nuestro equipo completo, nos dirigimos al sitio.

Sabíamos que los vientos eran cambiantes y que, si las llamas bajaban por la ladera, nos envolverían; era un riesgo que debíamos tomar, debíamos atacar las llamas de frente, mientras los otros equipos atacaban directamente otros flancos; el más peligroso se hallaba al borde de la montaña; aquella cuadrilla se exponía aún más, ya que no tendría más escapatoria que lanzarse al abismo, si el fuego retornaba. El combate era cuerpo a cuerpo, fuego *versus* bomberos; la radiación era tan fuerte, que sentíamos cómo nuestra piel se caldeaba, a pesar de tener la ropa de protección; la temperatura era sofocante y nuestras bocas se secaban constantemente; el incendio ya había consumido tres hectáreas y amenazaba con quemar unas quince casas, lo que había obligado a la evacuación de sus moradores; las llamas consumían todo lo que se les atravesaba en el camino a una velocidad impresionante; tenían más de dos metros de altura y el apoyo aéreo se había negado. Personal de otras instituciones arribaba a la zona, para apoyar en las labores de

extinción, pero la emergencia superaba nuestra capacidad de respuesta y el voraz incendio no daba tregua.

El trabajo era exigente, la situación parecía ir de mal en peor, los reportes no resultaban alentadores, ya que las cuadrillas, por más que se esforzaban, no obtenían buenos resultados; nosotros logramos liquidar un flanco y seguimos avanzando, ladera abajo; pidieron un reporte radial de las cuadrillas, respecto a la ubicación y los avances; la nuestra era la Cuadrilla dos: nos reportamos, mientras avanzábamos hacia otro foco; las demás se reportaron trabajando, menos una. La cuadrilla que se hallaba al borde de la montaña no se reportó, lo que constituía una situación atípica, ya que lo habían hecho minutos antes; el jefe operativo trataba de comunicarse con ellos por las diferentes frecuencias de radio, pero no lo había logrado; minutos antes, el viento había cambiado de dirección de manera súbita y, con él, también las llamas.



**Figura 9.** Rescate de compañero en emergencia.

Fuente: foto cortesía del Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Pasto.

Así, la orden fue clara: las cuadrillas cercanas a la Cuadrilla siete, deberían suspender el combate de las llamas y buscar a los compañeros; nosotros estábamos algo retirados al flanco al que nos dirigiáramos y no muy lejanos a la cuadrilla extraviada, por lo que nos encaminamos a buscar a los nuestros. Teníamos que volver colina arriba; pese al cansancio y al agotamiento, lo logramos en un par de minutos; mientras llegábamos a la cima, otra cuadrilla se reportó en el sitio donde la Cuadrilla siete se había reportado por última vez, sin encontrar rastro de nuestros hombres; el líder informó que iba a adelantar una inspección hacia el abismo, pues temía lo peor; al ver hacia el fondo, logró divisar el amarillo de los cascos y las camisas y, de inmediato, se activaron todos los procedimientos de rescate.

No iba a ser sencillo, pues, en el sitio, aún se corría el riesgo de que las llamas retornaran y nos abrasaran; eso justamente les había pasado a los compañeros: el cambio en la dirección del viento había emboscado a la cuadrilla, el fuego era abrasador, por lo que pensaron en retroceder hasta terreno abierto, para ponerse a salvo o llegar a la ruta de escape, pero les había resultado imposible y, sin más opciones, habían decidido bajar hacia el abismo, colgados de una cuerda que llevaba uno de los bomberos, la que habían anclado a un pino, con la mala fortuna que la cuerda tenía apenas unos diez metros y el lugar hasta donde habían bajado había cedido debido al peso acumulado de todos, por lo que habían caído sin control unos sesenta metros.

Para la operación de rescate, se requería que varias unidades se concentraran en el control de las llamas y otros bajaran al rescate, por lo que todo el personal de bomberos dejó de atender los flancos para apoyar en esas labores de rescate. Iniciamos con el descenso; tras los incesantes llamados, los compañeros caídos no respondían; a medida que bajábamos, se oían débiles lamentos de dolor; estaban uno encima del otro y uno de ellos estaba un poco más lejos, totalmente inmóvil; resultaba evidente que habían tratado de deslizarse por la pendiente y agarrarse de donde fuera posible, pero la gravedad había hecho de las suyas y cayeron abruptamente por el abismo; además, se notaba en su ropa que el fuego había estado muy cerca de ellos y logrado quemarlos.

Siempre va a ser complicado ver a los compañeros en esas situaciones y aún más establecer la valoración, para ver cuál de ellos estaba más grave, para evacuarlo en primer lugar. Todos estaban mal heridos, pero el compañero más alejado había sufrido las peores consecuencias; por supuesto, sería el primero al que evacuaríamos; una vez lo alcanzamos, lo pusimos boca arriba, con un movimiento en bloque y, de una vez, sobre la férula espinal larga, todo bajo el mando del control de cabeza; colocamos el inmovilizador cervical y, mientras le inmovilizábamos las extremidades fracturadas, se inició con el suministro de oxígeno; con posterioridad, empaquetamos e iniciamos el ascenso en la camilla de rescate, ascenso con el primer compañero, que me delegaron.

Abajo, se quedaban tres compañeros más, mientras que, por el otro sistema, descendían más bomberos para apoyar y evacuar lo más rápido posible a los demás compañeros. Mi ascenso era lento, ya que el compañero tenía un trauma craneo encefálico moderado y, por lo que pudimos evaluar, su columna se había comprometido; mis pies se apoyaban sobre la ladera y en mis muslos reposaba la camilla; podía dar unos pasos cortos y firmes, mientras me halaban hacia la cima; esos fueron unos momentos eternos. Tan pronto ascendimos, un conjunto de manos presurosas tomó la camilla y, en un parpadeo, el compañero se hallaba rumbo a un hospital.

Me ordenaron que tomara un descanso, mientras los compañeros que estaban abajo repetían el mismo procedimiento siete veces más. En el fondo del abismo, aún estaban nuestros compañeros inconscientes, por lo que se agilizaron las labores y, antes de caer la noche, se hallaban todos en un hospital, en lucha para que los atendieran, ya que se negaban a hacerlo debido a que no portaban un documento que los identificara. Nuestros oficiales tuvieron que contactar a las directivas de los centros asistenciales y participarles sobre lo que había sucedido, para que atendieran con prioridad a estos bomberos.

El incendio se controló al otro día y nuestros compañeros se recuperaban satisfactoriamente de sus heridas y lesiones; uno de ellos tardó varias semanas para que lo dieran de alta, mientras el resto, tres días después, ya estaban retornando con sus familias, para

recuperarse del todo en sus hogares. Uno de ellos decidió retirarse de la institución; los demás siguen como voluntarios y prestan aún sus servicios a la comunidad.

## EN LAS AMBULANCIAS

### I

Entre mis días de aspirante y hasta cuando llegué a ser bombero, durante varios años, se ha prestado el servicio de ambulancia; en ese entonces, se contaba con dos vehículos algo deteriorados, pero, aun así, cumplían con las especificaciones para ese fin; en un principio, nos llevaban como asistentes: pasábamos el botiquín, cortábamos el esparadrapo; en uno que otro caso, le poníamos gasa a un paciente para controlar una hemorragia y siempre ayudábamos a bajar y a subir la camilla y a hacer el aseo correspondiente.

Esta labor siempre ha sido ardua; los accidentes de tránsito constituyen el pan de cada día y las patologías no dan espera, además de que le colaborábamos a la comunidad con los transportes básicos. En los turnos, sobre todo los fines de semana y en fechas especiales, como el Día de la Madre, el trabajo se triplicaba: era subirse a la ambulancia a las ocho de la noche y amanecer en la prestación del servicio; en muy raras ocasiones, se presentaba la oportunidad de pasar por la Estación para que nos relevaran, ya que la cantidad de incidentes no lo permitía; sin embargo, resultaba grato llegar a casa o ir a trabajar con la satisfacción del deber cumplido.

Cuando ya obtuvimos nuestro grado, estábamos en la capacidad de atender un paciente de forma profesional; muchos habíamos realizado el Curso de atención prehospitalaria y terminábamos el de Asistentes de primeros auxilios avanzados, lo que se sumaba a la experiencia que nos daba el tiempo que habíamos permanecido como asistentes de ambulancia.

Así, nos hallábamos de turno un treinta y uno de diciembre; como de costumbre, el turno que me correspondió por sorteo, el que nadie quería tener, era el de las diez a la una de la mañana, ya que se pasaba el Año Nuevo en la Estación o en la ambulancia; aquella noche de fiesta, nos llevaron abundante comida, por lo que nos habíamos reunido en torno a la mesa general, para compartir con los compañeros; hasta las doce de la noche, todo parecía en calma; en esa época, a esa hora sonaba la sirena que anunciaba la llegada del Año Nuevo y era costumbre que, durante un minuto, se suspendiera el servicio de energía en la ciudad; con el fuerte ruido de la pólvora de fondo, debido a la quema de los Años Viejos, nos abrazábamos y deseábamos el Feliz Año.

Alcancé a saludar a dos amigos y sonó la alerta de ambulancia; no habían pasado quince segundos del nuevo año y los teléfonos de la central de comunicaciones se congestionaron de llamadas; el reporte hablaba sobre una persona herida por arma de fuego; estábamos listos, las ambulancias relucían y dejamos un línea de manguera conectada, para apagar los carros de recolección de la basura, que llegaban a la Estación con un incendio en el contenedor de residuos, debido a los restos ardientes de los años viejos.

El camino al sitio fue un tanto demorado, pues teníamos que esquivar los monigotes aún en llamas y tomar rutas alternas debido a los cierres de las calles, comunes, en esta época, debido, entre otras cosas, a la elaboración de las carrozas para el desfile del seis de enero; en el sitio, encontramos a un hombre de unos treinta años, inconsciente, con tres impactos de bala en el pecho; mientras lo estabilizábamos, un compañero bajaba la camilla; los signos vitales del paciente eran débiles y había perdido mucha sangre; la maniobra para

subirlo a la camilla y, luego, a la ambulancia fue rápida y, en pocos minutos, estábamos camino a un hospital.

Otra vez sorteamos los restos humeantes de los años viejos; era fuerte el ulular de nuestra sirena y el conductor mostraba su pericia al volante ante tanto obstáculo; nos esperaban en un Centro de atención de tercer nivel; al llegar, entramos directo a reanimación; nuestro paciente, en el camino, había sufrido un paro cardio-respiratorio y llegamos efectuando maniobras de reanimación; bajamos presurosos y les entregamos el señor a los médicos de urgencias, quienes continuaron con esas maniobras; debíamos esperar algunos minutos, mientras llenábamos los reportes de entrega del paciente y, además, debíamos asear con rapidez la ambulancia, ya que nos habían reportado otro caso, relacionado con un menor quemado por pólvora, al sur de la ciudad.

Mientras tanto, la otra ambulancia atendía un accidente de tránsito, en el que se habían involucrados tres vehículos y, en uno de ellos, habían quedado atrapadas dos personas. Cuando nos retirábamos del hospital, salieron los médicos de la sala de reanimación, cabizbajos y bastante exhaustos; lastimosamente, el señor había fallecido, pese a los esfuerzos adelantados en la tentativa de preservarle la vida, así que debíamos continuar; un compañero se había quedado en la ambulancia, para asearla, por lo que, cuando salimos, colaboramos con lo que faltaba y partimos para atender el otro caso reportado.

## II

Una vez más, encendimos las balizas y la sirena; esta vez atravesaríamos la ciudad de extremo a extremo para llegar al sitio; nos bajamos de la ambulancia y nos llevaron hasta una casa humilde, en la que encontramos a un niño de unos siete años, llorando; sus padres, en el intento de calmar el dolor y de ayudarlo, habían puesto sobre la pierna derecha varios trapos mojados; al retirarlos, notamos la gravedad de la herida: el tejido estaba expuesto, a tal punto que se notaba el hueso; era una quemadura bastante delicada, a la que le aplicamos unas gasas especiales, para cubrirla; en nuestra labor, no se nos permite suministrar medicamentos o realizar maniobras invasivas; formamos una silla humana y llevamos al menor hasta la ambulancia.

El Centro regulador de emergencia recibió nuestro reporte y nos remitió a una unidad especializada en ese tipo de lesiones; de nuevo, atravesaríamos la ciudad para llegar hasta ese Centro asistencial; en el camino, el padre nos contó que el niño llevaba unos “cuhetillos” en el bolsillo y una “papa” y, en un momento, mientras estaban quemando el año viejo, sintieron un fuerte estallido y el llanto del niño; pensaron que algún objeto había volado al explotar la pólvora, pero no se habían imaginado que el niño llevara esos objetos en su bolsillo.

Nuestra hipótesis planteó que la radiación de las llamas había llevado a que la pólvora se calentara hasta el punto de estallar; una vez en el Centro asistencial, llevamos al niño, en la camilla, hasta la sala de urgencias; una enfermera nos recibió y valoró al menor y, tras notar lo complicado de la lesión, llamó a un médico que, de inmediato, lo remitió a cirugía, por lo que lo llevamos al tercer piso, donde estaban los quirófanos; efectuamos el cambio de camilla y lo dejamos a cargo de una enfermera jefe y el padre; cuando salíamos, nos abordó un policía de infancia y adolescencia, que nos solicitó que lo pusiéramos al tanto de lo sucedido, para iniciar el proceso correspondiente.

Hasta ese momento, no teníamos reporte de otra emergencia y los compañeros de la otra ambulancia también retornaban a la Estación; parecía que eso iba a ser todo, de modo que alcanzamos a llegar a la Estación y, cuando reportábamos nuestro ingreso, los compañeros salieron a apagar un carro de basura; ambas tripulaciones bajamos de las ambulancias y nos dispusimos a asear, pero el trabajo apenas comenzaba.

### III

En medio de la labor de aseo, la Central reportó un accidente de tránsito y una persona quemada; a nosotros, nos despacharon hacia el accidente; esta vez, la emergencia era cerca de la Estación, por lo que arribamos rápido; bajamos, para evaluar la escena, y encontramos a dos adultos tendidos en el pavimento; su aliento exhalaba tufo alcohólico; habían colisionado contra un vehículo, que había del lugar, al haber invadido el carril contrario; uno de los pacientes parecía el conductor, que presentaba una fractura en la pierna izquierda, varias contusiones y se mostraba bastante adolorido; su compañero estaba inconsciente y la valoración arrojó un trauma craneoencefálico moderado.

La situación resultaba complicada debido a que la comunidad presionaba bastante para que los subiéramos a la ambulancia, sin tomar en cuenta que se deben atender los procedimientos adecuados para uno y otro paciente, además de que, en la ambulancia, solo se podía llevar a uno; para evitar problemas, nos las arreglamos para llevar a los dos adultos al hospital; en esta ocasión, no nos querían recibir a los pacientes, porque no portaban documentos y no los acompañaba un familiar, a pesar de que a nosotros nos había remitido hasta allí el Centro regulador de urgencias; era común este tipo de situaciones; a tanto insistir, nos recibieron, primero, al paciente inconsciente y, luego, al otro señor; claro está, ya habían pasado quince minutos desde nuestro arribo; ingresamos a los pacientes, recuperamos nuestras camillas y demás objetos y diligenciamos los reportes.

Justo cuando salíamos, llegaron los otros compañeros con un paciente que había perdido un dedo de la mano izquierda, tras explotarle un volador; por fortuna, él si cumplía con los requisitos para que lo recibieran, aunque se quedó en un pasillo, donde se hallaba un montón de personas con diversas lesiones, a la espera de que los atendieran; nosotros retornamos a la Estación y la otra ambulancia lo hizo minutos después; a esa hora ya eran las cinco y quince de la mañana y relevaron a las dos tripulaciones, por lo que nos fimos a descansar, mientras las ambulancias volvían a salir a atender otras emergencias.

A las siete de la mañana, cuando salí de la Estación, los vehículos aún no retornaban; una vez terminado el día, me entró la curiosidad por averiguar cuántas atenciones se habían efectuado entre el treinta y uno de diciembre y el primero de enero: la cifra era bastante alta, pues se reportaba un total de treinta y cinco casos atendidos, de los cuales dieciocho relacionados con quemaduras por pólvora, diez con accidentes de tránsito y el resto debido a riñas, patologías y otros casos.

### IV

Por lo general, nuestros turnos los pasábamos en la ambulancia, aunque, en ese entonces, la ciudad no era tan grande y no se presentaban a menudo otros incidentes, como incendios o rescates; la mayoría de casos se referían a accidentes de tránsito; a muchos nos apasionaba el tema, a otros no tanto, ya que no resultan agradables los insultos de la gente o

los intentos de agresión; en escena, aparecen muchos enfermeros, paramédicos y médicos, pero nadie hace nada por colaborar; es más, muchos se limitan a grabar con sus teléfonos, pero, como todo se relaciona con manejo, recuerdo tanto aquella ocasión en que nos llamaron a atender un caso en la Terminal de Transportes.

Cuando llegamos, nos recibió una joven bastante angustiada, porque su abuelita no despertaba; la señora se había acostado en dos sillas de uno de los pasillos, mientras esperaba que su nieta comprara los tiquetes, pero jamás despertó; tomamos sus signos vitales, pero estaban ausentes, por lo que no iba a ser sencillo decirle a la joven que su abuela había muerto, pero debíamos hacerlo, así que me aproximé a ella y, con la voz entrecortada, solo acerté a decirle que lo sentía mucho, que la señora había fallecido; en ese instante, ella me abrazó y empezó a llorar; una monja se acercó para preguntar por lo sucedido; mi compañero la puso al tanto de lo que pasaba y ella, sin pensarlo dos veces, empezó a decirnos que éramos unos insensibles, que no teníamos corazón, porque no llevábamos a la anciana a la ambulancia.

Al oír esas palabras, lo único que se me ocurrió fue cubrirle a la abuelita el rostro y aislar la escena; me alejé de la joven y tomé una chaqueta para hacerlo; nunca voy a olvidar aquella cara serena, aquella sonrisa eterna, que revelaba paz; le pedí a mi compañero que fuera hasta la oficina de la policía y que solicitara su presencia en el lugar y que, además, llamaran al personal judicial para efectuar el levantamiento; una vez llegaron, entregamos la escena y nos fuimos, no sin antes informarle a la monja que, debido a protocolos, no podíamos mover el cuerpo de la anciana y mucho menos subir a la ambulancia muertos, pero ella siguió refunfuñando.

## V

Nos reportamos a la Central de comunicaciones para informar que estábamos libres y que retornábamos a la Estación, pero el radio operador nos remitió a otro lugar, por lo que tomamos rumbo a la salida al sur; una máquina se hallaba en el sitio, pero no contaba con los elementos de primeros auxilios como ahora, cuando a los vehículos se los ha dotado con todo lo necesario; el reporte inicial informaba que un vehículo que transportaba cilindros de gas estaba en llamas, pero se trataba de un accidente de tránsito, en el que se hallaba involucrado un vehículo con esas características; los compañeros buscaban la forma de improvisar una camilla y, como fuera, estabilizar a un paciente.

A nuestra llegada, un compañero se encontraba con el paciente; el señor presentaba una evisceración, que pasaba en diagonal desde el abdomen medio hasta la parte genital; realizamos el procedimiento para tratar esa herida, subimos al paciente en la camilla rígida y, luego, a la otra camilla para ubicarlo en la ambulancia y tomar rumbo al hospital; el pulso del señor se debilitaba paulatinamente y, en muy poco tiempo, su corazón se detuvo, por lo que iniciamos las maniobras de reanimación y activamos el código de paro en el hospital, para que nos recibieran de inmediato; entre los compañeros, nos turnamos para dar las compresiones y las ventilaciones durante los cinco minutos que tardamos en llegar a urgencias.

En la puerta, había dos médicos y una enfermera pendientes; cuando descendimos de la ambulancia, uno de los médicos movió la cabeza para decir que no, que ya no se podía hacer nada, y nos remitió directo a la morgue; en ese trayecto, continuamos con las maniobras, pero no lo pudimos reanimar; cuando salíamos de la morgue, llegaron los

compañeros en la máquina de bomberos y atrás, en una camioneta, un señor, que decía ser el supervisor de los vehículos de gas, quien decía que el difunto llevaba en la conducción más de veinticuatro horas y que había hecho caso omiso a la orden de ir a descansar, por lo que de seguro se había quedado dormido en la vía y había colisionado su carro contra otro vehículo similar, que transportaba pollos; la cabina había impactado de costado contra el armazón de tubos del otro vehículo y terminado con parte del chasis dañado, con la puerta derecha totalmente destruida, la misma que había cortado al paciente, de tal manera que le costó la vida. Nuestra salida de la morgue demoró un poco, mientras llenábamos los reportes y hacíamos la entrega del cadáver.

Aquel no había sido nuestro día, por lo que retornamos a la Estación y decidí irme a casa; esta vez no existía la sensación de satisfacción; más bien, una sensación de impotencia y frustración, pues aquellas imágenes del encuentro con la muerte aún las llevo marcadas en mi memoria; en un principio, el recuerdo era recurrente y, con el pasar del tiempo, las he olvidado, pero la vida es irónica, ya que, una semana después, volví a prestar turno, esta vez entre semana.

## VI

Cuando llegué a la Estación, todos los carros estaban ahí; según los compañeros, el día había transcurrido en calma, con un par de salidas, pero nada fuera de lo común, por lo que esperábamos una noche igual. Mientras estábamos en la Estación, recolectamos dinero entre todos y fuimos a comprar el pan, la leche, el queso y el chocolate, preparamos todo y compartimos un momento agradable, entre charlas y risas; antes de irnos a descansar, alisté mi traje; había olvidado hacerlo tan pronto llegué, como era costumbre; entré al alojamiento, traté de no hacer mucho ruido y me acosté, pues iba a hacer el turno de guardia desde las tres hasta las seis de la mañana, por lo que trataría de dormir hasta esa hora.

A las dos de la mañana, sonó el timbre; luego, el guardia nos dio la dirección del sitio en el que solicitaban la ambulancia y, además, nos informó sobre una persona herida con arma de fuego. Una vez en el sitio, descendimos de la ambulancia y procedimos a evaluar al paciente, que se encontraba boca abajo sobre un charco de sangre y no respondía; al realizar la valoración inicial, encontramos dos impactos de bala más abajo del omoplato derecho que, al parecer, le habían propinado por robarle la moto; realizamos el procedimiento para ese caso y, cuando cortamos la camisa, para contener las hemorragias, la sangre empezó a saltar cada vez que el corazón palpitaba y nos salpicaba el uniforme; una de las balas había dañado una arteria y el individuo perdía sangre rápidamente; una vez estabilizamos al paciente, lo subimos a la ambulancia y nos dirigimos al hospital más cercano; cuando llegamos, el paciente colapsó; entramos directo a la Sala de reanimación para iniciar con las maniobras pertinentes.

Mientras nosotros hacíamos nuestro trabajo, los médicos y enfermeras canalizaron al paciente y aplicaron medicamentos, hasta estar listos para iniciar el procedimiento con el desfibrilador; nos retiramos y el médico dio la primera descarga, que no surtió efecto; de inmediato, dio la segunda, pero tampoco obtuvo resultados, pero, con la tercera, los signos vitales volvieron, así que aplicaron otros medicamentos y lograron reanimarlo; salimos de la sala y los médicos y las enfermeras nos agradecieron y felicitaron por el trabajo realizado; cuando íbamos a salir, dos policías nos abordaron para preguntarnos sobre el

caso; resulta que la persona herida era un policía, que se dirigía a casa después de su turno, por lo que nos sometieron a una averiguación bastante larga; una vez diligenciados los documentos, nos reportamos a la Central, para informar que estábamos fuera de servicio; la ambulancia se hallaba llena de sangre y se requería un aseo exhaustivo, al igual que nosotros debíamos cambiarnos de uniforme, para volver a salir. Una vez en la Estación, realizamos el aseo y nos cambiamos; esa era la única ambulancia en servicio, ya que la otra se encontraba en el taller, así que la asepsia se adelantó con rapidez, para estar disponibles en caso de que surgiera otra emergencia.

## VII

Eran las cuatro y trece minutos y, una vez más, requirieron del servicio; estaba de guardia por lo que recibí la llamada que alertaba sobre un accidente de tránsito entre un carro y una moto, en una avenida; uno de los compañeros, al que no le agradaba mucho el tema de la atención prehospitalaria, se ofreció a quedarse en mi reemplazo, mientras me hacía cargo de la emergencia; en el lugar de los hechos, encontramos a una persona tendida en la vía, con gestos de mucho dolor debido a su pierna izquierda; en efecto, al valorarlo, pudimos constatar que se trataba de una fractura expuesta en la tibia, además de varios golpes en la cabeza y el pecho; le inmovilizamos la extremidad y colocamos el inmovilizador cervical; luego, lo subimos a la férula espinal larga y a la ambulancia; en el camino al Centro asistencial, el señor, que iba más calmado y aliviado, nos contó que el carro venía sin luces y que no lo vio, por lo que salió a la avenida para seguir su camino y solo sintió el pito del automóvil y el impacto. En el Centro asistencial, al que nos remitieron, nos informaron que no disponían de camas, así que nos enviaron a otro; allí nos dijeron que no recibían pacientes por accidentes de tránsito y, una vez más, nos remitieron a otro, en el que finalmente nos recibieron; ya teníamos afán, debido a que la tripulación de la ambulancia la integraban voluntarios y debíamos ir a nuestros trabajos; entre un Centro y otro había amanecido; retornamos a la Estación, nos duchamos, desayunamos y cada quien partió para atender sus labores cotidianas.

## VIII

El viernes de esa misma semana, en la noche, volví a prestar servicio; cuando llegué a la Estación, las ambulancias no estaban, lo que mostraba que iba a ser un turno movido; como de costumbre, alisté el traje, verifiqué que tuviera mi equipo de protección personal y me quedé en la guardia; por radio oía que los compañeros estaban de un lado a otro para atender emergencias y que, pronto, una de las tripulaciones pasaría por la Estación para el relevo. Tardaron una hora en retornar y era mi turno; hay mucha responsabilidad cuando se es el más antiguo de la tripulación, porque se asume el mando; sin embargo, ya tenía experiencia en comandar la ambulancia, además de que el tema me apasionaba.

Subí adelante, junto al conductor, y otros dos compañeros iban atrás; nuestra misión consistía en atender un caso de riña, en el que una o más personas estaban lesionadas; arribamos al sitio, un sector deprimido de la ciudad, donde la pelea continuaba y la policía intentaba calmar los ánimos; era complicado, porque varias personas se agredían con armas blancas y lanzaban cualquier objeto que se les cruzaba en el camino; una botella estuvo a punto de impactar el parabrisas, justo cuando buscábamos un lugar seguro para

estacionarnos; la situación iba a tornarse complicada; de un bando y otro, varias personas se hallaban tendidas en el piso y sus amigos trataban de auxiliarlos; nosotros nada podíamos hacer, hasta cuando no se detuviera la pelea; mientras llegaban refuerzos de la policía, pensaba qué íbamos a hacer, ya que podía observar que varias personas estaban heridas, pero la situación se planteó sola.

De repente, y cuando todos se dispersaban, llegaron, por atrás de nosotros, dos jóvenes, que cargaban a otro, inconsciente y cubierto de sangre; lo subimos en la ambulancia y lo valoramos: varias heridas avulsivas en la espalda, un golpe contundente en la cabeza y una leve herida en el pecho fue lo que descubrimos; el muchacho estaba delicado, por lo que raudos partimos del sitio hacia un Centro de Salud, en que nos esperaban; al bajar al paciente para entrar a urgencias, empezamos a oír varios golpes sobre la ambulancia y, luego, vimos cómo una lluvia de piedras caía sobre nosotros; sin más opción, entramos nuevamente a la ambulancia para resguardarnos del ataque; varias personas, a unos veinte metros de distancia, nos insultaban e intentaban agredirnos; sin otra alternativa, el conductor dio reversa y salió del sitio; reportamos la situación a la policía y pedimos al Centro regulador de emergencias que nos asignara otro hospital o Centro de Salud para llevar al herido.

Tuvimos que esperar varios minutos para que nos dijeran a dónde podíamos ir; mientras tanto, buscamos un lugar seguro para estacionarnos, en la confianza en que los agresores no nos encontrarán; mientras tanto, el paciente empezaba a entrar en estado crítico y los dos acompañantes empezaban a ofuscarse con nosotros, porque no nos movíamos; al cabo de unos minutos, nos remitieron a un hospital cercano a nuestra ubicación, en el que, al fin, pudimos entregar al joven mal herido. Por fortuna, ninguno de nosotros resultó lesionado, aunque la ambulancia presentaba algunas abolladuras en el techo, que reportamos a la Central, aunque eso no constituía un impedimento para que nos enviaran a atender otra emergencia.

## IX

Esta vez se trataba de una anciana, que había caído de su propia altura y sufrido una fractura de cadera; actuamos con rapidez y nos dispusimos a bajarla, desde el tercer piso de un viejo inquilinato; lo complicado era el reducido espacio de que disponíamos para movernos, sobre todo por las estrechas y viejas escaleras; la maniobra tardó varios minutos y, luego, pudimos tomar nuestro rumbo al Centro asistencial; en el camino, el conductor detectó un ruido extraño en el motor del vehículo, pese a lo cual continuamos hacia nuestro destino, pero, a una cuadra y media antes de llegar, la ambulancia se apagó y no quiso volver a prender; para llegar al hospital, debíamos atravesar una intersección, por lo que uno de los compañeros se bajó para detener el tráfico; mientras nosotros podíamos bajar la camilla, con nuestro paciente a bordo, empujamos la ambulancia la cuadra y media hasta llegar a la entrada de urgencias.

En el ínterin entregamos a nuestro paciente, mientras el conductor intentaba solucionar el percance mecánico, pero el daño era complicado y la situación se le salía de las manos, lo que nos obligó a que reportáramos la situación y esperar a que nos recogieran y remolcaran la ambulancia hasta la Estación; ahora, la otra tripulación iba a tener que redoblar su trabajo; por fortuna, a las tres de la mañana retornaron a la Estación, ya que no se habían presentado otras llamadas de emergencia.

## X

En la Estación, distribuimos el personal, en caso de tener que salir nuevamente; a las cuatro y cuarenta sonó el timbre y salimos otra vez; en esta ocasión, íbamos por una mujer en trabajo de parto, que se encontraba en un Corregimiento a unos quince minutos de la ciudad; en el camino, un grupo de personas se nos atravesó y, por poco, las arrollamos; nos obligaron a detener la marcha y nos pidieron que revisáramos a un señor, que se encontraba acostado en su cama y que no reaccionaba; al adelantar la valoración, pudimos constatar que no mostraba signos vitales y que, al parecer, había fallecido hacía varios minutos, lo que podía colegirse por la ausencia de temperatura corporal y su piel pálida; en medio del afán por ir a atender el otro caso, me correspondió darles la infausta noticia y partir hacia el destino inicial; en la repentina parada, habían pasado varios minutos y, cuando llegamos al sitio de destino, la señora ya se encontraba en parto expulsivo, por lo que nos alistamos para recibir al bebé; adecuamos la cama en que se encontraba y, en pocos minutos, ya teníamos al recién nacido en nuestros brazos; ese fue el primer bebé que recibíamos; debido al entrenamiento y la capacitación, todo salió bien y, luego, pudimos dejar a la madre y al bebé en el hospital sin ninguna complicación, para culminar con esa gran experiencia nuestro turno, ya que retornamos a la Estación a las seis y cincuenta de la mañana, una buena hora para alistarnos y dirigirnos a nuestros trabajos cotidianos.

## XI

En la tarde de ese sábado se había programado una capacitación con el personal, por lo que a las cuatro nos reunimos, para tener todo listo e iniciar puntualmente a las seis; era una capacitación sobre primeros auxilios, que teníamos previsto duraría una hora y media; la sesión se llevó a cabo sin contratiempos y terminamos conforme lo habíamos planeado; a las siete y treinta, cuando el personal se retiraba y nosotros guardábamos los implementos utilizados y dejábamos en orden el aula, se oyó una fuerte explosión; todos dejamos lo que estábamos haciendo y bajamos al salón de máquinas, atentos a cualquier requerimiento; un minuto después, la Central requirió de una máquina extintora, con el apoyo de un carro tanque; salieron los vehículos y me quedé en la Estación, presto a apoyar a los compañeros; un tiempo más tarde de la salida de los compañeros, solicitaron las ambulancias, por lo que abordamos de inmediato y nos dirigimos al sitio; en el camino, sobrepasamos a los otros vehículos y llegamos primero al lugar de la explosión.

La escena era escalofriante; estábamos en una sede universitaria, en la que un grupo de jóvenes preparaban una serie de artefactos explosivos para una manifestación; al parecer, la inadecuada manipulación de uno provocó la emergencia; era una caseta improvisada, de esas que arman en las construcciones para almacenar materiales, que no dejaba de arder; en las afueras, varios muchachos mal heridos, de los que nos hicimos cargo las ambulancias; se necesitó el apoyo de las ambulancias del municipio; nosotros atendimos a un muchacho que presentaba amputación de la mano derecha y varias quemaduras de segundo grado del abdomen hacia arriba; lo encontramos sentado, casi al lado de la casa en llamas, mientras los otros compañeros asistían a una señorita, que presentaba trauma craneoencefálico de segundo grado y estaba inconsciente, entretanto las demás tripulaciones de ambulancia valoraban a otros pacientes.

En algunos casos, se efectuó lo pertinente en el sitio y en otros se requirió el transporte a un hospital: hubo un total de nueve heridos, seis de ellos de gravedad, trasladados; el control de las llamas tardó menos de una hora y el hecho ya era noticia en todos los medios locales; a nosotros, nos ordenaron volver al sitio, para estar pendientes de los nuestros y de cualquier otro requerimiento; resultó complicado ingresar de nuevo, ya que el sitio lo había acordonado la policía y muchos curiosos bloqueaban las calles con sus vehículos, lo que generaba un gran trancón; cuando logramos entrar, los compañeros ya habían apagado las llamas y enfriaban los escombros; en esos momentos, unos funcionarios de la Fiscalía y personal policial solicitaron el acompañamiento para la recolección de evidencias y, de paso, nos informaban que uno de los jóvenes había fallecido; mientras se adelantaba el procedimiento respectivo, retornábamos a la Estación junto con el carro tanque; los compañeros de la otra máquina lo harían una hora después, cuando el reloj marcaba las once y diez de la noche, pero a esa hora ya estaba en mi casa, dispuesto a descansar. Días después de lo ocurrido, a todo el personal que había acudido a esta emergencia lo citaron para que rindiera declaraciones ante la Fiscalía; la situación resultaba algo incómoda, ya que uno a uno nos preguntaron cuál había sido nuestra actuación y cómo habíamos encontrado el lugar de los hechos; las preguntas las hacían varios expertos en el tema, que trataban de encontrar algún vacío en nuestros procedimientos, por lo que nos acompañó siempre un abogado; por fortuna, el personal que había atendido la emergencia estaba muy bien capacitado y había actuado de la mejor manera, sin que se presentaran inconsistencias y sin que se diera lugar a un proceso legal, por impericia, imprudencia o negligencia; respecto al lugar donde se había presentado el hecho, la sede de aquella universidad mantuvo cerradas sus puertas durante cuatro días.

## XII

Una semana después de esa emergencia, andaba nuevamente en la ambulancia; esta vez, me encontraba de pasada por la Estación y solicitaron el servicio; en vista de que el personal estaba escaso, me puse el uniforme y salí con mis compañeros a transportar una señora desde su casa hasta el hospital; era algo simple para nosotros y que no iba llevar mucho tiempo; mientras rodábamos por las calles de la ciudad, veía muchas sedes políticas repletas de gente; faltaba una semana para las elecciones presidenciales y había mucho movimiento, a pesar de que ya eran las siete de la noche, hora en la que cerraban; dejamos a nuestro paciente en el hospital y, de regreso, efectivamente la mayoría de las sedes habían cerrado; a dos cuadras de llegar a la Estación, nos reportaron un accidente de tránsito, al que acudimos, pero solo se trataba de daños materiales y no se presentaban heridos, por lo que nos retiramos del sitio tan pronto se presentaron los agentes del tránsito.

El tiempo transcurría, pensaba en algunos pendientes para el otro día y esperaba que, esta vez, retornáramos al Cuartel, pero, cuando uno más afán tiene, siempre salen otras emergencias y esta vez era algo compleja, ya que en una de las sedes mencionadas había explotado un artefacto y dejado varias personas heridas; estábamos retirados del sitio, por lo que no habíamos oído nada; nos tomó cinco minutos llegar al lugar del incidente; tras de nosotros, llegaron los compañeros en la otra ambulancia y, a lo lejos, se oían las sirenas de los demás vehículos de bomberos y policía que acudían; el explosivo lo habían colocado al frente de la sede, que a esa hora se hallaba vacía; sin embargo, esa era una vía bastante transitada, por lo que varias personas habían resultado heridas; atendimos a un vendedor de

revistas, que tenía su puesto junto a la sede y que, al parecer, se disponía a levantar su negocio, cuando todo había pasado; el señor estaba inconsciente, con su ropa quemada y maltrecha; de sus oídos manaba sangre y había perdido sus zapatos; la onda explosiva lo había lanzado a metro y medio de la acera; una esquirla se le había incrustado en la pierna derecha y otra en el cuello; el hombre se desangraba rápidamente y resultaba difícil contener las hemorragias; actuamos con la mayor celeridad posible y lo propio hizo el conductor de la ambulancia; logramos llegar al hospital con el vendedor vivo, pero en muy malas condiciones; los médicos trataron de hacer todo lo humanamente posible, pero minutos más tarde falleció.

Lo mismo había ocurrido con una joven que transitaba por ese sector; a ella la habían atendido los compañeros de la otra ambulancia, a quienes les ayudamos a ingresar hasta la sala de urgencias y, de ahí, hasta reanimación, donde tampoco nada pudieron hacer los galenos; la Central nos recomendaba que se efectuara un aseo rápido y se volviera al lugar, ya que faltaba atender a otros heridos; así lo hicimos; ambas tripulaciones colaboramos para salir con rapidez; cuando llegamos, la policía tenía acordonado el sitio y no permitían la entrada a nadie al lugar, mientras los expertos descartaban la presencia de otro artefacto, que desactivaron varios minutos después y que, por fortuna, no explotó mientras atendimos a los heridos; tan pronto nos permitieron acercarnos, valoramos a dos adultos, de aproximadamente cuarenta años: uno estaba muerto y el otro en delicado estado de salud; más allá, otra señora, inconsciente, aunque sus signos vitales se mostraban estables; cada tripulación atendió a un paciente y efectuó el respectivo traslado al hospital, mientras la policía se encargaba del levantamiento de los cadáveres y los compañeros que habían llegado en el carro extintor, verificaban el estado de las viviendas y negocios aledaños y, por supuesto, que no hubiera más personas heridas en el interior; el trágico saldo fue de cuatro personas muertas y seis heridos, de los cuales dos se debatían entre la vida y la muerte, y un total de ocho viviendas y dos negocios afectados. A las doce y treinta de la madrugada del otro día llegué a casa, para terminar algunos trabajos pendientes; a las cuatro de la mañana, me acosté, para despertarme a las seis y treinta a culminar lo que faltaba y a las ocho entregar esos trabajos.

Con las emergencias que habíamos atendido en las ambulancias, pudimos llevar a la práctica los conocimientos adquiridos y aprendimos a manejar situaciones difíciles, bajo presión; a pesar de que, a veces, la muerte nos ganaba algunas lides, había quedado la satisfacción de haber salvado algunas vidas. Luego, con la implementación de una nueva ley, ese servicio dejó de ser misional para los cuerpos de bomberos; aunque en la actualidad muchos siguieran prestando el servicio, nuestra institución entregó los vehículos, que se hallaban en comodato, a la alcaldía, para que ellos los administrasen y prestasen ese servicio a la comunidad, lo que para la institución bomberil representó un alivio económico, ya que los vehículos demandaban muchos gastos y no dejaban ingresos, lo que posibilitó que, meses después, se iniciara un plan de modernización del parque automotor, al igual que se pudieron adquirir nuevos equipos y capacitar aún más al personal; lo único que extrañamos algunos son las experiencias que vivimos al prestar ese servicio.

## CON EL AGUA AL CUELLO

### 1

Finalizaba el quinto semestre de estudios universitarios, se acercaba el fin de año; por lo general, es la época de invierno, en la que la lluvia no cesa y el frío es el principal protagonista; había llovido una semana y ya se suscitaban las primeras inundaciones; eran emergencias pequeñas, que fácilmente se controlaban con las motobombas y que no causaban estragos; dedicado a estudiar para las pruebas finales, estaba alejado del cuartel, aunque mantenía constante comunicación con la Central para estar al tanto de lo que ocurría durante esos días.

Una vez culminado el semestre y aprobadas todas las materias, volví a la Estación a prestar servicio; la idea era ir durante el día y volver a casa en la noche; durante la mañana realizamos unas prácticas con cuerdas, le hicimos mantenimiento a las motobombas y pudimos hacer el almuerzo con tranquilidad; los días nublados y lluviosos suelen ser más tranquilos; en la tarde, atendimos un accidente de tránsito, en el que un motociclista perdió el control de su vehículo, al parecer por exceso de velocidad, para impactar violentamente contra un carro; a nuestro arribo, la lluvia se intensificaba y el conductor de la moto estaba al lado de la calle, por la que pasaba un riachuelo, empapado, inconsciente, con una pierna fracturada, con varios golpes en el cuerpo y con síntomas de hipotermia; lo trasladamos a un hospital con prontitud; en nuestro trayecto, notamos cómo la lluvia era aún más fuerte y, en algunas calles, ya se formaban pequeños arroyos y se desató una tormenta eléctrica; estaba cercana la noche cuando llegamos a la Estación; preparamos una bebida caliente y observábamos el chorro de tubo de desagüe, que caía desde el balcón hasta la calle; los bomberos antiguos nos comentaban que si el chorro superaba una raya que habían trazado, se presentarían inundaciones; veíamos con algo de escepticismo cómo el chorro estaba a escasos centímetros de superar el límite, mientras tomábamos el agua de panela; todo estaba en calma.

Pasaron varios minutos y una granizada cubrió de blanco las calles; ese tipo de fenómenos es raro; mientras contemplábamos la caída de los pequeños trozos de hielo, me di cuenta que el chorro había superado el límite con bastante distancia y, hasta ese momento, no se había presentado ningún reporte de inundaciones, pero no tardaría en sonar el teléfono de la guardia, en que nos reportaban que la Plaza de Mercado, al sur de la ciudad, se estaba inundando; subimos al vehículo y nos desplazamos al lugar, sin imaginar la magnitud de la emergencia.

Cuando llegamos, el agua superaba el metro de altura; la Plaza estaba totalmente anegada y el trabajo con las motobombas era inoficioso, ya que los sumideros se habían rebosado; de repente, se nos acercó una señora y nos solicitó que le ayudáramos a sacar unos pollos y unos perros, que tenía para la venta; nos dio la ubicación del puesto y, armados de barras y cizallas, prácticamente nadamos hasta llegar al sitio; empezamos a retirar los guacales de pollos, que estaban a la vista y a salvo, pero, lastimosamente, los perros que estaban en la parte baja y otros pollos ya se habían ahogado; se me oprimió el corazón al saber que eran doce cachorros y medio centenar de pollos, que la señora tenía para la venta, los que habían muerto y nada pudimos hacer.

Así, decidimos realizar un recorrido por la Plaza, en busca de más animales en la misma situación; teníamos que desplazarnos con cautela; con las barras, examinábamos que en el suelo no hubiera alguna alcantarilla sin tapa, ya que, en otras ocasiones, algunos habíamos caído en esa trampa; avanzábamos con el cuidado del caso y, varios metros más adelante, oímos más pollos y, aún más lejos, el aullido de varios perros, por lo que decidimos que nos dividiríamos: dos compañeros se encargarían de los pollos y los otros dos nos íbamos por los perros; mientras los primeros empezaron a sacar los guacales con los pollos, nosotros pensábamos en la mejor forma de sacar a los ocho perros que habíamos encontrado de forma rápida, ya que si salíamos con unos, al volver los demás se habrían ahogado, puesto que el nivel del agua seguía subiendo.

De modo que decidimos que íbamos a tomar dos cachorros cada uno y liberar a los otros cuatro, confiados en que, por instinto, nadaran tras de nosotros, pero, para ello, con las cuerdas que llevábamos les improvisamos unos collares; la estrategia resultó y, lentamente, empezamos a salir; en el camino, encontramos a socorristas de otras instituciones, quienes nos ayudaron a retirar a los caninos sanos y salvos. Una vez logrado ese objetivo, volvimos, para terminar el barrido de la Plaza, prácticamente con el agua al cuello; así, encontraríamos más animales ahogados; no pudimos rescatar a ningún otro con vida; la labor tomó una hora y, cuando salimos, la Plaza parecía una laguna.



**Figura 10.** El último recurso para llegar a viviendas afectadas.

Fuente: foto cortesía de *Diario del Sur*.

Empapados totalmente y tiritando de frío, nos reportamos a la Central para informar sobre las acciones realizadas y la situación en el momento; por lo pronto, no podíamos hacer más, la lluvia no cesaba y recién arribaban los operarios de la Empresa de Acueducto y

Alcantarillado, para empezar a lograr que el agua corriera; el radioperador nos solicitó que esperáramos en el sitio, ya que otro vehículo arribaba a nuestro punto para apoyarnos, por lo que nos quedamos cinco minutos en el carro, tratando de abrigarnos con la calefacción; cuando llegó el apoyo, le dimos parte al oficial, que nos refirió que, en varios puntos de la ciudad, se presentaban tres emergencias por inundaciones, dos de ellas de mayor magnitud que la de la Plaza, por lo que nos ordenó que retornásemos a la Estación para cambiarnos y abrigarnos; sin embargo, estábamos dispuestos a seguir trabajando, por lo que le solicitamos al oficial que reconsiderase su orden y nos asignara otra misión; en un principio, el teniente lo dudó, pero, en vista de que el personal estaba escaso, nos envió a un barrio ubicado a quince cuadras del punto donde estábamos.

Llegamos al lugar asignado, dejamos el carro dos cuadras antes y caminamos; en la escena trabajan tres compañeros en la lancha y la comunidad había inflado varios neumáticos, que utilizaban como flotadores; el agua cubría por completo los primeros pisos de las viviendas, por lo que nuestra misión era tratar de rescatar a las personas atrapadas; un señor nos ofreció otros neumáticos, para que pudiéramos lograr nuestro objetivo; si bien la idea inicial era trabajar por relevos, con los flotadores lograríamos evacuar a las personas en menor tiempo y apoyaríamos a los compañeros de la lancha; estábamos empapados, la lluvia empezaba a mermar su intensidad y faltaban treinta y cinco viviendas por evacuar, por lo que no dudamos un segundo en trabajar con los flotadores; el compañero que subió en apoyo a la lancha, también tomó un flotador; la idea consistía en desplazarnos aferrados de la lancha hasta las viviendas y empezar a evacuar a dos familias en cada viaje.

El proceso de evacuación empezó a ser más rápido y, poco a poco, logramos poner a salvo a varias personas; con el paso del tiempo, logramos nuestro cometido; lo curioso del caso era que, en el sitio, solo trabajamos los bomberos en la evacuación de los afectados, y nos apoyaban ocho rescatistas de otras instituciones de socorro, quienes recibían a las personas para registrarlas y mantenerlas bajo unas cuantas carpas, que la Oficina de Gestión del Riesgo había puesto a disposición y, en el sitio, se hallaban cuatro carros de policía, con veinte agentes, para custodiar todo un barrio; por lo general, en ese tipo de emergencias suele haber bastante personal de muchas instituciones; la incógnita respecto a dónde estaban los demás socorristas se despejaría después.

## 2

Reportamos a la Central la finalización de nuestras labores; en ese instante, el radio operador nos ordenó retornar a la Estación para que descansáramos, nos cambiáramos de ropa y nos abrigáramos; si decidíamos seguir en servicio, nos dirigiríamos al sector norte de la ciudad, a uno de los barrios más conocidos, porque en él vivían personas de la alta sociedad y de estrato cinco, el mismo que parecía una nueva Venecia; claro que las aguas no eran claras y no habían góndolas, sino un montón de lanchas, que habían prestado el ejército y la policía, para ayudar a los afectados; a nuestro arribo al sitio, notamos la gran cantidad de soldados, policías, socorristas de otras instituciones y varias cuadrillas de acueducto y alcantarillado, dispuestos para trabajar; esta vez no improvisamos nada; estaba claro que ayudaríamos a salir a las personas en las lanchas, que también sacaban gran cantidad de enseres y electrodomésticos; ya faltaban pocas familias por salir; nosotros ayudamos a tres; después, nos asignaron para que fuéramos a trabajar con las motobombas, para empezar a sacar el agua de las viviendas y, cuando amaneció, nos relevaron; por

supuesto, los medios locales se enfocaron en transmitir desde ese punto y olvidaron lo que había sucedido en la Plaza de Mercado y en el otro barrio.

Por esos días, la Empresa de acueducto y alcantarillado culminó los trabajos del colector de aguas negras en el sector de la Plaza de Mercado y empezaron con la limpieza de los sumideros en varios sectores de la ciudad, con el fin de prevenir que se produjeran nuevas inundaciones; con lo que no contábamos era con que, seis días después de las estas emergencias, iba a caer otro torrencial aguacero durante una hora; la cantidad de agua que caía era impresionante; esa tarde me hallaba en mi casa y mantenía contacto con la Central para estar atento a cualquier emergencia; aquella vez no se inundaron los mismos sectores, pero, en total, resultaron inundados treinta y dos barrios; tan pronto como calmó el aguacero, bajé a la Estación y apenas llegué embarcamos las ocho unidades que habíamos podido acudir a prestar servicio; aunque el agua no llegó a niveles muy altos, la gran cantidad de viviendas afectadas nos obligó a trabajar hasta altas horas de la noche; era impresionante ver cómo, debido a la inconsciencia de la comunidad, los sumideros se habían tapado, ya que estaban llenos de basura, lo que había formado arroyos, que arrasaron con todo lo que se había cruzado en su camino; por fortuna, en esta ocasión no se presentaron personas lesionadas.

Respecto a esta situación, no deja de conmoverme el momento en que llegamos a un sector deprimido de la ciudad: la tristeza de la comunidad era evidente, ya que el agua les había dañado muchos de sus enseres y electrodomésticos y se había llevado hasta los juguetes de los niños; además, el olor era nauseabundo, lo que había obligado a evacuar a dieciocho familias, ya que corrían el riesgo de contraer alguna enfermedad.

Eran las once menos diez minutos cuando retornamos a la Estación; a esa hora, empezamos a bajar las motobombas para hacerles mantenimiento y limpiarlas; en servicio, había más voluntarios, los que nos ayudaron y, a las doce, cuando nos disponíamos a retornar a nuestros hogares, ya estábamos cambiados y dispuestos a subir al vehículo que nos iba a llevar, cuando sonó el timbre.

### 3

Ahora reportaban un deslizamiento de tierra, en el kilómetro veinte de la carretera suroriental, en el que se presumía que había dos vehículos atrapados bajo la tierra; cuando oí que la chicharra sonaba, en primera instancia pensé en ir a mi casa a descansar, puesto que había personal suficiente, pero cuando nos comentaron lo que sucedía, de nuevo me puse el overol, saqué mi casco y todo mi equipo de rescate del casillero y abordé el vehículo de rescate y, a toda prisa, nos dirigimos hacia el lugar de la emergencia.

En el sitio, personal de Policía de Carreteras nos informaba que estaban trabajando con ayuda de la comunidad, con picos y palas, para llegar a los carros atrapados, pero no lo lograban; los diez bomberos que acudimos tomamos nuestras herramientas y empezamos a caminar sobre la tierra, pero nos hundíamos en varios lugares y quedamos prácticamente atrapados en la tierra; mientras tratábamos de avanzar, un compañero sugirió que hiciéramos un llamado y escucha, con el fin de ubicar los vehículos y constatar que hubiera personas con vida; seguimos la sugerencia, pero no contamos con suerte; no oímos nada. Avanzamos, lentamente, hasta la mitad del alud y empezamos a retirar la tierra y el lodo; el trabajo era difícil, tanto que solicitamos el apoyo de maquinaria pesada; sin embargo,

seguimos; minutos después, una de las personas sintió que golpeó con su pala algo metálico.

Los esfuerzos se concentraron en ese punto, para que se lograra descubrir que estábamos sobre el baúl de uno de los carros; ahora, debíamos ser meticulosos y empezar a descubrir el vidrio trasero del vehículo, para llegar a los pasajeros; mientras retirábamos la tierra, empezamos a oír los gritos de las personas en el interior; eran dos hombres que, con sus últimas fuerzas, habían logrado gritar; extraerlos del vehículo sería una labor complicada; rompimos el vidrio y logramos tener contacto directo con las personas; un bombero entró y logró ubicarse en el asiento posterior y darse cuenta que el techo estaba a la altura de los apoyos de la cabeza y descendía hasta el tablero; además, los pacientes tenían sus piernas atrapadas entre los hierros aplastados por grandes piedras; en ese momento, decidimos reunirnos para analizar cómo íbamos a realizar el rescate; la mejor opción consistía en retirar el techo y, con equipo hidráulico, subir el tablero para liberar las piernas, lo que tomó unos treinta minutos para lograr el rescate de los pacientes.

En ese lapso, la comunidad trabajaba en otros frentes, para dar con el paradero del otro carro. Tan pronto como las ambulancias se llevaron a los pacientes rescatados, volvimos a retirar la tierra; el tiempo pasaba y una llovizna empezó a caer; con la lluvia se corría el riesgo de que un nuevo deslizamiento de tierra ocurriera, por lo que se retiró a todos los civiles del sitio, para quedar solo los bomberos; no pasó mucho tiempo y llegó una retroexcavadora; uno de los compañeros subió a ella, para guiar al maquinista, y el resto nos ubicamos fuera de la zona del deslizamiento; gran cantidad de tierra se retiraba cada vez que la uña de la máquina pasaba, pero no encontrábamos el otro carro; no quedaba más que esperar y en alrededor de unos veinte minutos, casi al borde del abismo, se despejó la parte frontal del vehículo; la fuerza de la avalancha lo había movido unos cinco metros hasta el otro carril; la máquina cesó su trabajo y empezamos a retirar la tierra de forma manual, pero nuestro trabajo era inútil.

Varias piedras de gran tamaño aplastaban el vehículo y, una vez más, la retroexcavadora iba a trabajar; con cautela retiró piedra tras piedra; se evidenciaba que no había quedado nadie con vida dentro del carro, pero, aun así, el trabajo se realizó con precaución; cuando el carro quedó a la vista, seguimos los procedimientos de búsqueda, pero no obtuvimos respuesta por parte de los ocupantes, por lo que procedimos a cortar el techo; fue algo complicado, ya que estaba al nivel de las manijas y totalmente desfigurado; una vez lo retiramos, confirmamos nuestras suposiciones: había tres adultos y dos niños sin signos vitales; realizamos la recuperación de los cuerpos; primero, evacuamos a los niños y el adulto, que estaban en la parte posterior; luego, llegó el turno del conductor y, por último, una señora que viajaba en el puesto del copiloto.

Resulta difícil tener que sacar los cuerpos de una familia, que de seguro viajaba a celebrar la realización de la novena y descubrir la inocencia abruptamente interrumpida de un niño, sobre todo en esa época; muchos aseguran que tenemos el corazón de piedra; en realidad, hemos aprendido a controlar nuestras emociones.

## CULTURA DE LA PREVENCIÓN

### I

Recibimos el llamado de colegas de otra ciudad, quienes solicitaban apoyo con equipo especializado para monitorear estructuras colapsadas o a punto de colapsar; la respuesta fue inmediata y disponía de una hora para alistar maletas e ir a recoger el equipo; no me habían proporcionado muchos datos sobre lo que realmente sucedía; solo sabía que se trataba de un Centro Comercial, que presentaba unas fallas estructurales. Cumplida la hora, me encuentro alistando el equipo; se hallaba en perfecto estado, así que me dispuse a viajar. Un vehículo me recogió y, cinco horas después, cerca de la medianoche, me reuní con quienes habían solicitado los equipos, que me guiaron hacia la Estación de bomberos, donde me alojaron y simplemente me comentaron que, en la mañana, me pondrían al tanto de la situación.

A las seis de la mañana ya estaba listo; de nuevo revisé el equipo y, de paso, puse al tanto del funcionamiento a los compañeros; pasados unos treinta minutos, se presentó el oficial a cargo de la emergencia, que me invitó a desayunar y me pondría en contexto de lo que sucedía.

El Centro Comercial había sido cerrado por la ruptura de unas baldosas de manera súbita, que se hallaban sobre una plancha de concreto, que servía de techo a un sinnúmero de locales comerciales. Según la historia del lugar, el uso original de la edificación, a mediados de los sesenta, era como galería; posteriormente, se había construido un teatro y se adecuó para parqueadero, locales comerciales, unas cuantas oficinas y algunos apartamentos. Sobre los ochenta, la estructura no había resultado prácticamente dañada tras un terremoto superior a los cinco grados y, de ahí en adelante, habían empezado a adecuarla para más locales comerciales. En el noventa, el teatro ya no era viable y se había clausurado y, en la actualidad, se mantenían las oficinas, los apartamentos y ya sumaba más de unos quinientos locales comerciales.

Nos desplazamos al escenario; de hecho, el Centro Comercial abarcaba una manzana completa; los parqueaderos no existían; los locales, en su gran mayoría, eran de tres por tres, en un subterráneo que no contaba con ventilación suficiente y que no contaba con una red contra incendios, además de haber sufrido serios daños estructurales, puesto que le habían eliminado vigas y columnas, para construir locales. Ni qué decir de las instalaciones eléctricas, expuestas por doquier. La idea llevaba a que los comerciantes pudieran sacar su mercancía y evacuar a los moradores del lugar de forma segura, con el fin de evitar una tragedia, ya fuese por el colapso de la estructura o por un incendio; para ello, se ideó un Plan de evacuación, en el que el equipo que se llevaba iba a ser el eje fundamental, ya que se encargaba de monitorear la estructura y generar una alerta temprana, en caso de que la estructura sobrepasara un umbral de movimiento; si eso sucedía, todas las personas debían evacuar rápidamente la edificación.

Antes de empezar con el operativo de evacuación, realizamos un monitoreo de toda la estructura y encontramos un punto que se movía con frecuencia y superaba rangos de diez milímetros, situación que se informó a los encargados de los estudios de la emergencia. El lugar ya llevaba cerrado ocho días, por lo que no se hicieron esperar las protestas en contra de la administración y el abucheo a los bomberos, quienes habían sugerido se cerrara el Centro Comercial de manera preventiva, tras verificar la grieta que había surgido en la

estructura. La evacuación de los locales iniciaría al día siguiente; se determinó que se monitorearía un punto específico de la estructura, mientras las personas retiraban su mercancía. En medio de las protestas, muchos decidieron retirar sus productos, con la incertidumbre generada respecto a que no tenían otro lugar para ubicarlos más que en sus casas, aunque algunos contaban con otro local. Antes de que la gente entrara, ingresaron los organismos de socorro y los especialistas de gestión del riesgo para evaluar la estructura: el sótano, en el que funcionaban casi doscientos locales comerciales, evidenciaba filtraciones de agua en varios lugares; grietas significativas en vigas y columnas y, curiosamente, le faltaban más de diez columnas, que se habían retirado para construir otros locales; además, resultaba evidente la falta de ventilación, puesto a que el calor era impresionante e insoportable; no imagino cómo sería con toda la gente en su interior.

Paulatinamente, se evacuaron los primeros locales; la salida era lenta y conmovedora, además de arriesgada. Con la apertura de los primeros locales, en los que funcionaban cafeterías, los roedores y cucarachas se evidenciaron y, también, las pésimas condiciones de salubridad; con el paso del tiempo, los insectos eran más notorios, pero, pese a todo, la gente trataba de disponer su mercancía con celeridad. El primer día no se lograron evacuar más de quince locales, ya que tenían muchos productos y la alerta temprana había sonado diez veces, lo que había obligado a suspender las actividades, mientras se determinaba si resultaba viable continuar con la evacuación. Así continuamos durante un par de días, entre las protestas de unos y el riesgo asumido por los otros; las jornadas eran largas: iniciábamos a las ocho de la mañana y terminábamos a las nueve de la noche; el cuarto día, se coordinó mejor la evacuación y la hora de finalización de actividades se decretó hasta las seis de la tarde, lo que nos permitía descansar un poco más.

Justo en esas fechas iniciaban las procesiones de Semana Santa, por lo que, en ocasiones, nos tocaba atravesar la plaza de la ciudad, para que un vehículo nos recogiera, ya que varias de las calles se cerraban. Curiosamente, en uno de esos pasos, una señora muy amable nos saludó, al tiempo que saludó al comandante; de inmediato, nos ofreció algo de tomar y, por cuenta propia, al tomar en cuenta que el día había sido muy caluroso, nos invitó a un granizado, comprado en una prestigiosa tienda, que llegó en el momento justo para disfrutar del ocaso, rodeado de palomas, arbustos, las personas que estaban en la plaza o pasaban por ahí, la majestuosidad de las iglesias y el blanco uniforme de las paredes.

Día tras día y poco a poco, se evacuaba el Centro Comercial; algunos días, las alertas habían sonado en varias ocasiones; en otros, una sola vez; lo importante era que todos estuvieran bien y no se presentaran situaciones que lamentar. Y, así fue, en el transcurso de doce días se evacuó todo; en varias ocasiones, se les mostró a los comerciantes la magnitud de lo que sucedía y se les permitió tomar fotografías para que compartieran con la comunidad, lo que sirvió para apaciguar un poco los ánimos y para que la gente comprendiera que el cierre no era simplemente un capricho, para reprimir las acciones de otros.

En muchas ocasiones, el concepto de bomberos, respecto al tema de prevención de incendios y seguridad humana, había sido negativo por todos los inconvenientes que presentaban la estructura y las instalaciones como tales; sin embargo, la administración nunca lo había tenido en cuenta, y menos la Cámara de Comercio, que otorgaba los certificados a los diferentes locales. La responsabilidad, también, recaía en los curadores que habían otorgado licencias para modificar la estructura y nunca habían hecho un seguimiento, además de quienes habían efectuado las adecuaciones sin tener en cuenta el

concepto de un experto y sin importarles lo que pudiera llegar a suceder. En fin, le hemos dado tanto poder al dinero, que no nos importa poner en riesgo nuestras vidas y las de los demás con tal de obtenerlo.

## II

Existe la idea de que, ante el peligro, la mayoría de las personas entran en pánico y no saben qué hacer; las últimas investigaciones muestran que del diez al veinticinco por ciento de las personas mantienen la calma y actúan de forma adecuada; cerca del setenta y cinco por ciento se descontrola momentáneamente y entre un diez y veinticinco por ciento sienten pánico; por lo tanto, siempre habrá personas que saben qué hacer en casos de emergencia; a pesar de que varios pierden el control, van a reaccionar rápidamente y otros tantos podrían no reaccionar como se espera, porque sienten miedo. Afortunadamente, se ha demostrado que ante el peligro predominan los comportamientos sociales positivos, como la ayuda, la auto-organización y el apego social, incluso entre extraños, debido a que las personas, al estar acompañadas, sienten más confianza para tomar decisiones críticas en situaciones difíciles.

Ante la presencia de un riesgo, podría ocurrir que pasase desapercibido para algunas personas, al subestimarse o sobredimensionarse como un peligro potencial para otras; todo depende de las creencias y experiencias de cada persona en el entorno. De acuerdo a la forma cómo se percibe la situación a través de los sentidos, la persona puede descartar, distorsionar o añadir información que condiciona el surgimiento de comportamientos positivos o negativos. Las personas tienden a no hacer nada cuando no perciben el riesgo, aunque existiera; cuando no existen evidencias físicas, no creen en el mensaje que les dan o en la persona que lo emite o asumen que las consecuencias son inevitables. Es muy común el que se quisiera confirmar con otros el peligro, pues si se percibe que los demás no se asustan, se asume que no se trata de nada grave.

Ante el peligro, algunas personas salen corriendo sin rumbo alguno, debido a que se activa el instinto de conservación; por este motivo resulta irónico decir que, en caso de emergencia, no corra, cuando lo más natural es que las personas lo hicieran por no quedarse de últimos o quedarse en el lugar en el que existe el peligro; para que esto no ocurriera, lo mejor es conocer cómo comportarse ante estas situaciones al participar en los simulacros. Se debe recordar que las personas que entran en pánico pueden causar más daño que la misma emergencia.

Para reaccionar de manera adecuada ante el peligro, es necesario tener un canal adecuado de comunicación, conocer perfectamente el entorno, contar con una señalización y salidas de emergencia adecuadas; haberse capacitado en primeros auxilios, control de incendios, evacuación, cultura de la prevención, entre otras cosas, y participar de los simulacros. A manera de reflexión, se debe preguntar: ¿Se cuenta con un plan familiar de emergencia? ¿Conoce el plan escolar de emergencia, en el colegio de sus hijos o en el que labora? ¿En la empresa, se tiene un plan de emergencia? ¿Sabe cuáles son los números de emergencia? Si su respuesta es sí a todo, debe recibir una felicitación; de lo contrario, vale una invitación a que se iniciara con la realización de los Planes de emergencia y se comprometiera con la cultura de la prevención, pues se debe recordar que la gestión integral del riesgo es un asunto de todos.

¡Cuán fácil resulta echarle la culpa a los demás de lo que nos sucede y evadir nuestras responsabilidades! Resulta desafortunado, pero nos gusta aprender de nuestros errores y, en este caso, de las desgracias: muchos conjuntos residenciales, tras el terremoto en Ecuador y otras catástrofes, han implementado su Plan de emergencia y han capacitado sus brigadas, lo mismo ha ocurrido con varias empresas, pero, lastimosamente, la cifra no supera un veinte por ciento de las personas en las ciudades. Por lo general, la mayoría de las labores difíciles son siempre la suma de las labores sencillas, que no hicimos a tiempo, y debemos recordar que, en este planeta, nada es estático, todo cambia y se transforma permanentemente, pues la dinámica de la naturaleza es así.

Debería existir un compromiso respecto a la gestión integral del riesgo y recordar que generalmente la persona que sobrevive a los desastres no es la más fuerte, sino la mejor preparada.

## LA VOZ DEL COMANDANTE

### 1

Alguna vez nos pidieron apoyo en un municipio cercano, por allá entre los setentas y los ochentas, ya que, en esa época, éramos el único Cuerpo de Bomberos en el Departamento de Nariño, tras presentarse un alud de tierra; en la región, había llovido demasiado y los estragos no se hicieron esperar; en el sitio de la emergencia, había varias casas destruidas, vías completas anegadas, varias familias damnificadas y, por desgracia, dos muertos, que tuvimos que buscar y recuperar; el párroco del lugar nos solicitó que le colaboráramos con la búsqueda de un venado, que horas después encontramos; claro, los bomberos se hallaban exhaustos, empapados y con hambre; era de noche y el frío hacía de las suyas. Alguien nos llevó a regalar pan con queso y gaseosa; sentados en las máquinas, tiritando, consumimos los alimentos; sin embargo, ver a mis muchachos en tan precario estado, me llevó a pensar en gestionar recursos para mejorar las condiciones en las emergencias; además, cada vez que salíamos a otros lugares, la ciudad se quedaba sin vehículos para atender cualquier emergencia que se pudiera suscitar; el Land Rover que tenía era nuestra ambulancia.

En fin, esa emergencia me llevaría a pensar en la creación de un Grupo de Rescate, que debería tenerlo todo; así fue como se me ocurrió conseguirles un morral; al aprovechar mis conocimientos de Scout, debería tener linternas, mercado básico, una cantimplora y demás; para adquirir todo esto, se lo debería gestionar, así que le presenté el proyecto al Gobernador, quien, de inmediato, negó mi petición; palabras más, palabras menos, me dijo: —¿Estás loco o qué?, ¿cómo se te ocurre que los bomberos van a andar con un morral? No, con eso no te puedo ayudar, —ante lo que repuse que, en las emergencias, los bomberos tienen que ser una solución y no un problema. Bien, me tocó hacerlo a mí; de algunos recursos que tenía la institución, en un reconocido supermercado de la ciudad compré treinta cantimploras; más adelante, logramos adquirir unos morrales de segunda mano, pero en muy buen estado, que nos donó el ejército; de a pocos, logré mi cometido.

Más adelante, empezamos a indagar sobre alpinismo y manejo de cuerdas, pero, en la ciudad, nadie daba razón sobre los mosquetones o descendedores y demás aparatos que se usaban para ese tipo de actividad; averiguamos en el ejército y nada, hasta que un amigo, que practicaba ese deporte, me indicó que todo eso se conseguía en Bogotá, y un par de manilas pudimos adquirir que, sin embargo, se nos convertirían en un problema para transportarlas, debido al peso; para ello, tenía un remolque, al que le adaptamos unas cajas para llevar herramientas, por supuesto las manilas y, además, uno de mis bomberos se inventó una especie de trípode, con una polea, por el que pasaba la manila, lo que permitía que las operaciones de rescate fuesen un poco más sencillas; era algo muy nuestro, pero funcionaba. El paso a seguir era la adquisición de los equipos de comunicación, si no ¿cómo hablábamos con los que bajaban? Así, logramos adquirir un par de radios, del tamaño de una panela, que presentaban serios problemas de alcance.

Faltaba el vehículo de transporte para las unidades, que se consiguió unos meses después; era una camioneta Fargo que, adentro, tenía unos equipos de rayos equis que, con mucha habilidad, mis bomberos desmontaron, para instalarle unas bandejas para cadáveres; claro, ese no era el fin de la camioneta, pero quedó así; había que verle el lado amable; ya tenía espacio para llevar cinco bomberos más a cualquier lugar.

En aquella época, ocurrió un fuerte terremoto, en un Departamento vecino; escasas cinco horas nos separaban, por lo que acudimos con prontitud y, al hacer gala de nuestro Grupo de Rescate, logramos hacerlo con varias personas que se hallaban bajo los escombros, con técnicas poco ortodoxas, pero eficientes para la época; sin embargo, nos dimos cuenta de que el agua no había sido suficiente, la comida había durado muy poco, no teníamos dónde dormir o descansar y, mucho menos, donde resguardarnos del frío o del calor. Quizás, en esa época, todas esas ideas respecto a un Grupo de Rescate autosuficiente y autónomo, que contara con todos sus implementos, eran un poco descabelladas y fuera de contexto.

## 2

Alguna vez, en un viaje a la capital del país, me hablaron de un equipo capaz de cortar las latas como si se cortara mantequilla; por supuesto, no dudé ni un segundo en adquirirlo; lo trasladé a la ciudad, pero quien lo vendía escasamente sabía respecto a su funcionamiento y no me enseñó muy bien a usarlo, pero no faltaba en mi cuartel el especialista en nuevos equipos, así que sería el encargado de ensañarnos su correcto uso; era como sin un burro le enseñara a otros burros, pero de algo nos sirvió el equipo en las emergencias; con el tiempo, aprendimos a desdoblar latas y a cortar parales, entre otras cosas, lo que permitía efectuar el equipo con los hierros retorcidos.

## 3

Para solucionar el problema de comunicaciones en la ciudad, la estrategia consistía en que un bombero buscara un teléfono en alguna casa, del sector donde se presentaba la emergencia, y, de inmediato, se comunicara con la Central de Comunicaciones del cuartel, lo que aseguraba el despacho de recursos o de refuerzos de manera oportuna; sin embargo, debía solucionarse ese problema. Un día común y corriente, por las calles de la ciudad, observo a un muchacho que con un radio se comunicaba con otro; en seguida, lo abordé y le pregunté por el funcionamiento de los radios; él, con mucha amabilidad, me explicó: para usted comunicarse con los demás, necesita una repetidora; cuando usted presiona en este botón, estimula unos sensores que, a su vez, repiten y difunden las ondas. ¡Claro!, eso era lo que nos hacía falta, un joven que supiera sobre el tema y nos asesorara; el asunto era que él pertenecía a otro organismo de socorro, por lo que resultó bastante difícil incorporarlo a las filas de los bomberos; ¿quién diría que, años después, ese muchacho se convertiría en el comandante?

Según mi nuevo asesor, para montar aquel dichoso aparato que nos hacía falta, se necesitaba un cerro; pues nos hemos puesto en la consecución de uno: tomé los largavistas y, desde el último piso de la torre del cuartel, empecé a buscar mi candidato, hasta encontrarlo; una vez lo encontré, invité a unos de mis tenientes a la exploración, para llegar a la cima de aquel cerro e identificarlo plenamente; con machete en mano, intentamos llegar a la cima; ese resultaba el lugar ideal para que funcionara el aparato; sin embargo, nunca llegamos a ella y mi acompañante, al que le gustaba fumar bastante, prácticamente se desmayó: se le bajó la presión y, con disnea, dobló como pollo. Estábamos solo los dos, justamente sin comunicaciones; sin que pudiera pedir ayuda, me ha tocado ponerlo sobre mi hombro y para abajo; por fortuna, solo fue un mal de altura; ya en el carro, sentado, se empezó a recuperar y le volvieron los colores.

Para mi nueva aventura hacia la cima, había gestionado un buldócer; así, empezamos la construcción de una vía; por desgracia, días después de iniciada la obra, el buldócer se derrumbó y el operario que lo manejaba perdió la vida. Todo apuntaba a que hasta ahí había llegado el proyecto, pero, unas semanas después, cuando las cosas se habían solucionado, tras el lamentable percance de mi compañero de aventuras, al teniente se le ocurrió que fuésemos a averiguar sobre los planos con el Instituto Geográfico. Resultó que, en el sector, ya había una vía, que llegaba prácticamente a la cima del cerro; claro, por el otro lado. Para terminar esa vía, necesitábamos otro buldócer, así me fui donde el Gobernador a solicitarle su colaboración y, ¡oh sorpresa!, el mandatario le dio la orden a uno de sus subalternos para que nos prestaran uno; en seguida, me dirigí a la Secretaría de Obras Públicas; el Secretario, muy amable, me preguntó que si tenía en qué traerlo, ante lo que le respondí que sí, así fuese mentira; ahora, otra odisea: tenía que conseguir un doble troque, para ir a traer el buldócer, que estaba en un lugar a cinco horas de la ciudad, en un municipio cerca al mar; allá llegamos. En el sitio, cuando íbamos a montar la máquina, salió un montón de personas, bastante enfadadas, a reclamar su propiedad, así que, ni corto ni perezoso, busqué la ayuda del ejército y, escoltado por los soldados, logramos poner en camino el aparato hacia la ciudad. Cerca de la ciudad de origen, nos encontramos con el Gobernador; quien se hallaba presidiendo un Consejo de Seguridad y, con asombro y alegría, me felicitó por haber recuperado el buldócer, el mismo que hacía meses esa comunidad no había querido entregar, debido a algunas desavenencias con esa administración. El mandatario quería recuperar la máquina, para terminar un Parque Recreacional en la ciudad y, de seguro, los bomberos no la veríamos más, por lo que decidí que entraríamos a la ciudad en la noche y pasaríamos directo hacia el cerro; una vez toda esta operación culminada, empezaron a llamar los funcionarios de la gobernación; por supuesto, no les contestábamos y ya el buldócer estaba en el cerro mimetizado entre unas ramas.

Ahora sí podíamos retomar el proyecto, pero, antes, se debía poner a funcionar el aparato, ya que llevaba en desuso al menos unos cinco años, por lo que se había podrido el asiento, no tenía combustible, no tenía techo; en fin, antes de utilizarlo, se lo debía dejar en óptimas condiciones; por fortuna, contaba con un grupo de hombres que le hacían a todo, así que eso no fue un problema; en unos cuantos días, estábamos culminando la vía hacia la cima; este ingeniero de carreteras, con el maquinista, caminábamos unos metros hacia arriba, analizábamos el terreno y decidíamos por dónde continuar el trayecto. Mantener el funcionamiento del aparato no resultó fácil: pasando un día consumía un galón y medio de ACPM; menos mal, un amigo, dueño de una gasolinera, nos donaba el combustible, pero, claro, primero tuve que convencerlo, al contarle que necesitábamos combustible para el buldócer con el que estábamos haciendo una vía en un cerro que íbamos a utilizar para poner una repetidora; en fin, ya se conoce esa historia.

En esas idas y vuelta, recibimos la visita de un representante del Ministerio del Interior, debido a que el volcán vecino estaba demasiado activo; el diplomático, al ver tanta gestión, me propuso que le ayudase a diseñar un Sistema de Monitoreo, que permitiera alertar a las comunidades circundantes sobre una erupción inminente, pero, además, sirviera de modelo para otras regiones del país. En efecto, nos sentamos en una oficina del cuartel a pensar en un modelo adecuado para ese fin; de ahí, de ese cuarto, que yo llamaba oficina, surge el Sistema de Prevención y Atención de Emergencias y Desastres, el mismo que se implementaría en el país y que está aún vigente, claro está, con otro nombre y con mucha

más tecnología, pero con base en las alertas tempranas; este proyecto le daría validez al proyecto de la vía y la antena sobre el cerro.

Mientras diseñábamos el Sistema de Prevención de Desastres, en una de tantas reuniones conocí al ingeniero Enríquez, que se encargaba de la Zona de Carreteras: un gran amigo. El ingeniero conoció el proyecto y decidió apoyarnos; para ello, sacaba la maquinaria bajo cuerda todos los sábados, a las dos de la tarde; solo se les debía pagar a los maquinistas y ¡listo!: teníamos dos volquetas y una retroexcavadora, que nos ayudaban en la construcción de esa vía.

Prácticamente terminadas las labores, llegamos a un punto en el que la vía se juntaba con una quebrada; en frente, un montón de rocas que iba a ser imposible de retirar por más maquinaria pesada que tuviéramos; el concepto del ingeniero era que, para continuar con el trazado, lo más conveniente era dinamitar las piedras y así podríamos proseguir con las obras. Por suerte, tenía un amigo, que era dueño de una cantera, así que decidí visitarlo; una vez en su oficina, le hice la solicitud de los explosivos y, en seguida, me preguntó que para qué necesitaba la dinamita y hemos vuelto a lo mismo: estoy haciendo una vía para llegar a la cima de un cerro, en la cima voy a instalar una antena y así los bomberos tendremos a disposición un sistema de comunicaciones, etc. Paso a seguir, nos fuimos a la mina y me entregaron una cajita, que parecía de puros, me entregaron las mechas y demás, pero omitimos un pequeño detalle: no me explicaron cómo usarla.

De camino a la carretera, con una caja de dinamita en el carro, pensaba en quién nos podría colaborar con el manejo de los explosivos; por fortuna, cuando llegué al sitio, uno de los maquinistas conocía a un experto en el tema que, de inmediato, contactamos y contratamos, era un hombre muy hábil: cortaba los tacos como queso, abría huecos en las piedras; enterraba los explosivos, prendía las mechas y quedaba el polvo de las piedras; en seguida, entraban las máquinas y retiraban el material; así, logramos llegar a la cima.

Por fin, abrimos el camino y, ya estábamos recibiendo la carretera; ahora, teníamos que subir los equipos y empezar a construir la torre, para lo que embarcamos todo en un furgón que nos habían regalado y los llevamos rumbo a la cima; con lo que no conté, durante tanto tiempo de trabajo, era que los equipos funcionaban con energía, la misma que, en aquel inhóspito paraje, no había, por lo que, otra vez, inicié las gestiones en la empresa respectiva.

La empresa de energía se negó, en un principio, a colaborar; sin embargo, logré convencerlos al ofrecerles acceso a la repetidora, lo que les garantizaría a ellos las comunicaciones y así, con mucha determinación, logramos montar nuestra antena, pero ahora tocaba adelantar la gestión para los permisos o la adquisición del cerro. ¿Por qué no? Ahora sí me iban a tildar de loco; antes habían sido los morrales, ahora un cerro: titánica labor.

Todo apuntaba a que había empezado al revés: quizás hubiera sido mejor hacernos al cerro desde un principio y, luego, construir; sin embargo, ya se había hecho todo y había alcanzado todos los cometidos. Empecé a buscar al propietario del lote, pues, así como había conseguido los recursos para la carretera, de igual manera encontraría al dueño, que resultó ser un señor de apellido Caicedo que, muy amable y atento, me recibió en su oficina. Nuevamente contaría mi historia:

—Señor Caicedo, es usted muy amable por recibirme; resulta que estoy implementando un Sistema de Comunicaciones para los bomberos; para ello, levanté una antena en el Cerro

Grande; antes, construimos una carretera para llegar a la cima y ya contamos con energía para el funcionamiento de los equipos. —El señor Caicedo replicó: —¿De qué cerro me habla?, ¿dónde queda eso? —Debí explicarle que el cerro se ubicaba en el sector norte, en un lugar que llamaban Las Lomas; el señor, muy cortésmente, me explicó que esos terrenos eran una herencia que él había recibido hacía años y que, como eran poco fértiles, los tenía descuidados y a su suerte; sin embargo, me dijo que si yo pagaba todos los gastos que surgieran por la escrituración del cerro, sin ningún problema los cedía; por supuesto, accedí sin réplica alguna.

#### 4

Recuerdo que algo similar ocurrió con el lote donde proyectaba establecer la Subestación, en el proceso de construir las casas del Instituto de Crédito Territorial: lo primero que se hizo fue canalizar una quebrada, que pasaba por el medio de dos barrios; una vez terminado el proceso y ya que las máquinas no tenían dónde botar la tierra, designaron el lugar donde canalizaron para efectuar un relleno, de modo que ese sitio terminaría siendo un lote bastante grande, perfecto para construir una Estación, en la que, a su vez, funcionara una escuela para bomberos, con túneles, estación de combustible, pistas, piscina; en fin, algo en grande; lastimosamente, se robaron los planos.

Cuando empezamos con el proyecto, el Obispo de ese entonces sale con el cuento de que ese lote le pertenecía a la curia y que ahí se iba a construir un reformatorio para adolescentes, en el que, además, se recibiría a jóvenes con adicción a las drogas, por lo que me vi obligado a asesorarme legalmente; el paso a seguir: tendría que viajar a la capital de la república y adelantar los trámites para la sesión del terreno, con el Instituto de Crédito Territorial. En un par de días y, tras efectuar todas las diligencias burocráticas del caso, tenía en mi poder las Escrituras públicas que acreditaban a la institución como propietaria del terreno. No dudé un segundo en llamar al Obispo para participarle las buenas nuevas; sin embargo, se armó tremendo escándalo en la ciudad, ya que acusaban a los bomberos de atentar contra la juventud y de vulnerar un sinnúmero de derechos.

Los medios de comunicación tuvieron mucho de qué hablar por varios días, por lo que decidí recolectar firmas, con mis muchachos; para ello, teníamos un documento, en que el ciudadano escribía su nombre, su cédula y, además, su firma; era un bosquejo muy básico en el que se afirmaba que la persona estaba de acuerdo con la creación de una subestación de bomberos. Mandé a asacar fotocopias en cantidades y, un sábado en la tarde, a bordo de las máquinas, empezamos con la misión; por supuesto, nos patrocinaron unos refrigerios, para la comunidad y para nosotros y, así, puerta a puerta, empezamos a recolectar las firmas; la meta que nos habíamos fijado era mil. Al cabo de unas cuantas horas, nos reunimos para efectuar el conteo, lo que dio un total de dos mil setecientas firmas, las mismas que reposaron sobre el escritorio del Obispo y de las autoridades competentes; de esta forma quedó en claro que el lote era de los bomberos y que la comunidad no quería un reformatorio como vecino, sino una sub-Estación de bomberos.

Así fue como toda esta odisea empezaba a llegar a su fin y así es como uno de tantos sueños se había cristalizado; valoro la inmensa colaboración de mis amigos; por supuesto, en ese grupo selecto de amigos se incluye a mis bomberos, quienes, con esfuerzo y dedicación, han apoyado a su comandante en cada proyecto que, en aquellos tiempos, parecía una locura, pero ahora, acumulados los resultados, constituyen una realidad muy

necesaria para la comunidad que, desde ese entonces, empezó a creer en los bomberos, a valorar su trabajo y, sobre todo, a tratarlos con respeto y admiración.

4

Pero, además, yo había pensado en que este servidor no iba a ser eterno, por lo que empecé a formar al que sería mi sucesor: un muchacho muy piloso, al que le apasionaban los bomberos y que cumplía con el perfil para tomar las riendas de la institución, en un futuro; lo empecé a entrenar y a formar y como el tipo funcionaba a las mil maravillas, eso me dio la plena seguridad. Se me ocurrió que este joven debería profesionalizarse, por lo que realicé las gestiones con una universidad, en Japón, para lograr ese cometido. Era un hecho, tenía una beca para que mi pupilo estudiara dos años; hasta la alcaldía nos patrocinaría; lastimosamente, cuando todo estaba listo para que se fuera, llegó un telegrama, en el que establecían que el estudiante debía dominar el inglés, lo que echó al traste todo el plan; aunque traté de posponer el inicio de esos estudios, al final la beca se perdió, por lo que empezamos a prepararlo de manera técnica, junto con otros jóvenes.

En aquel entonces, empezó a funcionar el Departamento de Capacitación, que contaba con los conocimientos y experiencia de un sargento, que habíamos logrado que se instruyera con los bomberos de la capital. Con el paso del tiempo, ya teníamos bomberos con mucha pericia para apagar incendios, para realizar rescates y manejar cuerdas, los mismos que gozaban de un estado físico envidiable, a los que debíamos graduar con méritos. Cómo olvidar que la noche previa a la graduación, cuando los futuros bomberos ensayaban la formación para la ceremonia, un vehículo conducido por un borracho atropelló a seis de ellos, otro asunto que obligó a posponer esa graduación durante una semana; por desgracia, uno de ellos quedó con serias secuelas y no pudo estar en la ceremonia; hoy es bombero honorario.

Tras ese accidente, los bomberos teníamos que pedirle permiso a la Secretaría de Tránsito antes de salir a una emergencia: ¡que ocurrencia! Esta situación no duró mucho, ya que se me ocurrió la idea de comprar dos semáforos que, tan pronto la máquina salía a la emergencia, se ponían en rojo para detener el tráfico y así ya no teníamos que esperar a que un agente de tránsito llegara a darnos la vía.

Poco a poco, fuimos rompiendo paradigmas; la ciudad ya contaba con un Departamento de Prevención, encaminado a formar en esa cultura; por supuesto, en aquel entonces poco nos hacían caso, aunque, claro está, hoy funciona muy bien. Las unidades ya no tenían que salir a las emergencias con un overol viejo, un cinturón hecho de tramo de manguera, botas La Macha y un casco viejo, sino ya disponían de una dotación acorde a las necesidades de la época y mucho más dignas para un voluntario. Tras una ardua lucha, se logró que las unidades se afilaran a la Seguridad Social y contaran con un Seguro de Vida, lo que ahora es una Ley para todos los Cuerpos de Bomberos del país.

En aquel entonces, el cargo de Comandante era vitalicio, situación que decidí cambiar, ya que pensaba que este tipo de instituciones necesitaban incorporar sangre nueva, con ideas y conocimiento fresco, para llevar las riendas. Para ello, tuvimos que modificar los Estatutos y dejar en claro que el nuevo comandante tendría un periodo definido; además, debería cumplir una serie de requisitos, que le permitieran acceder al cargo, previo aval del Consejo de Oficiales; en pocas palabras, el Comandante tendría que ser un bombero muy bien preparado.

Ahora, cada vez que voy al cuartel, me río al evocar tantos buenos recuerdos, tantas historias y proezas que dejan la satisfacción de haber sacado adelante esta noble institución. Aún quedan las ganas de seguir sirviendo a la comunidad; claro está que ya no me puedo desempeñar como unidad operativa, pero quizás pudiera servir como un elemento de apoyo administrativo. Resulta grato ver que la institución recibe galardones nacionales e internacionales; es más reconfortante ver nuestro uniforme en labores de rescate en otros países, fuera la emergencia que fuese y es aún más agradable ver cómo los bomberos luchan a brazo partido por salvarle la vida a un conciudadano.

Queda aún mucho por hacer. Se deben implementar programas de concientización en los Jardines Infantiles y colegios, con el fin de formar a las nuevas generaciones en la cultura de la prevención; se debe incentivar a los jóvenes para que, más adelante, ingresen a prestar servicio en el Cuerpo de bomberos; quién sabe y se estuviera formando a un futuro Comandante, o a bomberos excepcionales, cada vez mejor preparados, ya que la ciudad seguirá creciendo y la institución debe crecer a la par.

Hoy estoy más que orgulloso de ver cómo han mejorado las cosas desde el momento en que dejé la comandancia y porto con honor el escudo que representa a la institución en cualquier lugar del mundo. Afortunadamente soy del club de los que han cumplido sus sueños; de los que tienen en claro cuál es su misión en este mundo, independientemente de la profesión: soy bombero y mi misión en este mundo ha sido y es servirle a los demás y salvar vidas.

## A LO HECHO, PECHO

### I

En aquellos tiempos, los bomberos recibían un dinero del municipio; no tanto como ahora, pero era el único; lo poco que se había logrado, ya que se vivía de la caridad pública; era una pobreza aterradora. No teníamos botas, no teníamos uniformes, las máquinas se varaban y teníamos que llegar a empujones a los incendios: todo un cuadro patético.

En la época, la Directora nacional del Bienestar Familiar era la primera dama, la misma que vendría de visita a la ciudad; una fuente fidedigna nos tenía al tanto de todos los movimientos que realizaría en la ciudad, incluido el encuentro con el señor alcalde; en su derrotero, habíamos identificado el sitio ideal para causar impacto, en razón a una sola cosa: a los gobernantes les gusta tener la prensa de su lado, por medio de contratos para publicidad en los diferentes medios de comunicación, razón por la cual las quejas del señor Comandante, ante el incumplimiento de la entrega del dinero asignado a bomberos, no se escuchaban y carecían de validez. Al son de que el tema era nacional y, por supuesto, la prensa también, aprovecharíamos la ocasión para efectuar el reclamo, de forma pública, sobre el dinero que le adeudaba a la institución el burgomaestre, que llevaba tiempo en que se hacía el de la vista gorda.

Aquel día, en un acto protocolario para la entrega de unos recursos y demás, por parte de la primera dama, al alcalde, un grupo de bomberos impidió la llegada al salón de eventos de la distinguida señora, al bloquear todo paso; desconcertada, ella le cedió la palabra al Comandante de bomberos, quien, sin pelos en la lengua, le dijo que contra ella no tenía nada: lo que sucedía era que el señor alcalde era un pícaro, ante lo que ella preguntó que por qué se trataba así al mandatario. De inmediato, ella apaciguó la situación y empezó a mediar entre las dos partes, para solicitar se pusieran de acuerdo para la entrega de los recursos asignados, lo que provocó un retraso de varios minutos en el evento. Así, se lograron los primeros recursos para la institución bomberil, que permitieron empezar a dignificar esa loable labor.

Recuerdo tanto que el alcalde firmó un Acta de Compromiso, para entregar el dinero antes del treinta y uno de diciembre y lo recuerdo debido a que, en ese momento, los medios de comunicación nacionales pusieron a mi disposición sus micrófonos, lo que permitió que el plan se llevara a efecto a cabalidad.

Esa Navidad fue memorable: todos estrenamos botas, uniformes y teníamos en mejor estado nuestras máquinas; se les pudo pagar la prima a los guardias, que eran los únicos que recibían sueldo en aquel tiempo.

### II

Meses después, el Comandante se enteró de que la primera dama visitaría un Departamento vecino, para la inauguración de unos Hogares infantiles, en unos Resguardos indígenas, y se hallaría a escasas tres horas por tierra, situación que aprovecharía para reivindicarse.

Así fue, viajamos durante las tres horas y se le llevó un presente muy representativo de la ciudad, con el ánimo de limar asperezas; tras algunos minutos de espera, aterrizó el

helicóptero y, tan pronto la primera dama observó al Comandante, sonrió y, en seguida, le preguntó:

—Y, ahora, ¿qué problema tiene? —Él le respondió que no tenía ningún problema; que, por el contrario, estaba ahí para ofrecerle disculpas y entregarle un presente, a manera de desagravio, por lo que había sucedido anteriormente; ella, de inmediato, recibió el detalle y le preguntó que, si estaba muy ocupado, y lo invitó, así, a realizar un sobrevuelo por la zona. Así, surgió una gran amistad que, a futuro, le daría una mano al Comandante, en la gestión de recursos y la adquisición de nuevos vehículos para la respuesta a las emergencias que, en ese entonces, se suscitaban en la ciudad, algunos de los cuales aún están en servicio.